Espigas de oración en la gavilla de los Salmos.

Juan Manuel del Río Lerga, CSsR.

Antes de empezar el libro

Bien sabemos que los Salmos presentan una compleja amalgama de sentimientos encontrados. Sobreabundan las imprecaciones. Los enemigos aparecen por todas partes. En consecuencia, y de fondo, late una manifiesta y constante sed de revancha. Hay salmos con expresiones muy duras, al respecto. Es cierto. Pero también lo es, que pertenecen a un tiempo y cultura determinados. Expresan el dramatismo que la gente vive en medio de guerras y saqueos. Y de ahí, en sentido creyente, las súplicas constantes a Dios.

Por eso, y al mismo tiempo, encontramos en los salmos plegarias, alabanzas, lamentaciones, súplicas. Son una referencia clara y constante a Dios. Hay también momentos, en cuanto a la redacción de algunos de ellos, de extraordinaria belleza lírica. Verdaderos poemas.

En los Salmos hay historia, vida, y sabiduría. Dios, como centro. Se llaman Salmos porque se cantaban con acompañamiento de instrumentos de música (= *salmodia*; y de ahí, la expresión *salterio*).

Los salmos han sido, y siguen siendo, un manual base en la oración litúrgica del pueblo judío. También de la Iglesia, tanto en la oración matinal, *Laudes*, como vespertina, *Vísperas*. Y en la Misa (*salmo responsorial*, etc.). De uso obligado para el clero, muchos cristianos laicos recurren también a los salmos para orar. Son un medio fácil y práctico, para hablar con Dios, que eso es orar.

Finalmente, quiero dejar claro que este libro, *ESPIGAS DE ORACIÓN EN LA GAVILLA DE LOS SALMOS*, no es, en absoluto, un estudio de, o sobre los salmos. Ni en sentido teológico, ni bíblico, ni exegético. Trata de ser, sólo y apenas, un estímulo inspirador para la oración personal, teniendo los Salmos como telón de fondo.

Con el deseo de que este libro pueda serte útil, querido lector/a, vaya por delante mi más cordial saludo.

Juan Manuel del Río Lerga, CSsR.

NOTA: Las citas bíblicas, y numeración de los salmos, están tomados de la "Sagrada Biblia", versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. El resto, pertenece al autor.

Índice Pág.

Salmo 1: Dos caminos 7
Salmo 2: Salvación vislumbrada 8
Salmo 3: De Dios viene la Salvación 9
Salmo 4: Un descanso tranquilo 10
Salmo 5: Oración de la mañana 11
Salmo 6: Antes que llegue la muerte 12
Salmo 7: Mi refugio es el Señor 13
Salmo 8: La Majestad de Dios 14
Salmo 9: El Dios de los humildes 15
Salmo 10: La seguridad está en Dios 16
Salmo 11: Dios ama la justicia 17
Salmo 12: Buscar el bien 18
Salmo 13: Confiar en Dios 19
Salmo 14: Es necedad negar a Dios 20
Salmo 15: Entrar al Templo de Dios 21
Salmo 16: Tú eres mi bien 22
Salmo 17: Súplica del perseguido 23
Salmo 18: Yo te amo, Señor 24
Salmo 19: Gracias por la Creación 25
Salmo 20: Orar por quienes gobiernan 26
Salmo 21: Agradecer los triunfos 27
Salmo 22: A ti clamo, Señor 28
Salmo 23: Dios es mi Pastor 29
Salmo 24: Entrar en la gloria de Dios 30
Salmo 25: Caminar con lealtad 31
Salmo 26: Plegaria del inocente 32
Salmo 27: En sintonía con Dios 33
Salmo 28: Ser mejor cada día 34
Salmo 29: Dios triunfal en la tormenta 35
Salmo 30: Dios salva de la muerte 36
Salmo 31: Mi refugio es Dios 37
Salmo 32: La alegría del perdón 38
Salmo 33: Dios fuerte y bueno 39
Salmo 34: Dios protege a los pobres 40
Salmo 35: Los falsos testigos 41
Salmo 36: Dios, fuente de vida 42
Salmo 37: Dualidad: el bien y el mal 43
Salmo 38: Petición de perdón 44
Salmo 39: La vida es breve 45

Salmo 40: Dios no quiere holocaustos 46
Salmo 41: Enfermos abandonados 47
Salmo 42: Nostalgia del emigrante 48
Salmo 43: El barco de mi vida 49
Salmo 44: De padres a hijos 50
Salmo 45: Cántico de amor 51
Salmo 46: Dios con nosotros 52
Salmo 47: Tocad para Dios 53
Salmo 48: Grande es el Señor 54
Salmo 49: Inconsistencia del hombre 55
Salmo 50: Pueblo mío, voy a hablarte 56
Salmo 51: Pecador me concibió mi madre 57
Salmo 52: No a la maldad 58
Salmo 53: Red social del pecado 59
Salmo 54: Plegaria en el peligro 60
Salmo 55: Mi confianza, en Dios 61
Salmo 56: Andar en presencia de Dios 62
Salmo 57: Vida entre leones 63
Salmo 58: Justo Juez 64
Salmo 59: Tocaré en tu honor 65
Salmo 60: Una derrota no es el fin 66
Salmo 61: Cantar salmos a tu nombre 67
Salmo 62: Hijos de Adán 68
Salmo 63: Sed de Dios 69
Salmo 64: Dios escucha mi voz 70
Salmo 65: Un himno en Sión 71
Salmo 66: Bendecid a Dios 72
Salmo 67: Que los pueblos te alaben 73
Salmo 68: El Dios de Israel 74
Salmo 69: Con el agua al cuello 75
Salmo 70: Sueño de búsqueda 76
Salmo 71: Desde el seno materno 77
Salmo 72: Habrá trigo abundante 78
Salmo 73: Hombre en crisis 79
Salmo 74: Violencia endémica 80
Salmo 75: El día de las cuentas 81
Salmo 76: La tierra teme sobrecogida 82
Salmo 77: Recordando tus proezas 83
Salmo 78: La historia es vida 84
Salmo 79: Ovejas de tu rebaño 85
Salmo 80: La viña trasplantada 86
Salmo 81: Fidelidad e infidelidad 87

Salmo 82: Jueces malos 88
Salmo 83: Dios no está callado 89
Salmo 84: La morada de Dios 90
Salmo 85: Restáuranos, Señor 91
Salmo 86: En tiempos difíciles 92
Salmo 87: Sión, lugar de encuentro 93
Salmo 88: Traumas y aflicción 94
Salmo 89: ¿Quién como tú? 95
Salmo 90: Fragilidad del hombre 96
Salmo 91: Al amparo del Altísimo 97
Salmo 92: Tocar para tu nombre 98
Salmo 93: Reinado de Dios 99
Salmo 94: Pensar del hombre 100
Salmo 95: Aclamemos al Señor 101
Salmo 96: Un cántico nuevo 102
Salmo 97: Goza la tierra 103
Salmo 98: Aplaudan los ríos 104
Salmo 99: Nube que ilumina 105
Salmo 100: Procesión de eternidad 106
Salmo 101: Rectitud de corazón 107
Salmo 102: Orar positivamente 108
Salmo 103: Amor y perdón 109
Salmo 104: Viento mensajero 110
Salmo 105: Sed de eternidad 111
Salmo 106: Nuestras perversiones 112
Salmo 107: Gratitud eterna 113
Salmo 108: Esculpir tu nombre 114
Salmo 109: Humilde y pobre 115
Salmo 110: Sacerdote eterno 116
Salmo 111: Elogio de la bondad 117
Salmo 112: Elogio del justo 118
Salmo 113: Alabanza a Dios 119
Salmo 114: Salir de Egipto 120
Salmo 115: Los ídolos 121
Salmo 116: La copa de la salvación 122
Salmo 117: Alabad al Señor 123
Salmo 118: La piedra angular 124
Salmo 119: La ley divina 125
Salmo 120: ¡Ay de mí! 126
Salmo 121: El auxilio viene del Señor 127
Salmo 122: Vamos a la casa del Señor 128
Salmo 123: Al mirar de nuestros ojos 129

Salmo 124: Aguas impetuosas 130
Salmo 125: Protegidos por el Señor 131
Salmo 126: Canción del sembrador 132
Salmo 127: Constructor y albañil 133
Salmo 128: Alrededor de tu mesa 134
Salmo 129: Pero no pudieron conmigo 135
Salmo 130: Desde lo hondo 136
Salmo 131: El juego de la vida 137
Salmo 132: La mansión del Señor 138
Salmo 133: Fraternidad 139
Salmo 134: Bendecid al Señor 140
Salmo 135: Tu nombre es eterno 141
Salmo 136: Al Dios de los dioses 142
Salmo 137: Nostalgia de Sión 143
Salmo 138: Se fija en el humilde 144
Salmo 139: Sondéame, oh Dios 145
Salmo 140: Vivir en tu presencia 146
Salmo 141: Como incienso mi oración 147
Salmo 142: Sácame de la prisión 148
Salmo 143: Tiempos antiguos 149
Salmo 144: Un soplo de luz 150
Salmo 145: Yo repito tus maravillas 151
Salmo 146: Alabar por siempre 152
Salmo 147: Alabanza sin fin 153
Salmo 148: Alabadlo, sus ángeles 154
Salmo 149: Un cántico nuevo 155
Salmo 150: Todo ser alabe al Señor 156

Salmo 1: Dos caminos

"El Señor protege el camino de los justos" (Sal 1,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Amanece el día, abro las ventanas de mi alma, y todo mi ser se llena de ti. Miro el paisaje. Y encuentro, en un horizonte sin fin, el campo inmenso de tu Creación, todo sembrado de la espléndida belleza de tu Amor. Y, de pronto, como si todo fuera un trigal en sazón, aparece en medio el Libro, sagrado y poético, de los Salmos. Qué maravilla, mi Señor.

Los Salmos, Dios mío, pregonan tus alabanzas. También nuestra acuciante necesidad de alabarte, bendecirte y glorificarte. Me imagino, y veo de pronto, que el trigal se encoge, y se convierte en una gavilla inmensa, dorada, apretada de espigas. Veo también un sendero que atraviesa toda la Creación. Y un Hombre, el mismo que existía antes de que el mundo fuera hecho, Verbo, Palabra de tu Voz. Va caminando por él. Se oye su voz. Me imagino que dice: *"Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos"* (Sal 1,1). Llega hasta la gavilla, cósmica y universal, copiosa de espigas. Las toma entre sus manos. Las aprieta, y se convierten en harina candeal, que se amasan en Pan, misterio de Eucaristía, que trasciende el tiempo en alimento de Vida.

Trato de seguir al Hombre, tu Unigénito. Todos los demás hombres y mujeres, la Creación entera, le siguen. Llegan, rodean la gavilla. Y al unísono, todos juntos, la alzan en ofrenda agradecida, hasta ti, mi Dios.

Ciento cincuenta salmos, Dios mío, síntesis agradecida, y poética, del gran Salmo de tu infinita Creación. Ciento cincuenta salmos, como una gavilla de espigas, para que los hombres, tus hijos, aprendamos a balbucir y bendecir tu nombre: Padre.

Padre, inmenso Dios. A veces el camino, de pronto, se bifurca. Un ramal llega hasta la gavilla. Por él caminan todos los hombres y mujeres del bien. *"Su gozo es la ley del Señor"* (Sal 1,2). Hay otro ramal, en cambio, que se aleja de la gavilla. Por él caminan los hombres del mal, envueltos en inmensa polvareda. Vuela la paja arrebatada por el viento. *"El camino de los impíos acaba mal"* (Sal 1,6). Dios mío, mi Dios amoroso, a veces nuestros caminos se tuercen. No permitas que nos alejemos de ti. Que sepamos ser espigas que permanecen juntas en la gavilla, para ser Pan para tus hijos. Y que no nos falte nunca el pan de tu Amor, Dios de infinita bondad. Dios de inmenso Amor.

Salmo 2: Salvación vislumbrada

"¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso?" (Sal 2,1)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Cuánta gente hay que se aparta de ti. Para ir, ¿a dónde? ¿A dónde podemos ir sin ti, lejos de tu presencia? Es imposible esconderse de ti, Dios mío. Y sin embargo, haciendo del despiste bandera convencional, nos amotinamos, renegamos, y muchas veces nos sublevamos contra ti. Contra ti, y contra todo ser viviente. Y nos inventamos las guerras, que sólo traen muerte y destrucción. Pero que no dejan de ser un sucio negocio económico. La economía mueve las guerras.

El salmista se pregunta: *"¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos planean un fracaso?".* (Sal 2,1). Buena pregunta, cuya respuesta está, a buen seguro, en el egoísmo, ambición, estupidez, y despiste del ser humano. Por despiste, nos hemos alejado de ti.

Mientras, tú, Dios mío, sonríes desde el alto cielo. *"El que habita en el cielo sonríe, el Señor se burla de ellos"* (Sal 2,4). El hombre ha respondido a tu infinito amor con insolencia. Pero a nada que muevas un dedo, el hombre tiembla. El hombre es miedoso por naturaleza. Y para colmo, su conciencia, que jamás se aleja de él, se convierte en un juez implacable.

No eres un Dios de venganza. No respondes con un intercambio de golpes. Todo lo contrario. Y así, mostrando tu amor sin límites. Mostrando lo que eres: Dios Amor, Dios Compasivo, nos prometes la salvación. Un Mesías en lontananza. Él será quien ponga orden a nuestro desorden. Él será quien gobierne el mundo desde la base del amor. Él será quien no libere de nuestros odios. *"Yo mismo he establecido a mi Rey en Sión, mi monte santo"* (Sal 2,6). Es tu decreto. Es tu respuesta, Dios mío. Salvación, pues, vislumbrada.

De nada sirven, pues, nuestras rebeliones y conspiraciones. Mientras el hombre se arrastra por un mendrugo de pan, ¿qué otra cosa son las guerras, sino arrastrarse por un vil botín, una efímera economía, o una estúpida ansia de poder y dominio?, tú nos invitas, Dios mío, a ser sensatos. *"Y ahora, reyes, sed sensatos; escarmentad, los que regís la tierra: servid al Señor con temor, rendidle homenaje temblando"* (Sal 2,10-12). Y termina el salmo: *"¡Dichosos los que se refugian en él!"* (Sal 2,12).

Tú eres nuestro refugio, Dios mío. Sólo tú.

Salmo 3: De Dios viene la Salvación

"De ti, Señor, viene la salvación y la bendición sobre tu pueblo" (Sal 3,9).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Desde el amanecer nuestra alma clama a ti, suspira por ti, Señor. A veces las cosas se tuercen, tanto, que hasta los hijos conspiran contra sus padres. Se vuelven enemigos. ¿Quién lo puede entender? Pero así es. Incomprensible, pero cierto. Se tiene entonces la impresión de estar rodeados de enemigos. Abundan los adversarios. Brotan por todas partes. *"Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí"* (Sal 3,2). Y si es mala la impresión de estar cercados, es todavía peor oír: *"Ya no lo protege Dios"* (Sal 3,3).

Pero tú, Dios mío, estás siempre con nosotros. Eres el guardián de nuestro ser. Nuestra única seguridad. Nadie puede nada contra ti. *"Tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria"* (Sal 3,4).

Nuestra oración se convierte a veces en grito, y nuestro grito en oración. Es nuestra manera, tan humana, tan primitiva también, de invocarte. Es el grito lanzado desde nuestra pequeñez. También desde nuestra confianza. Es nuestro modo de invocarte. Como un desahogo, indicador de la distancia infinita que nos separa de ti. Y sin embargo, tú, Señor, estás siempre con nosotros, cuidándonos, sosteniéndonos. Así, *"Puedo acostarme y dormir y despertar. El Señor me sostiene"* (Sal 3,6).

Por muchos que sean nuestros adversarios, acampados en torno o dentro de nosotros mismos, nada hay que temer. Nuestros enemigos, casi nunca son seres de carne y hueso, sino espíritus del mal en sus distintas presentaciones: soberbia, orgullo, vanidad…, y una larga serie de pajes que les acompañan. Pero tú, Señor, *"rompiste los dientes de los malvados"* (Sal 3,8). Porque nadie puede contra ti. Tú eres el Dios de Bondad, Clemencia y Misericordia. El Dios que escucha nuestras plegarias, nuestros gritos balbucientes.

Nuestra confianza está puesta en ti. Eres el Dios que no defrauda. El Dios que desde el amanecer hasta el ocaso, escucha nuestra oración. El Dios que siempre nos escucha. Porque *"De ti, Señor, viene la salvación y la bendición sobre tu pueblo"* (Sal 3,9).

Salmo 4: Un descanso tranquilo

"El Señor hizo milagros en mi favor" (Sal 4,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

La vida está llena de sobresaltos. Hay quien busca falsedades y se rodea de engaños. Hay también quien te busca sinceramente. Cuando al caer del día, el yo personal queda en silencio, apartado del ruido que constantemente le rodea, y se pone a hacer un balance sincero de su actuar a lo largo del día, encuentra que hay un haber y un déficit. En el libro del diario vivir suele predominar el déficit. En la deuda, o déficit, está catalogado al detalle todo aquello en que te hemos fallado. Acudimos entonces a ti. Porque sólo tú pones remedio a nuestras malas actuaciones. Y tú, Dios mío, vienes en nuestro auxilio.

Tan sólo tú eres capaz de hacer justicia verdadera. Nuestra balanza no está bien equilibrada. No logramos ser justos. Cuántas veces, más que justicia, buscamos venganza. Resarcimiento de los males que nos han hecho. O que pensamos que nos los han hecho. Sólo tú puedes arreglar nuestros desarreglos. Por eso te decimos: *"Escúchame cuando te invoco, Dios de mi justicia, tú que en aprieto me diste anchura, ten piedad de mí y escucha mi oración"* (Sal 4,2).

Tú, Señor, vienes siempre en nuestra ayuda. No te cansas de perdonarnos. Y sin embargo, volvemos a las andadas. Volvemos a olvidarnos de ti. Una y otra vez. Es entonces cuando tu queja de Padre, por las ofensas que te hacemos, se deja oír. *"Hasta cuándo ultrajaréis mi honor y amaréis la falsedad?"* (Sal 4,3).

Reconocemos nuestros errores. Y desde el silencio del lecho, cuando el día ha caído, te invocamos. Y lo mismo que un niño, al recibir un beso de su padre antes de dormirse, sabe que ese ese beso es de amor y de perdón, nosotros sentimos igualmente tus caricias de Padre. Tratamos de decir algo, una excusa, algo. En el fondo reconocemos nuestros errores. Y te pedimos mil perdones. Hay sin duda sinceridad en nuestra petición.

Pero tú, Señor, acallas nuestras incipientes palabras de perdón. Sentimos el roce cariñoso de tu mano sobre nuestro rostro. Es entonces cuando nos entregamos al descanso. Nuestra conciencia queda en paz. "En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo" (Sal 4,9).

Salmo 5: Oración de la mañana

"Por la mañana escucharás mi voz" (Sal 5,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Amanece. Se va el sueño, como se van poco a poco las sombras de la noche. Despunta el día, y es un canto a la vida la armonía que forman las últimas, rutilantes, rezagadas, estrellas, con el susurro del agua entre la hierba y el trinar de los pájaros del bosque.

Despertando está también mi estructura de hombre, sorbiendo incertidumbres, y echándose a cuestas la nueva alborada. Te digo, en cuanto comienza la claridad del día: *"Señor, escucha mis palabras, atiende a mis gemidos"* (Sal 5,2).

Veo, al despertar, niebla prendida en la montaña, perezosa y prendida del relente. El olor a leña mojada, va subiendo, lenta, sugerente, como oración de la mañana. Te siento, Dios mío, en todas partes, arriba en el monte, abajo en el llano, en la pradera, y, sobre todo, en el corazón anhelante de los hombres. Sé que escuchas mi voz. Por eso, temprano te hablo, Señor de la vida, de los campos, de las majadas y de los corderos, y humilde te ruego, con mi voz, cansada, reseca, tibia. Es la voz de una oveja tuya. *"Por la mañana te expongo mi causa, y me quedo aguardando"* (Sal 5,4). Sé que a nadie desoyes. Por eso, te pido, mi Dios, que mis pasos sean firmes como el tronco y la raíz del roble, y que mi boca diga en cada palabra, la verdad escueta, y simple. Dame la alegría serena y noble, y el silencio elocuente del bosque, el canto bravío y suave de la quebrada y la fuente.

"Yo por tu gran bondad, entraré en tu casa, y me postraré en tu templo santo" (Sal 5,8). Y al tiempo que tu bendición, oh Dios, humilde imploro, yo te adoro, al comenzar el nuevo día. Y siempre.

Y con el salmo, te diré también: *"Que se alegren los que se acogen a ti, con júbilo eterno; protégelos, para que se llenen de gozo los que aman tu nombre"* (Sal 5,12). De este modo, sabiéndonos bendecidos por ti, podremos esperar que nuestra vida sea un canto de alabanza a tu nombre, desde el amanecer hasta el ocaso. Un canto de alabanza en sintonía con tu hermosa Creación. *"Porque tú, Señor, bendices al justo, y como un escudo lo rodea tu favor"* (Sal 5,13).

Salmo 6: Antes que llegue la muerte

"Misericordia, Señor, que desfallezco" (Sal 6,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

En cuanto el hombre se siente desfallecer, acude a ti implorando misericordia. Como una espada pendiente sobre la cabeza, la muerte nos acecha por doquier. El salmo dice: *"Tengo el alma en delirio"* (Sal 6,4). La muerte nos preocupa, y mucho, por más que intentemos olvidarnos de ella.

Yo te pregunto, Dios mío, ¿por qué la vida se nos va tan pronto, si aún el vino nuevo de la vida no ha tenido tiempo de fermentar en el lagar? Dime, ¿por qué el silencio rebota en cada golpe, en cada paso, en cada piedra, de nuestro caminar de hombres?

"Estoy agotado de gemir: de noche lloro sobre el lecho, riego mi cama con lágrimas" (Sal 6,7). Son muchas las cosas que se nos agolpan en la cabeza. El bien que pudimos hacer y no hemos hecho. Y lo que es peor, el mal que sí hemos hecho, y que ya no tiene vuelta atrás. El remordimiento, en suma, de nuestras maldades. Así, entre lágrimas y remordimientos, vamos envejeciendo sin remedio. *"Mis ojos se consumen irritados, envejecen por tantas contradicciones"* (Sal 6,8).

Haz, Dios mío, que mi llanto sea un llanto compungido, que mi dolor sea un dolor de arrepentido, hasta merecer tu perdón universal. Dime, Dios mío, si es hora ya de escanciar el vino nuevo de una nueva humanidad. Quiero recordar en mis sueños tu mirada. Que se aparte de mí toda maldad. *"Porque el Señor has escuchado mis sollozos, el Señor ha escuchado mi súplica, el Señor hay aceptado mi oración"* (Sal 6,9-10).

Con amor me has mirado. Siempre me miras con amor, Dios mío. Por eso, en la penumbra de la noche, al rezar, seguiré evocando tu mirada. Así quiero que me alcance la alborada. Y con el perdón grabado en mi alma, encenderé los cirios de la fe y de la esperanza para desandar, aunque sea a tientas en la niebla, mis sendas torcidas, hasta encontrar el perfil de la inocencia primera que un día lejano perdí. Pondré, si es preciso, por aliado el silencio para escuchar tu voz, que es Palabra de perdón.

De este modo, antes que llegue la muerte, y siempre, a ti clamaré, diciendo: "Vuélvete, Señor, liberta mi alma, sálvame por tu misericordia. Porque en el reino de la muerte nadie te invoca" (Sal 6,5-6).

Salmo 7: Mi refugio es el Señor

"Señor, Dios mío, a ti me acojo" (Sal 7,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Más de una vez, pero hablando para mí mismo, te he preguntado: Dios mío, ¿dónde te escondes? Y antes de escuchar tu respuesta, reflexiono y me respondo a mí mismo: Dios no se esconde. Dios está en las flores, en los cielos y en los mares, en el frío de los indios esquimales y en el rostro ajado de los ancianos. Dios está en el universo, allá arriba en las estrellas, y está acá abajo en los hombres, mis hermanos. Dios está en el lloro del niño, inconsolable, por haber perdido a su madre.

Es la pregunta que surge cuando uno cree estar solo o abandonado. O cuando, a causa del pecado, uno mismo se ha alejado de Dios. Pero Dios no abandona a nadie, no deja solo a nadie. Y de inmediato, el corazón se vuelve hacia Dios. *"Señor, Dios mío, a ti me acojo, líbrame de mis perseguidores y sálvame; que no me atrapen como leones y me desgarren sin remedio"* (Sal 7,2-3).

El mal que uno hace se convierte en perseguidor de uno mismo. Es el hombre el que persigue al hombre. Pero el hombre es uno mismo. No es el otro. El vecino. Sino uno mismo.

Verdad es que, el otro, el vecino, también es, a veces, perseguidor. Como lo es, otras muchas más veces, amigo. Y salmodia los salmos, por la mañana temprano, porque también te busca a ti, Dios mío. Todo hombre, varón y mujer, busca a Dios. Y madruga temprano para ganar el salario y llevar un trozo de pan a sus hijos. Y cuando te ha ofendido, te pide perdón. También te pide el castigo merecido. *"Si soy culpable, si hay crímenes en mis manos, si he devuelto el mal a mi amigo, si he protegido a un opresor injusto, que el enemigo me persiga y me alcance, que me pisotee vivo por tierra, aplastando mi honor contra el polvo"* (Sal 7,4-6).

Pero, porque estás en todas partes, Dios mío, estás sobre todo en la gente. En cada persona. Lo mismo en el ateo que en el creyente. Es así como podemos acudir a ti y decirte: *"Señor, Dios mío, a ti me acojo"* (Sal 7,1). Siempre eres nuestro refugio. *"Mi escudo es Dios, que salva a los rectos de corazón. Dios es un juez justo"* (Sal 7,11-12).

Salmo 8: La Majestad de Dios

"Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra" (Sal 8,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Maravilloso salmo 8: *"Señor, Dios mío, qué admirable es tu nombre en toda la tierra"* (Sal 8,2). Una oda de alabanza al Creador. Y al mismo tiempo, oda que ensalza la dignidad del hombre.

Tú, Dios mío, no sólo has creado al hombre. Lo has elevado a cotas magníficas de dignidad. *"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?"* (Sal 8,5). Te has acordado de él, al tiempo que desplegabas tu majestad por sobre todas las cosas. *"Ensalzaste tu majestad sobre los cielos"* (Sal 8,2).

Nos ponemos a contemplar el firmamento en una noche copiosa de estrellas, y quedamos anonadados, maravillados, extasiados. *"Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?"* (Sal 8,4-5). Por eso, hoy quiero hablarte, mi Dios, con el lenguaje áspero y pobre, de mi voz balbuciente, insegura y humana. Y tú me respondes con el eco sonoro de tu infinita Creación.

He procurado, asombrado, interpelarte desde la desafinada afonía de mi alma, de indigencia manifiesta, y tú me respondes, abriendo en arco el abanico espléndido de la fascinante, inacabada, sinfonía de tu excelsa Creación. *"Todo lo has sometido bajo tus pies"* (Sal 8,7). Desde la estructura frágil de mi ser, niño soy, mi Dios, alzo a lo alto la mirada, con la esperanza de conservar aún la tibia ingenuidad de la inocencia. Y te veo asomado al universo, donde tus galaxias, ebrias de luz, y belleza estremecida, son un canto eterno a la vida. *"Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra"* (Sal 8,2).

Te veo, Dios mío, como el Padre cariñoso, cercano y sereno, que juega a ser niño, con su niño pequeño. El mismo que empezar a andar apenas intenta, y hasta correr quiere. Y mientras ríe, da un paso, trastabilla. Pero tú no le dejas que caiga. Lo sostienes, lo acaricias, lo besas, lo abrazas, lo meces. Porque sigues jugando a ser Padre con tus hijos pequeños. *"De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza contra tus enemigos para reprimir al adversario y al rebelde"* (Sal 8,3).

Señor, Dios nuestro, que nunca dejemos de ser niños junto a ti.

Salmo 9: El Dios de los humildes

"Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando tus maravillas" (Sal 9,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Al tiempo que *te doy gracias, proclamando todas tus maravillas* (Sal 9,2), me pregunto, Dios mío: ¿Con qué salmo de inocencia podré rezarte yo, que amasado he sido a la intemperie de los fríos luceros? Hombre soy, y por lo mismo, fabricador de todos los ídolos chicos de la conveniencia y de la comodidad.

Cierto es que, urgido estoy de buscar tu rostro, más acá o más allá de las estrellas. Y por lo mismo, *"proclamando todas tus maravillas, me alegro y exulto contigo"* (Sal 9,2-3). Al tiempo que me siento nómada en el misterio de la noche del tiempo. Centinela alerta me sé para no perder de vista la esperanza. Porque la vida es un grito irreprimible de verdad. *"Defendiste mi causa y mi derecho, sentado en tu trono como juez justo"* (Sal 9,5). Sin embargo, ¿qué puedo aducir a mi favor? ¿Qué causas tengo yo que sean defendibles? ¿Qué derecho me asiste? Sólo tu bondad, Dios mío.

Oteador de tu rostro, en el desierto de mi soledad, soy, mi Señor. Aunque, al mismo tiempo, estoy infatuado de soberbia y miedo. Llevo tatuado el rostro de los ídolos sombríos, que tantas veces me han acompañado. *"No abandonas a los que te buscan"* (Sal 9,11). ¡Gran verdad, mi Dios! Aunque debo confesar que he sido mercader de ambigüedades. He estado sobreseído de ausencias y vacíos. También me sé amasado a la intemperie eterna de tu voz. Tu voz, que es zarza y arde, abriendo surcos de vida en la arena, en el páramo, el desierto y la estepa.

"Vuelvan al abismo los malvados, los pueblos que olvidan a Dios" (Sal 9,18), grita el salmista. Mas yo, Señor, aunque no sé hablar, tartamudo soy, y cautiva tengo la voz, te diré: *"Piedad, Señor, mira cómo me afligen mis enemigos; levántame del umbral de la muerte"* (Sal 9, 14). Que pueda cruzar, de orilla a orilla, este mar de la vida, al compás carismático del cayado de la fe y de la esperanza. Bien sé que la noche acompaña a la fe. Por eso estampo mi silencio en tu silencio, mi palabra en tu Palabra, mi amor en tu amor, oh diáfana verdad de mi Dios.

"Confiarán en ti los que conocen tu nombre, porque no abandonas a los que te buscan" (Sal 9,11).

Salmo 10: La seguridad está en Dios

"Cuando fallan los cimientos, ¿qué podrá hacer el justo?" (Sal 10,3)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Cae la tarde, el día se aleja. Ya se han callado las aves, ya se han dormido los campos. Todo es silencio. Pero mi corazón no duerme. Es en este momento cuando, desde el silencio de mi corazón, elevo en plegaria mi voz a ti, mi Dios. Tú estás más arriba de los montes. Eres el Dios que pone música al agua brava en las quebradas, y al agua mansa en los lagos. Eres el Dios que regala acuarelas a las flores para que inunden de colores los campos. ¿Cómo pueden decir algunos que tú estás lejos, que te desentiendes de las cosas? *"¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?"* (Sal 10,1). Nada más lejos de la realidad.

Tú cuidas, mi Dios, de la majada y de los pastores. Y la hermosura de los campos, el verdor de la hierba, los rayos del sol, la lluvia, la niebla, todo, es un perenne salmo de alabanza a ti que los has creado.

¡Oh, mi Dios!, igual que escuchas la melodía del agua clara y bravía, que con prisa desciende de la montaña al valle, dejando quejidos en las rocas, escucha mi voz. *"Levántate, Señor, extiende tu mano, no te olvides de los humildes"* (Sal 10,12). No soy la voz silbante del pastor que alegre lleva el rebaño a la majada. Soy apenas el mudo balar de una oveja tuya, perdida y enredada a veces en la noche oscura del tiempo.

Acerca, si quieres, tu oído a mi clamor, te ruego, y plántame de raíz, como un árbol, a la vera de tu cauce, para que mi corazón no se reseque por andar trasegando por la vida. *"Tú ves las penas y los trabajos, tú miras y los tomas en tus manos. A ti se encomienda el pobre, tú socorres al huérfano"* (Sal 10,14). Yo soy pobre. Carezco de humildad y de bondad; ando escaso de amor. Pero tú, mi Dios, eres mi seguridad.

"Tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oído y los animas" (Sal 10,17). Por eso, mi Dios, déjame abrevar mi sed de ti en la fuente de tu cielo, donde cabe el ciervo herido, el rico arrepentido, y el mendigo. Déjame refrescar mi llanto acongojado en la fuente del perdón.

"Tú defiendes al huérfano y al desvalido; que el hombre hecho de tierra no vuelva a sembrar su terror" (Sal 10,18).

Salmo 11: Dios ama la justicia

"El Señor tiene su trono en el cielo" (Sal 11,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Al Señor me acojo, ¿por qué me decís: escapa como un pájaro al monte?" (Sal 11,1). Así se expresa el salmista. ¿Por qué tengo que huir? Mi corazón está anclado en Dios.

¿Por qué ha de huir, si ha puesto su corazón en Dios? Se encara con quienes tal consejo le dan. Consejeros de la huida, porque se han olvidado de ti, Dios mío. Han olvidado que sólo tú eres la auténtica seguridad. Baluarte seguro. Dios justo.

Permíteme, Señor, asomarme, desde el pretil de mi vida, a tu templo santo, para contarte mis cuitas. *"El Señor está en su templo santo, el Señor tiene su trono en el cielo"* (Sal 11,4). Así es, mi Dios. Por eso, a tu cielo me asomo, para rendirte mi humilde plegaria, que sube desde las raíces vitales de mi ser hasta hundirse en tu corazón de Padre.

"Sus ojos están observando, sus pupilar examinan a los hombres" (Sal 11,4). Exactamente. Y porque ves mi pecado y mi debilidad, porque me conoces tal cual soy, porque de ti no puedo, ni quiero, escapar, a ti acudo. De ti, Dios mío, no me puedo ocultar. Como tampoco el olivo, por frondoso que sea, puede ocultar su cosecha de olivas. Y ese olivo, de balsámico aceite, eres tú.

"El Señor examina a inocentes y culpables" (Sal 11,5). Y sin duda que hay más culpables que inocentes. La suma se decanta por los culpables. Así es. Pero tú tienes el aceite del perdón, de la misericordia, y de una nueva oportunidad de recobrar la inocencia perdida. Por eso, mi plegaria es para contarte mis cuitas. La primera, que apenas soy aprendiz de hombre. Por amor me creaste, a tu imagen me hiciste. Y en tu Ser, parte de ti yo me sé. La segunda, para decirte que siento el alma taladrada del paisaje por donde tantas veces huí de ti, para errar como un vagabundo. La tercera, *"Porque el Señor es justo y ama la justicia, los buenos verán su rostro"* (Sal 11,7). Tu rostro quiero ver, mi Dios.

"Cuando fallan los cimientos" (Sal 11,3), sólo tú permaneces. No me abandones, mi Dios.

Salmo 12: Buscar el bien

"Crece la corrupción entre los hombres" (Sal 12,9)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios mío, qué rápida se nos va la vida. Ciertamente, la vida es un soplo. Una flor que se abre al amanecer y fenece al caer la tarde. Conscientes de esta realidad, la brevedad de la vida, te pregunto: ¿Realmente, tenemos tiempo para llevar a cabo tantas cosas como vemos que hay que hacer? El salmista clama: *"Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos, que desaparece la lealtad entre los hombres"* (Sal 12,2). Es como si dijera, se acaba el tiempo de hacer el bien, puesto que se acaban aquellos que son hacedores del bien. Pero la inquietud del salmista tiene respuesta: El bien, hacer el bien, no depende del hombre. El hombre sigue siendo como la hierba que fenece. El bien, y todo lo que de él se deriva, tiene un dueño. Ese Dueño eres tú, mi Dios. Tú eres el Dios de Bondad.

Pero el hombre piensa a veces, que las cosas dependen de él mismo. Ve la lucha constante, el enfrentamiento diario entre el bien y el mal. Ve que los malos triunfan. Sintiéndose bueno, ve que lo buenos van quedando en minoría. Y se asusta.

El error del hombre consiste en olvidarse de Dios. Tremendo error, olvidarse de Dios. Sólo cuando reflexionamos con nuestra pobre inteligencia, nos damos cuenta de que el bien no desaparece. No puede desaparecer. Dios no termina. El bien, en consecuencia, no termina. Dios permanece. Y el bien se identifica con Dios.

El hombre que se olvida de Dios, confía en sus propias fuerzas, en el poder de la técnica y de la ciencia, confía en sí mismo, y para colmo, lanza sus bravatas. Dice: *"La lengua es nuestra fuerza, nuestros labios nos defienden, ¿quién será nuestro amo?"* (Sal 12,5). ¡Ingenuidad y soberbia!

¿Acaso sabe el hombre definirse a sí mismo, de verdad? ¿Sabe en verdad quién es? Es entonces cuando tú, Dios mío, sales a echarle una mano. Y a hacerle comprender que sólo tú eres su verdadero amo. Que sólo tú sales en su defensa. *"Por la opresión del humilde, por el gemido del pobre, yo me levantaré, y pondré a salvo al despreciado"* (Sal 12,6). Puesto que, *"Las palabras del Señor son palabras auténticas"* (Sal 12,7), líbranos, Señor, de todo mal, y ayúdanos a buscar siempre el bien.

Salmo 13: Confiar en Dios

"Yo confío en tu misericordia" (Sal 13,6)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?" (Sal 13,3). Hay enemigos por fuera y hay enemigos por dentro. Cuando se ve rodeado de enemigos, el salmista piensa que Dios lo ha abandonado. *"¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?"* (Sal 13,2). Y clama a ti, Dios mío, casi con exigencia. *"Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío"* (Sal 13,4). Pero el salmista tiene muchos imitadores, entre los que, a veces, me encuentro.

Sé, mi Dios, que esa actitud es incorrecta. Pues una cosa es acudir a ti, con humildad y respeto. Y otra muy distinta, exigir. Quien exige se pone por encima del demandado. Pero exigir no significa tener la razón. Podemos exigir, y estar equivocados. Podemos exigir, y no ser justa nuestra demanda. Cuántas veces, la oscuridad nos confunde. Hay una oscuridad que lleva a la muerte. *"Da luz a mis ojos para que no me duerma en la muerte"* (Sal 13,4).

Pero además de los enemigos externos, tenemos también enemigos internos. Son los peores. Primero, porque cuesta descubrirlos. Segundo, porque cuesta erradicarlos. Son los demonios internos de la falsa modestia, de la soberbia y el orgullo. Y del olvido. Sí, del olvido, Dios mío. Si nos va mal, corriendo acudimos a pedirte auxilio. Hasta con exigencia, a veces. Y si nos va bien, ni nos acordamos de ti. El olvido es también otro de los muchos y solapados enemigos internos. Pero, *"Porque yo confío en tu misericordia, mi alma gozará con tu salvación"* (Sal 13,6).

Urge, pues, descubrir los demonios internos, para erradicarlos. Pero es urgente, además, descubrir los bienes que has puesto en nuestro corazón. Por ejemplo, la bondad, la generosidad, el altruismo. Son dones que te pertenecen, Dios mío, pero al ponerlos en nuestro corazón quieres que los pongamos en práctica. Entonces podremos decir, igual que el salmista, *"Cantaré al Señor por el bien que me ha hecho"* Sal 13,6). Lo cual indicará que nuestra confianza no la hemos puesto en nosotros mismos, sino en ti, Dios mío.

Y con nuestra confianza depositada en ti, podremos también decir: *"Mi alma gozará con tu salvación"* (Sal 13,6). Tu salvación, Dios mío, es el triunfo sobre todos nuestros enemigos.

Salmo 14: Es necedad negar a Dios

"El Señor observa desde el cielo a los hijos de Adán" (Sal 14,2)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Me pongo a leer el Salmo 14. Enormemente significativa la primera frase: *"Dice el necio para sí: 'No hay Dios' "* (Sal 14,1). El salmista ha empleado una palabra muy adecuada para referirse al autor de dicha frase: *Necio*. Efectivamente, sólo un necio puede negar a Dios. Basta abrir los ojos, incluso sin abrirlos, y nos encontramos con un mundo maravilloso, fascinante. Un mundo que por todas partes respira Vida. ¿Cómo no creer en ti, mi Dios, ante tanta maravilla?

Nos situamos ante tu espléndida Creación, ante el paisaje radiante de tu inconmensurable Creación, Dios mío, y comenzando a mirar desde dentro de uno mismo, abrimos los ojos, extendemos las manos, y sentimos como si de pronto Alguien, tú, mi Dios, ha puesto en ellas unos maravillosos pinceles que comienzan a danzar una mágica danza de colores. Todo es luz. Todo es color. La Creación es la grandiosa, única, y más maravillosa sinfonía de música y color.

"El Señor observa desde el cielo a los hijos de Adán, para ver si hay alguno sensato que busque a Dios" (Sal 142). Permíteme, Dios mío, que aventure mi respuesta: Sí, los hay. ¿Cómo no va a haber alguien que no te busque? Claro que te buscamos. Y no sólo porque te necesitamos. Eres maravilloso. ¿Cómo no buscarte, cómo no amarte, si eres tú quien nos ha creado, Dios mío? Tú has puesto en nuestras manos los pinceles para que, como niños pequeños, juguemos a colorear el mundo sobre el lienzo espléndido de la Creación.

De tus manos creadoras surgió la sinfonía de luz y color que nos envuelve. El más grandioso Salmo de la Creación es la Creación misma. ¿Puede haber alguien tan ciego, tan insensible, que no sea capaz de ver? Y sin embargo, hay que decirlo con tristeza, muchas veces nos ofuscamos. No vemos. O no queremos ver. *"Se han corrompido cometiendo execraciones, no hay quien obre bien"* (Sal 14,1). Qué pena. Mas, a pesar de todo, seguimos siendo parte de ese maravilloso, sublime, poema de tu Creación, Dios mío.

El paisaje, los colores, la luz, la música, todo está ahí. Que nunca cerremos los ojos de la fe y podamos verte sin fin, Dios mío.

Salmo 15: Entrar al templo de Dios

"¿Quién puede hospedarse en tu tienda?" (Sal 15,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Tu tienda, esa carpa universal, ese Templo infinito donde todos cabemos, es tu Cielo, Dios mío. Donde todos anhelamos entrar un día, y para siempre. No entraremos como huéspedes. Entraremos como hijos. Tú, Dios mío, eres el Padre de todos. Con razón el salmista te pregunta: *"Señor, quién pude hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?"* (Sal 15,1). Y la respuesta, a renglón seguido: *"El que procede honradamente y practica la justicia"* (Sal 15,2).

La Salvación es obra de tu amor. Pero al mismo tiempo nos pides que llevemos una vida honrada, que tengamos *"intenciones leales, que no calumniemos con la lengua, que no hagamos mal al prójimo"* (Sal 15,3). Lo que nos pides es algo totalmente razonable, algo que se cae de su peso.

Tus ángeles y arcángeles, todos los coros celestiales te adoran en el cielo, Dios mío. Pero también nosotros, en la tierra, hemos de adorarte. Porque tenemos sed de infinito. Necesitamos encontrarnos, día a día, momento a momento, con tu amor de Padre. Te adoramos y rezamos desde el templo íntimo de nuestro corazón. Hay, además, otros templos. Construidos por nosotros. Cierto. Son lugares de encuentro. De oración. De adoración.

A los templos acudimos desde todas las religiones. Desde el amanecer. Al llegar el mediodía. Al llegar la tarde y la noche. Los templos materiales son también lugar de encuentro con tu infinita santidad. En ellos rezamos, en ellos pedimos perdón. Y si hay que llorar, se llora. Se llora sobre todo de alegría. Nos sabemos amados. Nos sabemos perdonados. Al templo llevamos, como un ramillete de flores frescas, la ofrenda de nuestro corazón.

También presentamos ante ti, Dios mío, como si fuera un manojo de espigas, los anhelos propios, y de tantas personas, que deambulan por la vida. Cada quien tiene sus cuitas y problemas, sus alegrías y esperanzas. Y así, lo mismo que en el firmamento parpadean de luz agradecida las estrellas, también en la tierra parpadean las pequeñas luces de nuestras plegarias. ¿Quiénes son los que entran en tu templo y son acogidos por ti, con cariño infinito de Padre? *"El que tiene intenciones leales, y no calumnia con su lengua, el que no hace mal a su prójimo ni difama al vecino"* (Sal 15,2-3). No nos cierres, Dios mío, las puertas del Templo de tu corazón.

Salmo 16: Tú eres mi bien

"Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti" (Sal 16,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Tú diste suelta a las estrellas, y cual un rebaño de luz han llenado las praderas inconmensurables de los espacios siderales. Creaste la luna y el sol, para pastorear la noche y el día. Creaste al hombre, Dios mío, y el hombre dice: *"Tú eres mi Dios"* (Sal 16,2). ¿Cómo no creer en ti? ¿Cómo no adorarte, mi Dios, en el trono excelso de tu infinita majestad? *"No hay bien para mí fuera de ti"* (Sal 16,2).

Dios amado de mi vida, deja que traiga hoy a tu presencia todo el gozo y la alegría que quepa en el corazón humano. Creaste el mundo e inventaste los días, troceándolos en horas, sin más reloj que el sol. Hiciste surgir la noche para dar tregua al descanso. Todo lo hiciste bien. Acepta mi oración agradecida, que quiere ser acción de gracias, por tu preciosa Creación, y por cuanta gente buena puebla la tierra. Porque *"para mí no hay bien fuera de ti"* (Sal 16,2).

Acción de gracias también por *"los santos que hay en la tierra, varones insignes, donde pones tu complacencia"* (Sal 163). En cambio, *"se multiplican las desgracias de quienes van tras dioses extraños"* (Sal 16,4).

Es necesario volver al buen camino, el camino del bien. Sólo *"el Señor es el lote de mi heredad y mi copa"* (Sal 16,5). Es la Copa para brindar por el regreso de cuantos un día estuvimos lejos de ti, Dios mío. Somos los más afortunados, al poder decir con el salmista: *"Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad"* (Sal 16,6).

Que podamos seguir por siempre bendiciendo tu Nombre. *"Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente"* (Sal 16,7). Que podamos seguir por siempre contemplando tu radiante, inmarcesible, e inabarcable Creación.

¿Cómo no estar alegres en tu presencia, Dios mío, sabiéndonos tus criaturas, eternamente amadas por ti? *"Me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha"* (Sal 16,11).

¿Cómo no estar agradecidos, Dios mío, si eres tú quien nos ha enseñado el sendero de la vida, el sendero que llega a ti? *"Me enseñarás el sendero de la vida".* Sal 16,11). El sendero del bien. Tú eres mi bien, Dios mío.

Salmo 17: Súplica del perseguido

"Señor, presta oído a mi súplica" (Sal 17,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Me miré en tus ojos y sentí, Dios mío, que la atávica esencia de mi ser transformaba mi silencio en tu palabra. *"Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño"* (Sal 17,1). Mi palabra estaba esculpida en el barro. Es en el barro donde se han esculpido bellísimas obras de arte. Yo me supe una de tus obras, acariciada por tus manos. Mas, ¿es verdad que en mis labios no hay engaño, como dice el salmista? *"Emane de ti la sentencia"* (Sal 17,2). Y tu sentencia me fue favorable. Mis fallos eran producto de mi ser de barro.

Comprendí entonces que la fe, aun con su tupido velo, jamás podría ocultar el don sagrado de la libertad. Me hiciste libre. Podía optar por el bien o por el mal. Podía equivocarme. Y muchas veces me equivoqué. Pero comprendí también lo importante que es aprender día a día a amar y querer. *"Muestra las maravillas de tu misericordia"* (Sal 17,7). Y tu misericordia se apiadó de mí.

No tuve complejo alguno en posar mis ojos de niño en tus ojos de Padre. Y tus ojos reflejaron, sin más, la real pequeñez de mi ser, hasta poder florecer en tu jardín de eternidad. En ese jardín de amor floreció mi ser, como una flor más. Ahí aprendí a hablar el prístino lenguaje de la libertad. Y a llamarte Padre, con todo el cariño de un hijo. *"A la sombra de tus alas escóndeme"* (Sal 17,8). Y en tu regazo quedé anclado para siempre.

Me persiguió mi propia libertad. La libertad no deja de ser una trampa, porque presenta dos caminos. El camino limpio de quienes se dejan sondear por ti, Dios mío. *"Aunque sondees mi corazón, visitándolo de noche, no encontrarás malicia en mí"* (Sal 17,3). No hay opción al mal mientras estoy en ti. El mal está en tomar el camino equivocado. *"Me hacen guiños para derribarme"* (Sal 17,11). Nadie podrá derribarme, nadie podrá hundirme, mientras permanezca en ti, Dios mío.

Además, tú vienes en mi ayuda contra mis enemigos. *"Levántate, Dios mío, hazle frente, doblégalo; que tu mano me libre de los malvados"* (Sal 17,13). Siempre vienes en mi ayuda. Y cuantas veces me he sentido perseguido y he acudido a ti, Dios mío, he encontrado tu ayuda. He encontrado tu rostro tierno de Padre. *"Al despertad me saciaré de tu semblante"* (Sal 17,15). Y mi barro ha florecido en tus manos como una obra de arte. Gracias, Dios mío.

Salmo 18: Yo te amo, Señor

"Desde su templo escuchó mi voz" (Sal 18,7).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Peligros por tierra y por mar. Como si fuera un sueño, los veo. Peligros por todas partes. Pero no es un sueño. Abro los ojos y veo. Y lo mismo que el salmista, también yo me quedo aterrado. *"Me cercaban olas mortales, torrentes destructores me aterraban, me envolvían las redes del abismo"* (Sal 18,5). Un panorama desolador.

Sin embargo, y por encima de tanta tempestad, debo dejar oír mi grito: *"Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador"* (Sal 18,2). Mi grito tiene que ser un grito, ante todo, de amor. El amor supera el miedo, desplaza al miedo. Sí, Señor, yo te amo, mi Dios.

Así, desde el amor, es cómo en el cielo resuenan cantos de triunfo. Cielo y tierra se unen en una perpetua alabanza a ti, mi Dios. Una alabanza que sube desde este valle de abrojos, desde este mar embravecido. *"En el peligro invoqué al Señor, grité a mi Dios; desde su templo él escuchó mi voz y mi grito llegó a sus oídos"* (Sal 18,7).

Dios mío, siempre escuchas el grito de auxilio de tus hijos. Ya puede temblar y retemblar la tierra, y hundirse los abismos. Tú estás con nosotros. *"Desde el cielo alargó la mano y me agarró, me sacó de las aguas caudalosas, me libró de un enemigo poderoso, de adversarios más fuertes que yo"* (Sal 18,17). Cuidas de todos tus hijos, Dios mío, pero en especial a quien se esfuerza por seguir tus caminos y guardar tus mandamientos. A quien trata de no caer en la mediocridad. *"El Señor retribuyó mi justicia, la pureza de mis manos, porque seguí los caminos del Señor y no me rebelé contra mi Dios"* (Sal 18,21).

No es nuestra fragilidad lo que te ofende, Dios mío, sino nuestra soberbia, que nos lleva a ser contumaces en el pecado. Por eso, *"salvas al pueblo afligido y humillas los ojos soberbios"* (Sal 18,28). Con el salmista, también yo te digo: *"Señor, tú eres mi lámpara; Dios mío, tú alumbras mis tinieblas"* (Sal 18,29). Y con el salmista, añadiré: *"Viva el Señor, bendita sea mi Roca, sea ensalzado mi Dios y Salvador"* (Sal 18,47).

Por todo eso, y mucho más, Dios mío, yo te amo, y *"te daré gracias entre las naciones, y tañeré en honor de tu nombre"* Sal 18,50).

Salmo 19: Gracias por la Creación

"El cielo proclama la gloria de Dios" (Sal 19,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus mansos" (Sal 19,2). Dios mío, qué palabras más hermosas. Una alabanza magnífica, emocionada, a tu inter-cósmica e infinita Creación. Por consiguiente, una profunda acción de gracias a ti, el Creador. Cuando miro a los cuatro puntos cardinales, al mismo tiempo que quedo anonadado ante tanta belleza, me siento insignificante ante tanta e inconmensurable grandeza. Mi boca tiene necesidad de expresar infinita gratitud ante tanta magnificencia, y no encuentra palabras. Todo me supera. Te diré, pues, con el salmo: *"Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, Roca mía, Redentor mío"* (Sal 19,15).

Me hubiera gustado escribir, y condensar, en un poema la biografía cósmica del tiempo para guardarla en el bajel de mis recuerdos y vivencias, ese bajel fondeado en el río breve de la vida, pero no encuentro palabras adecuadas. No obstante, veo, eso sí, los días y las noches, los años, los siglos y siglos de la existencia, acampados al relente de los siglos. *"A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje"* (Sal 19,5).

Desde mi pequeñez, intento leer los jeroglíficos que la lluvia deja en la palma abierta de la mano. Intento escribir la primera letra miniada que inicie el libro de los recuerdos ignotos de mi vida, y no sé escribir. Todo me sobrepasa. Sólo acierto a decirte, Dios mío, ¡gracias!

Tus obras, tus mandamientos, todo lo que has creado, Dios mío, todo, *"es más precioso que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila"* (Sal 19,11). He visto descender la luz inteligente, emergida de la nada, sobre mis manos de barro, hasta formarse un revuelo alborotado de libertad. Pues, desde esa mi libertad, quiero seguir dándote gracias *"por el firmamento que pregona la obra de tus manos"* (Sal 19,2). *"Por el día que al día le pasa tu mensaje, y por la noche que a la noche se lo susurra"* (Sal 19,3).

Sólo te pido, Dios mío, que *"preserves a tu siervo de la arrogancia"* (Sal 19,14). Que pueda adorarte eternamente en compañía de tus santos y santas. Y de las miríadas de ángeles que adoran tu Divina Majestad. "Q*ue llegue a tu presencia el meditar de mi corazón"* (Sal 19,15). Gracias, Dios mío.

Salmo 20: Orar por quienes gobiernan

"Escúchanos cuando te invocamos" (Sal 20,10).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Las naciones, al igual que tantísimas cosas, necesitan de una estructura, andamiaje, o columna vertebral, sobre la que sostenerse. Esa estructura se llama autoridad. Para que la sociedad pueda organizarse bien, necesita de la autoridad, o autoridades. De este modo, se construye un orden que favorece a todos. Un orden necesario a todas luces. Al frente de ese orden están, pues, las autoridades, o gobernantes. Su función es altamente importante. Y, mutuamente, debemos velar unos por otros. Y orar. *"Que te escuche el Señor el día del peligro, que te sostenga el nombre del Dios de Jacob"* (Sal 20,2). Siempre es importante e imprescindible la oración.

Ahora bien, es bueno distinguir entre *gobernantes* y *quienes gobiernan.* Porque no es lo mismo. Puede haber gobernantes que no gobiernan, que incumplen su obligación de gobernar, por las causas que sean, pero se aprovechan del cargo para lucrarse. Y están los que sí gobiernan. Los que están al pie del cañón. Los que están al servicio de los demás. Gobernar es estar al servicio de los demás. Por quienes así lo hacen, con el salmo decimos: *"Que el Señor te conceda todo lo que pides"* (Sal 20,6). *"Es el Señor el que da la victoria a su Ungido"* (Sal 20,7).

Sentado lo anterior, necesito, Dios mío, hacer una introspección. Mirando hacia dentro, debo preguntarse: Y yo, ¿cómo gobierno mi vida? ¿Cumplo con responsabilidad la obligación de gobernar mi propia vida? ¿O es mi vida un barbecho improductivo? *"Unos confían en sus carros, otros en su caballería"* (Sal 20,8). Y yo, ¿en quién confío? ¿Puedo decir con la gente de bien, *"nosotros invocamos el nombre del Señor"?* (Sal 20,8).

Dios mío, antes de volver al seno fecundo de la madre tierra, tan amada, y vencida que esté la fecha de caducidad de mi existencia en este mundo, déjame asumir mi propia responsabilidad para poner en orden mi vida. Necesito saldar bien las cuentas, antes que la orfandad inapelable de la edad me incapacite. Que yo también pueda gritar agradecido, si he gobernado bien mi vida, el grito eterno de la vida, que se eleva más allá del espacio inconsútil del cosmos donde tú, Dios mío, esperándome estarás. *"Señor, da la victoria al rey y escúchanos cuando te invocamos"* (Sal 20,10).

Salmo 21: Agradecer los triunfos

"Al son de instrumentos cantaremos tu poder" (Sal 21,14).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Señor, el rey se alegra por tu fuerza, ¡y cuánto goza con tu victoria!" (Sal 21,2). Todo triunfo es motivo de regocijo. En las batallas, unos ganan y otros son derrotados. El triunfo que los judíos cosechaban en las guerras, sabían que se debían a ti, Señor. A ti te invocaban. Tú los sostenían. El triunfo de ellos era tuyo. Se alegran. Y son agradecidos. *"El rey confía en el Señor, y con la gracia del Altísimo no fracasará"* (Sal 21,8). En cada batalla ganada, triunfa la vida.

Es verdad que los instintos thanáticos del ser humano, por un lado, y el afán de riqueza por otro, crea las despiadadas e inhumanas guerras que asolan a la humanidad constantemente. Cuando no es un país, es otro. U otros, que están en guerra. Ya no se lucha con lanzas y espadas. El poder destructivo de las armas de guerra hoy, es terrorífico. No hay piedad. Seguimos deshumanizados. Y así, el mundo siempre está en guerra. No logramos amarnos. No logramos vencer el odio. Fabricamos guerras con pretextos hipócritas. Falsos pretextos, de raza, de cultura. La realidad es muy otra. Las guerras se producen por razones económicas. Porque son puro negocio. Es el ansia desmedida de dominar a los demás. Contra más riqueza, más poder. Contra más poder, más injusticia. La guerra es una maldición.

Pero existen también otras guerras. Y esas sí que hay que afrontar. Las guerras contra los enemigos que cada quien llevamos dentro de nosotros mismos. Todo lo que nos aparta de ti, Dios mío, es un enemigo a la vista. Ese enemigo se llama el pecado. Enemigo que hay que derrotar. *"Borrarás de la tierra su fruto, y su semilla de entre los humanos"* (Sal 21,11). Cada derrota del pecado es un triunfo a favor de la Vida.

Hay que cantar a la vida. Cantar a la vida sin que se apague nuestra voz. Sólo se llora por el bien que hemos dejado de hacer. Y hay que cantar el triunfo del bien a nivel personal, pero también en compañía de tanta gente buena que en el mundo existe. La amistad, Dios mío, une los corazones en hermandad y agradecimiento. Necesitamos aprender a vivir. Y a ser agradecidos. Para amar y ser agradecidos, no hay edad. Dios mío, que sepamos ir por la vida haciendo bien, y que seamos agradecidos por el triunfo de los demás. *"No le has negado lo que pedían su labios"* (Sal 21,3).

Salmo 22: A ti clamo, Señor

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Sal 22,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

En los momentos duros de la vida, en la noche oscura de la fe, cuando el mundo se nos viene abajo, nuestra oración corre el peligro de no ser súplica, sino impertinente queja y reproche. Sí, Dios mío, hasta ahí llega nuestra osadía. Te gritamos *"¿Por qué nos has abandonado"* (Sal 22,2), pero no lo hacemos con un mohín de cariño, sino de exigencia. Nuestra postura entonces se transforma en soberbia.

Nos quejamos de que nuestra oración no es escuchada. *"Dios mío, de día te grito y no me respondes; de noche, y no me haces caso"* (Sal 22,3). Dicho lo cual, tratamos de suavizar nuestra actitud, y de un modo zalamero acudimos a un argumento de historia: *"En ti confiaban nuestros padres; confiaban, y los ponías a salvo; a ti gritaban, y quedaban libres; en ti confiaban, y no los defraudaste"* (Sal 22,5). ¿No tendremos que pensar que ellos eran mejores que nosotros? ¿No tendremos que pensar que ellos eran personas de más fe que nosotros? ¿No tendremos que pensar que ellos eran más y mejores creyentes de lo que nosotros somos? Cuántas preguntas tenemos, Dios mío, que aún están sin formular.

Una cosa queda muy clara: *"Desde el vientre materno tú eres mi Dios"* (Sal 22,11). En favor nuestro habrá que decir que, en cuestión de fe al menos, no hemos claudicado. Y recobrada nuestra fe y nuestra confianza, justo es que entonemos el canto de la gratitud. Un canto a la vida. Como quien camina descalzo por la arena de la playa, a la orilla, junto al mar, asomado a la inmensidad del mar. Pero sabiendo que el mar no nos va a engullir.

La vida es caminar, siempre caminar hacia Dios, asomados al mar tenebroso de tantas situaciones difíciles como se nos presentan. Es andar descalzos por la arena, sin sandalias ni cadenas, es caminar bendiciendo tu nombre, Dios mío, con alma y con corazón. *"Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré"* (Sal 22,23).

Dios mío, en mis momentos buenos, y en mis momentos de quiebra, a ti clamo, con cariño y amor. *"Alabarán al Señor los que lo buscan"* (Sal 22,27). Reconfortada nuestra fe, *"Te recordarán y volverán a ti hasta de los confines del orbe"* (Sal 22,28).

Salmo 23: Dios es mi Pastor

"El Señor es mi Pastor, nada me falta" (Sal 23,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Ciertamente, es una gozada, Dios mío, saber que siempre estás con nosotros. Qué bella imagen emplea el salmo. Un día, Cristo tomará este salmo con cariño, se lo aplicará. Y nos implicará. Él el Pastor, nosotros sus ovejas. *"El Señor es mi Pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas"* (Sal 23,1-3). Es idílico, tranquilizador, y muy real este salmo. Es un salmo que invita a soñar.

Y hablando de soñar, a mí se me ocurre, Dios mío, que podríamos pintar la noche toda de azul, como en el mejor de los sueños. Sobre ese fondo azul, grabaría un corazón universal. El planeta tierra olería a libertad, a lluvia, a madreselva, y manzana, y a tierra recién llovida.

Bajo ese lienzo, de universal fraternidad, colocaríamos una mesa inmensa, donde cupiera toda la humanidad. *"Preparas una mesa ante mí"* (Sal 23,5). Habría desaparecido todo odio y todo rencor. Todos invitados a tu mesa, Señor. Nadie sería enemigo de nadie. *"Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan"* (Sal 23,4).

A esa noche, Dios mío, le añadiría también los colores del alba, bordados de esperanza. En esa esperanza pondría la ternura de los niños, acariciada de inocencia. Y pondría el corazón amante de sus padres. A nuestro mundo le falta ternura. La ternura la envolvería con los celajes de la sonrisa de la luna y el latir luminoso de los luceros. A nuestro mundo le falta vida. La Vida eres tú, Dios mío. Al mundo le faltas tú. Pero sin ti, nada tiene sentido. Con el salmo te diré: *"Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida"* (Sal 23,6).

Así, y de este modo, la vida tendría el color de la vida. Todo se llenaría de cantos. Cantos de primavera. Cantos de vida, al ritmo del balido acompasado de las ovejas que van siguiendo al pastor de regreso a la majada. *"Tú me guías por el sendero justo"* (Sal 23,3).

Y nos cuidas, y nos mimas con infinito cariño, Dios mío. *"Me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida"* (Sal 23,5-6).

Salmo 24: Entrar en la gloria de Dios

"¿Quién puede subir al Monte del Señor?" (Sal 24,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hay trasunto de Ascensión en este Salmo, pero estamos aún en el Antiguo Testamento. Señalemos, pues, sus primeras palabras: *"Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes; él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos"* (Sal 24,1-2). Sí, Dios mío, eres Señor de cielo y tierra. Nadie es digno de ti. Nadie como tú. Y, sin embargo, has querido invitar a muchos a que te acompañen en el triunfo de la Salvación. Es el triunfo del bien sobre el mal. Es el triunfo del Amor de Dios. ¿Quiénes acompañan al Señor? *"¿Quién puede subir al Monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?"* (Sal 24,3). ¿Quién? *"El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura con engaño"* (Sal 24,4).

Los ídolos. Cuántas veces, Dios mío, aparecen los ídolos a lo largo de la Biblia; a lo largo de la historia humana; a lo largo de la experiencia personal. El hombre se crea ídolos, falsos dioses, en aras de su conveniencia personal. Pero quien sabe mantenerse en el camino verdadero, en el camino de Dios, *"Ese recibirá la bendición del Señor"* (Sal 24,5).

Quien puede acompañarte, Dios mío, es porque ha sabido mantenerse limpio. Es porque ha vencido la tentación de la idolatría. Es porque no ha torcido su corazón a dioses extraños. A ese, *"le hará justicia el Dios de salvación"* (Sal 24,5).

Qué reconfortante es saber, Dios mío, que hay mucha gente que te busca. Gente que no se ha apartado de ti. Gente que no ha caído en la tentación del deshonor que supone implantar la violencia. Gente que tiene un corazón humilde. "Esta es la generación que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob" (Sal 24,6).

Para esta gente has abierto, de par en par, las puertas de la eternidad gloriosa. Gente que te acompaña porque así lo has querido, Dios mío. Se han mantenido fieles a tus mandatos. Fieles a tu amor. Y han sido, a su vez, sembradores de amor. *"¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las puertas eternales: va a entrar el Rey de la Gloria"* (Sal 24,7).

"¿Quién es ese Rey de la Gloria? El Señor, Rey del Universo, él es el Rey de la Gloria" (Sal 24,10). Dios mío, que seamos de los invitados a acompañarte.

Salmo 25: Caminar con lealtad

"Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas" (Sal 25,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Precioso Salmo 25. Confianza. Súplica. Alabanza. Invocación. Todo eso, y más, hay en este Salmo, transido de liturgia, de rezo, de oración. *"A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío"* (Sal 25,1-2). Sí, Dios mío, sí, en ti confío. Y sólo en ti confío, yo, que me siento hombre en éxodo. Hombre que, un día, lanzó su grito a los oídos del viento para que escuchar pudieran su eco las riberas azules del infinito universo. ¿Me encontraba perdido? ¿Desorientado? ¿Solo? Quizá todo a la vez. Por eso, Dios mío, con el Salmo te diré: *"Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad"* (Sal 25,4).

¿Quién soy? Muchas veces me he hecho esta pregunta, Dios mío. Y en actitud silente escucho el eco de mi propia voz que responde, así me lo imagino, apenas un suspiro de hombre soy. Es entonces cuando *"Señor, a ti levanto mi alma"* (Sal 25,1). Y me siento confortado. Otras veces me pregunto: ¿De dónde vengo? Y me imagino que el mismo eco me responde: sólo Dios lo sabe. Pero también sé que *"tu ternura y tu misericordia son eternas"* (Sal 25,6).

Y cuando me pregunto: ¿A dónde voy? Mis ojos se pierden al adentrarse en tu augusta claridad. *"No te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud"* (Sal 25,7). Atrás dejé un mundo sin sentido. Sólo mi palabra permanece en el laberinto inconsútil del viento, atrapada hasta llegar por fin a tu regazo, Dios Creador, mi Dios. *"Por el honor de tu nombre, Señor, perdona mis culpas, que son muchas"* (Sal 25,11).

Agradecido, porque has sacado mis pies de la red, en ti he puesto mi corazón y todo mi ser, Dios mío. *"Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él saca mis pies de la red"* (Sal 25,15).

En ti, Dios mío, todo es misericordia, todo es amor. *"Las sendas del Señor son misericordia y lealtad"* (Sal 25,10). Por esas sendas quiero caminar. *"La inocencia y la rectitud me protegerán, porque espero en ti"* (Sal 25,21). Quiero caminar con lealtad. Y con gratitud. Quiero seguir tus sendas, tus mandatos, Dios mío. Ayúdame, Dios mío, a caminar siempre según tu voluntad.

Que sepa ser fiel a tu infinito amor. *"Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí"* (Sal 25,16).

Salmo 26: Plegaria del inocente

"Confiando en el Señor no me he desviado" (Sal 26,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Tengo ante los ojos tu bondad, y camino en tu verdad" (Sal 26,3). Dios mío, esto es lo más certero que te puedo decir. Es la pura verdad. Tú respiras bondad. Tú eres la bondad. Quien te sigue camina en la verdad. Qué difícil es no desviarse de tus sendas, mi Dios. Estamos rodeados de gente falaz. Toman tu nombre en vano. En tu nombre profanan la dignidad del ser humano. En tu nombre, Dios mío, masacran a personas inocentes. Pero no es tu nombre. Se equivocan. Piensan que están hablando en tu nombre, y no es verdad. Son simples usurpadores. Blasfemos ofuscados. Idólatras a sueldo. Por eso, *"No me siento con gente falsa, no me junto con mentirosos; detesto las bandas de malhechores, no tomo asiento con los impíos"* (Sal 26,4-5).

Qué poco cuesta ser bueno cuando se es niño. Luego las cosas cambian. Pasó la infancia, y llegaron los primeros olvidos de las cosas buenas, de las cosas santas. Siempre queda tu amor de Padre, Dios mío. Y nuestro olvido. Fue transcurriendo el tiempo, tanto, que ni recuerdo.

Hoy, al relente de los años, han aflorado los recuerdos de los años idos, de las cosas santas, que uno vio y vivió en la infancia. Desde la infancia puedo decirte con el salmista: *"Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia"* (Sal 26,1). Pero, ¿puedo decir lo mismo una vez terminada la infancia? *"Confiando en el Señor, no me he desviado"* (Sal 26,1). ¿He confiado siempre en ti, mi Dios? ¿No habrá sido al revés? ¿No habré confiado más en mis propias fuerzas?

Desde el reconocimiento sincero de la propia fragilidad, no me puedo sentir inocente. ¿Quién puede haber inocente en este mundo? Aclarado esto, quisiera retrotraer la inocencia de la infancia. Sólo así podría decir que soy inocente. Mas siendo tú, Dios mío, quien devuelve la inocencia a quien la ha perdido, una vez vuelto a ti, diré: *"Lavo en la inocencia mis manos, y rodeo tu altar, Señor, proclamando tu alabanza, enumerando tus maravillas"* (Sal 26,6-7).

Al rememorar la infancia, mis ojos han vuelto a encontrarse con tu imagen bella, bondadosa, de Padre. Con el cariño de un hijo, que se sabe amado por su Padre, te digo: *"Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria"* (Sal 26,8).

Salmo 27: En sintonía con Dios

"El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?" (Sal 27,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida" (Sal 27,4). La casa del Señor. Desde mi limitación manifiesta, irredenta, me pregunto: Si Dios no cabe en el Universo, ¿cuál es la casa del Señor? ¿Cuál es tu casa, mi Dios? Si respondo que el Universo es tu Casa, a buen seguro que estoy en lo correcto. Si te digo, Dios mío, que no tienes casa, también estoy en lo correcto. Si digo que el corazón del hombre es tu morada, seguro que es válida la respuesta.

Sin embargo, encuentro otro lugar muy apto como casa: el desierto. Porque el desierto es un lugar especial de encuentro con Dios. El Pueblo de Dios tuvo su encuentro con Dios en el desierto. El desierto es un lugar privilegiado de oración. *"Él me protegerá en su tienda el día del peligro, me esconderá en lo escondido de su morada"* Sal 27,5). Tu tienda de acampada en el desierto.

Llévame, pues, al desierto, Dios mío, a purificar mi pasado. Libérame del lastre del apego a las cosas triviales y bórrame la memoria de los rincones donde guardé la nostalgia, de otros días, de otros dioses, falsos y circunstanciales. *"Escúchame, Señor, que te llamo, ten piedad, respóndeme"* (Sal 27,7). Y pon más arcilla en las grietas de mi barro para que no se desmorone mi estructura de hombre antes de tiempo.

Sí, Dios mío, llévame al desierto a escuchar tu Palabra. Tu Palabra que no es silencio, sino voz desde el silencio, que señala cómo desenredar el hilo y también la trama de los días vividos con hastío y vacíos. *"Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla"* (Sal 27,3).

En la quietud del desierto, en su soledad detenida, hay lugar para reflexionar, rezar, y hacer penitencia. Hay lugar para enderezar los desaciertos y equívocos de la vida. Quiero encontrarte, Dios mío, en la universal carpa del desierto. Quiero, es mi plegaria, que me ayudes a encontrar el camino por donde llegar al brocal del pozo que mana agua que salta hasta la Vida eterna. *"Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro"* (Sal 27,8). Tu rostro busco, Dios mío. Quiero estar en sintonía con Dios. Quiero estar en sintonía con los demás. Quiero estar en sintonía conmigo mismo. *"No me escondas tu rostro"* (Sal 27,9).

Salmo 28: Ser mejor cada día

"No me arrebates con los malvados ni con los malhechores" (Sal 28).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hoy quisiera regresar a los días aquellos de mi infancia. Para volver a ver los árboles, prados y montes, los rebaños y pastores, las nubes correr por los cielos, con la alegría y la ingenuidad con que un niño ve las cosas. Sé que no es posible, Dios mío. Algo hay, sin embargo, que sí es posible. Verte a ti, Dios mío, como entonces. Tú no has cambiado. *"Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante"* (Sal 28,6). Y aunque yo sí he cambiado, tú sigues siendo el mismo, el Dios bendito que sigue escuchando mi súplica.

Y porque sigues escuchando mi súplica, aunque ya no sea la súplica candorosa del niño que fui, no quiero presentarme solo ante ti. Deseo traerte también al resto de la gente, con sus penas y llantos, con sus cuitas y amores, con las incógnitas de cada día y la esperanza a flor de piel por ir mejorando sus vidas. *"El Señor es mi fuerza y mi escudo, en él confía mi corazón; me socorrió, y mi corazón se alegra y le canta agradecido"* (Sal 28,7).

Sí, Dios mío, tú eres nuestra fuerza. *"El Señor es fuerza para su pueblo"* (Sal 28,8). La gente que hoy te traigo viene con hambre, por tierra, y por mar en pateras. Vienen mendigando un poco de esperanza. También a ellos les ha dado la espalda la oligarquía de los poderosos. *"Roca mía, no seas sordo a mi voz"* (Sal 28,1). Han perdido la inocencia porque han tenido que vivir entre aquellos *"que hablan de paz con el prójimo, pero llevan la maldad en el corazón"* (Sal 28,3).

Cómo me gustaría, Dios mío, traerte un mundo bonito. Me lo imagino como un manojo de rosas cortadas al alba. Sin embargo, ya ves, hoy el mundo sigue al revés. Está envuelto en la niebla del resentimiento, del odio y la envidia. *"Salva a tu pueblo y bendice tu heredad"* (Sal 28,9). Y que amanezca cuanto antes la paz, la justicia, el amor, la esperanza, sobre este mundo que yace en tinieblas. *"Sé su pastor y llévalos siempre"* (Sal 28,9).

Esta es, pues, la realidad, Dios mío. No hay marcha atrás. No se puede volver al paraíso perdido. No se puede regresar a la infancia perdida. Pero se puede hacer el esfuerzo por mejorar. La conversión comienza en uno mismo. También el bien se contagia. Y con tu ayuda, Dios mío, se puede ser mejor cada día. Por eso, *"mi corazón se alegra y te canta agradecido"* (Sal 28,7).

Salmo 29: Dios triunfal en la tormenta

"El Señor se sienta sobre las aguas del diluvio" (Sal 29,10).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Igual que en una marcha triunfal, que avanza al ritmo de trompetas y timbales, en son de triunfo, precedida por la voz potente del pregonero, *"Hijos de Dios, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor"* (Sal 29,1), así quiero yo también, Dios mío, aclamarte. Con toda la fuerza de mi voz. Con la plenitud de amor de mi corazón: *"Aclamad la gloria del nombre del Señor, postraos ante el Señor en el atrio sagrado"* (Sal 29,2).

Quiero desnudar mi palabra, y lanzándola, sutil y rauda, a los cuatro vientos, unirla a cuantas voces desde el confín de la tierra aclaman con brío: *"La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica"* (Sal 29,4). Para que escuchen los montes, donde tu voz, mi Dios, llega a todos los mortales: *"La voz del Señor descuaja los cedros"* (Sal 29,5).

¿Cuántos, hoy en día, somos capaces de oír tu voz, Dios mío? Prestos a escuchar voces insignificantes, en cambio, somos sordos para oír tu voz. Voz potente, voz magnífica, *"que lanza llamas de fuego"* (Sal 29,7).

Un día, el Diluvio arrasó universalmente la tierra. Metáfora, imagen, catequesis de una real advertencia para todos los pueblos. Con Dios no se juega. La humanidad quedó humillada. Prometiste que no volvería a suceder. Una familia apenas, símbolo de una nueva humanidad que resurgía, se salvó.

Ahora, y aquí, es otra cosa. No se trata de que las aguas torrenciales arrasen la humanidad. Se trata de que todos entendamos que tú, Dios mío, estás por encima de todo y de todos. *"El Señor se sienta sobre las aguas del diluvio, el Señor se sienta como rey eterno"* (Sal 29,10).

Y mis ojos, deslumbrados por tu inefable claridad, ven cómo ceden los cedros en los montes. *"La voz del Señor retuerce los robles, el Señor descorteza las selvas"* (Sal 29,9). Y siguiendo la marcha triunfal, estalla en potente clamor, un: *"¡Gloria!"* (Sal 29,9). Es un ¡gloria! triunfal.

Eres el Dios que está por encima de toda tormenta; siendo la tormenta un símbolo, nada más, de tu Majestad Omnipotente. Majestad que no te impide, Dios mío, ser el Dios que ama todo lo que ha creado. El Dios *"que da fuerza a su pueblo, el Señor que bendice a su pueblo con la paz"* (Sal 29,11).

Salmo 30: Dios salva de la muerte

"Señor, sacaste mi vida del abismo" (Sal 30,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Nos hiciste, Señor, para amar. Nuestro destino es vivir. Vivir eternamente contigo. Nuestra meta está más allá. Nos toca, pues, caminar. Caminar hacia la eternidad. Hacia la eterna Verdad. Tú, Dios mío, eres la Verdad. Y la Vida. No vamos solos al caminar. Tampoco podemos sentirnos seguros de nosotros mismos. *"Yo pensaba muy seguro: No vacilaré jamás"* (Sal 30,7). Equívoco al canto. ¿Cómo puedo estar seguro de no vacilar, de no caer? *"Sólo "tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza"* (Sal 30,8). Dios es nuestro guía. Sólo Dios nuestra seguridad.

Cuántas veces me quedo a oscuras en este andar liviano de mi oficio de hombre donde tropiezo a diario con preguntas cuyas respuestas no sé. *"Escondiste tu rostro y quedé desconcertado"* (Sal 30,8). Nuestra luz se apaga en cuanto tú no estás, Dios mío. Y si tú desapareces del panorama de mi vida, ¿a dónde acudiré? Cuando tú faltas, mi palabra de hombre es inútil. Mis preguntas no tendrían sentido, porque quedarían sin respuesta. Por eso, *"A ti, Señor, llamé, supliqué a mi Dios"* (Sal 30,9).

Desnuda está mi palabra ante ti. *"¿Qué ganas con mi muerte, con que yo baje a la fosa?"* (Sal 30,10). Pero tú, Dios mío, eres el Dios de la vida. Si nos castigas o reprendes, lo haces con el amor y cariño de un Padre que vela por sus hijos. *"Su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo"* (Sal 30,6).

Tú, Dios mío, nos salvas de la muerte. Tu ternura es eterna. Esto es tan claro, que me pregunto: ¿Cómo es posible que seamos tan ciegos para no darnos cuenta que sin ti, mi Dios, nada tiene sentido? No somos flor de un día, que se abre por la mañana y se marchita al caer la tarde. Si todas las cosas, con solo existir, pregonan tu gloria, cómo es, Dios mío, que el ser humano, dotado de inteligencia, y necesitado de amor infinito, se aleje de ti? ¿A dónde puede ir sin ti? *"Señor, socórreme"* (Sal 30,11).

Todo dolor, incluida la muerte, son pasajeros. Nos queda la Vida. Has cambiado nuestro sayal de luto por el vestido de fiesta. Gracias, Dios mío. *"Cambiaste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta; te cantará mi alma sin callarse. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre"* (Sal 30,12-13).

Salmo 31: Mi refugio es Dios

"Ven aprisa a librarme, sé la roca de mi refugio" (Sal 31,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Te has fijado en mi aflicción, velas por mi vida en peligro" (Sal 31,8). Dios mío, tú hiciste al hombre como ser libre. No lo has encerrado en ninguna mansión, por bella que esta fuera. La libertad es una casa de puertas abiertas. Se puede entrar y salir.

Más de una vez, la tentación no ha consistido en salir por la puerta, como quien sale al jardín. Sino en aprovechar que la puerta de la libertad está siempre abierta, para alejarse de la casa. La casa de la Libertad. Esa es mi casa. La casa de todos. La que tú, Dios mío, nos diste. La hermosa casa de la libertad de la que tantas veces me he alejado.

Pero hoy vuelvo a casa, casi como un desconocido, indocumentado, sin papeles que acrediten mi identidad, sin nada. Pero con el aval de la libertad. Esa es mi credencial. Sé que no me preguntas quién soy, Dios mío. Tú me conoces. Conoces mi nombre y mi apellido, por haber nacido en las llanuras donde el viento silabea canciones a dúo con los trigales en flor y el pan no falta en cada hogar. Nada jamás me ha faltado en tu Casa, Dios mío. No me preguntes, ¿entonces, por qué te fuiste? Porque no sabré responder. Tan sólo te diré: *"Sácame de la red que me han tendido, porque tú eres mi amparo"* (Sal 31,5). La vida está llena de redes, de trampas.

Cómo me cuesta entender que el mundo entero es mi casa, donde no hacen falta puertas, balcones ni ventanas, para que la brisa entre, y escriba, desde el alba, páginas de libertad. Tú eres la Libertad, Dios mío. *"Enmudezcan los labios mentirosos, que profieren insolencias contra el justo"* (Sal 31,19).

Necesito urgentemente, Dios mío, abandonar toda tentación de fuga. *"A ti, Señor, me acojo"* (Sal 31,1). Necesito volver al júbilo de sentirme salvado. Sólo tú, mi Dios, eres la Salvación. *"Tú eres mi Dios. En tus manos están mis azares; líbrame de mis enemigos que me persiguen; haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia"* (Sal 31,15-17).

Tú eres mi refugio. Mi salvación. Con palabras del salmista, también yo te digo, Dios mío: *"A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás; tú aborreces a los que veneran ídolos inertes, pero yo confío en el Señor; tu misericordia se mi gozo y mi alegría"* (Sal 31,6-8).

Salmo 32: La alegría del perdón

"Dichoso el que está absuelto de su culpa" (Sal 32,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Cuando ante ti me presento, Dios mío, ¿qué podré decirte, yo, que pecador soy de pies a cabeza? Ante ti me presento, más tembloroso que un junco, que no deja de ser agitado por la corriente. Porque roto y quebrado ando yo. Y, no obstante, igual que el junco, que se mueve pero no es arrastrado por la corriente, así estoy yo. Ando como un vagabundo. Pero anclado estoy en tu amor. Aunque *"mi savia se había vuelto un fruto seco como en los calores del verano"* (Sal 32,4).

El miedo me ha vuelto vacilante, y mis pobres huesos se deshacen como un grito errante. Así estoy yo. Así me siento. *"Mientras callé se consumían mis huesos, rugiendo todo el día, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí"* (Sal 32,3-4). Mis ojos son dos fuentes manantiales; no se cansan, día y noche, de llorar. A veces corro como perro sin dueño. Por todas partes veo, toco y siento, la tristeza; y en cada tropiezo envejezco como un roble viejo y seco. *"Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito"* (Sal 32,5).

Pero quiero hacer de mi llanto plegaria, de cada lágrima un rezo, y del gemido que me quiebra un poema, clavado como una estaca en la arena. *"Confesaré al Señor mi culpa, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado"* (Sal 32,5). Escucha, Señor, mi llanto, como si fuera una oración o un canto, para que una y otra vez brote en mi alma la confianza, la fe, la templanza. No te alejes, Dios mío, de mí; y en cambio, que retroceda prontamente, como adverso hado, todo lo que pueda contristar mi alma. *"Que todo fiel te suplique en el momento de la desgracia"* (Sal 32,6).

"Tú eres mi refugio, me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación" (Sal 32,7). Tú eres, Dios mío, quien triunfa y me hace triunfar sobre el mal. Tú me sacas del abismo. Tú perdonas mis pecados. Tú me haces sentir la alegría del perdón. *"Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dicho el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño"* (Sal 32,1-2).

Qué verdad debe ser aquello de que hay más alegría en dar que en recibir. Pero yo, pecador que recibe el perdón, me siento inmensamente feliz. Feliz y agradecido, Dios mío. *"Alegraos, justos, y gozad con el Señor"* (Sal 32,11).

Salmo 33: Dios fuerte y bueno

"Aclamad justos al Señor, que merece la alabanza de los buenos" (Sal 33,1)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Cuando el Señor se presenta, es porque siempre está presente. Cuando pensamos que se ausenta, Dios mío, qué equivocados estamos. Dios no está ausente. Siempre está presente. Somos nosotros los que nos ausentamos de Dios. Los planes de Dios no son nuestros planes. *"El Señor deshace los planes de las naciones, frustra los proyectos de los pueblos"* (Sal 33,10).

Dios es bueno. *"Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos"* (Sal 33,1). Y, ¿quién es bueno? Sólo Dios es bueno. Así es. Pero en tu bondad, Dios mío, has querido llamar bueno a todo aquel que trata de seguir tus huellas. Que te busca. Que sabe ser agradecido. Cuando el amor aflora en nuestro corazón, aparece tan de repente que parece nuevo, como de estreno. Y no es así. Aunque no lo hubiéramos advertido, el amor nunca estuvo ausente. Tú estabas, Dios mío, en mi corazón, en nuestro corazón. Y tú eres Amor. Por eso, debo darte gracias sin fin. *"Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones"* (Sal 33,2-3).

A medianoche, si despierto, te invoco, Dios mío. Lo mismo de madrugada, que al mediar el día, o al anochecer. A toda hora mi alma te canta agradecida, mi Dios. Tú eres el Dios fuerte y bueno que has creado todas las cosas. Que has dado la inteligencia a los humanos para que no nos extraviemos ni nos alejemos de ti. *"La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos"* (Sal 33,6).

Sé que la oración consiste en dialogar contigo, Dios mío. Y contigo trato de hablar. Aunque no sepa hablar; aunque mi lengua no acierte a decirte las palabras adecuadas. Me basta con saber que me conoces, que me escuchas y me entiendes. Conoces mis pensamientos más secretos, y mis deseos más fervientes, tú, Dios mío, *"que encierras en un odre las aguas marinas, y metes en un depósito el océano"* (Sal 33,7). Porque estás por encima de todo lo creado, pero, al mismo tiempo, cuidando con infinita ternura de todas tus criaturas. Déjame, Dios mío, ser como el olivo que produce el rico aceite que suaviza y cura las heridas.

Modela mi corazón según tu voluntad. *"Él modeló cada corazón y comprende todas sus acciones"* (Sal 33,15).

Salmo 34: Dios protege a los pobres

"Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él" (Sal 34,9).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Aunque en ti, Dios mío, nos movemos y existimos, qué gratificante es el momento de contactar contigo más directamente, por medio de la oración. El momento de la oración siempre resulta gratificante. Es como la emoción del encuentro que sienten dos enamorados. *"Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él" (*Sal 34,9). Quien haya experimentado tu amor nunca más se apartará de ti. Además, el amor es progresivo. Cuando el amor empieza es porque ha habido conciencia de la necesidad del mismo, un tiempo de espera, un tiempo de maduración. Y en el encuentro de quienes se aman, el amor florece.

A la vera de la espera, tú siempre nos aguardas. Eres tú, Dios mío, quien nos sale al encuentro. Quien nos aviva por dentro la llama del amor. Por eso, *"bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca, mi alma se gloría en el Señor"* (Sal 34,2-3). Bajo tu protección estamos. *"El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege"* (Sal 34,8).

La oración, tiempo de encuentro contigo, Dios mío. Tiempo de que cada quien te cuente sus alegrías y tristezas, sus problemas cotidianos, sus grandes esperanzas. Pero hay algo que se palpa en el ambiente. No se ve a muchos ricos acudir a ti. Más bien son los pobres quienes acuden a ti. En el salmo se dice: *"Los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada"* (Sal 34,11). Los ricos pasan hambre. No de pan y alimento cotidiano, está claro, sino de ti. Les bastan sus bienes materiales. En ellos han puesto su corazón. De ellos viven. Pero les faltas tú. Lo malo es que, con su riqueza aplastan a los pobres. Los esclavizan. ¿Qué hacen entonces los pobres? Acudir a ti, buscarte a ti. Tú eres su riqueza. Su única esperanza. Y tú, Dios mío, no defraudas.

"El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos" (Sal 34,19). Conscientes de esto, a tu protección nos acogemos. Y cuánto consuelo experimentamos al poder decir con el salmista: *"Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo libra el Señor; él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará"* (Sal 34,20-21).

Dios mío, tú tienes predilección por los pobres. Porque han puesto su corazón en ti.

Salmo 35: Los falsos testigos

"Se presentaban testigos violentos, me acusaban de cosas que ni sabía" (Sal 35,11).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Me quedé observando un árbol en particular. Era un árbol verde, lozano y frondoso. De repente, sin saber por qué, se secó. Quedó como un pergamino áspero, pero en el que no se puede garabatear ni siquiera un nombre. Nada se podía escribir en él. Era como un poema sin letra. Pero donde cabía, al menos, un sentimiento, transido de abandono y muerte. De pronto, caí en la cuenta de que ese árbol podía ser yo mismo. En el monte los árboles son abatidos por el rayo. En la ciudad, son comidos por el asfalto caliente, el smog, y el aburrimiento de la gente indolente. También los árboles están amenazados de muerte, aun en plena juventud. *"Me golpearon por sorpresa; me laceraban sin cesar" (*Sal 35,15).

Tras esta visión, acudo a ti, Dios mío, como siempre. Aunque a veces lo haga por miedo. Miedo que tú purificas con tu amor. Mi alma me dice: *"Yo soy tu salvación"* (Sal 35,3). Y como a mi salvador, a ti acudo.

No quiero acudir pidiendo venganza, por más que el salmista manifieste su deseo: *"Que les sorprenda el desastre imprevisto, que se enreden en la red que escondieron, y caigan dentro de la fosa"* (Sal 35,8). Prefiero acudir a ti, Dios mío, pidiendo justicia, que es cosa muy distinta de la venganza. La venganza no casa con el amor. La justicia sí.

La justicia va en el orden de la salvación. Y la salvación se realiza cuando todo está en orden. Cuando cada quien se apresta a percibir aquello que previamente ha sembrado. Para bien o para mal. Si hemos sembrado el bien, podremos, agradecidos, decir: *"Yo me alegraré con el Señor, gozaré de su salvación"* (Sal 35,9).

Aquel árbol seco fue arrancado de cuajo. Fue apartado de entre la gente. Nada de él quedó sobre el asfalto. Visto por ojos profanos, el fuego lo devoró. Visto desde el amor misericordioso de Dios, el fuego lo purificó, lo transformó, le devolvió su esencia espiritual. Y, exultante, lleno de nueva vida en su espíritu proclamó: *"Señor, ¿quién como tú, que defiendes al débil del poderoso, al pobre y humilde del explotador?"* (Sal 35,10). Desaparecieron los falsos testigos. *"Grande es el Señor, que desea la paz de su siervo"* (Sal 35,27). Por eso, *"mi lengua anunciará tu justicia, todos los días te alabará"* (Sal 35,28).

Salmo 36: Dios, fuente de vida

"Señor, tu misericordia llega al cielo" (Sal 36,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Uno queda sorprendido y maravillado al contemplar la belleza y magnificencia de los volcanes. Enhiestos, verticales, majestuosos. Las montañas son igualmente impresionantes. Es verdad. Pero hay un algo especial en los volcanes. Verlos solos, tan altos, dueños del paisaje, resulta fascinante. Pues bien, *"Señor, tu misericordia llega al cielo, tu fidelidad hasta las nubes; tu justicia es como las altas cordilleras"* (Sal 36,6-7). Si arrobados nos quedamos ante los imponentes volcanes, con varios miles de metros de altura, ¿qué no habrá que decir de la altura inconmensurable de tu misericordia?

Hermosa palabra, misericordia. Hermosa palabra, fidelidad. Hermosa palabra, justicia. No son palabras para extraerlas de un diccionario, sino para meterlas en el corazón. Porque son palabras nacidas de tu corazón de Padre, Dios mío. *"¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!* (Sal 36,8). Misericordia, fidelidad, justicia. ¿Seré yo capaz de hacerlas mías? Hay otras palabras que significan todo lo contrario, como son: maldad, traición. *"Las palabras de su boca son maldad y traición"* (Sal 36,4). Porque *"el malvado no tiene temor de Dios, ni siquiera en su presencia"* (Sal 36,2).

Si somos como un árbol llamado a dar frutos buenos, ¿por qué, Dios mío, en mi vida brota tanta zarza? ¿Por qué, más allá del invierno, mi árbol sigue sin hojas, sin piel, sin fruto? Me fascinan los olivos. Siempre con hojas, y ofreciendo su sombra a quien está agobiado por la canícula del verano. ¡Oh sombra bendita de los olivos! Mudos, silentes igual que un rezo que brota de dentro, siempre lozanos, manantial seguro de aceite, arañado de las olivas en el trujal. Aceite para curar las heridas, del cuerpo y del alma. Para ser alimento de nosotros los mortales, y de la lamparilla, poema de la noche, convertida también en rezo para acompañar la vida. *"Señor, tu luz nos hace ver la luz. Prologa tu misericordia con los que te reconocen, tu justicia con los rectos de corazón"* (Sal 36,10-11).

Dios mío, lo mismo que el aceite brota de la aceituna triturada en el trujal, quisiera que mi vida fuera digna de emular al benefactor olivo, y que producir pudiera el aceite de la misericordia, de la fidelidad, y de la justicia. *"Que no me pisotee el pie del soberbio, que no me eche fuera la mano del malvado"* (Sal 36,12). Porque tú, mi Dios, eres la fuente de la vida.

Salmo 37: Dualidad: el bien y el mal

"Confía en el Señor, y haz el bien" (Sal 37,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

A veces, la lluvia cae suave, mansa, y en tiempo oportuno. Los campos lo agradecen. Las cosechas son abundantes. Otras, la lluvia llega en forma de huracán, y hace destrozos. Hay países que sufren grandes y pertinaces sequías. El hambre se hace sentir. Se me ocurre comenzar así, Dios mío, fijándome en el salmo: *"No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal: se secarán pronto como la hierba, como el césped verde se agostarán"* (Sal 37,1-2). La hierba se seca por falta de agua. Y las personas por obrar el mal.

En cambio, tú mismo velas por los buenos, Dios mío. *"El Señor vela por los días de los buenos, y su herencia durará siempre; no se agostarán en tiempo de sequía, en tiempo de hambre se saciarán"* (Sal 37,18-19).

Dios mío, cuando podemos disfrutar de un día de campo, qué delicia es mirar al cielo, ver las nubes correr por el azul del cielo. Van columpiándose, lo mismo que una barca se columpia en el mar. Es como si tuvieran el don de la palabra, o el de la música y trazasen pentagramas para un álbum lleno de canciones. Y si otro día podemos caminar descalzos, dibujando sendas en la arena de la playa, que la marea luego borrará, es otra delicia. Hace que el corazón se eleve a ti, Dios mío, para agradecerte sin fin, la belleza de la Creación, y la gracia de existir.

Me pregunto: ¿por qué tenemos sensibilidad para unas cosas, y nos falta para otras? Qué fácilmente sintonizamos con la naturaleza, y cómo nos cuesta sintonizar contigo, Dios mío. Y así, el mundo oscila entre el bien y el mal. El mundo, que somos cada uno de nosotros. *"El malvado intriga contra el justo, rechina sus dientes contra él"* (Sal 37,12). Con lo bonito que sería un mundo donde los seres humanos estuviéramos en sintonía con la misma naturaleza. Y en paz unos con otros. Donde todos pudiéramos decir: *"Mejor es ser honrado con poco que ser malvado en la opulencia"* (Sal 37,16).

Los salmos van testimoniando esta dualidad, del bien y el mal. En vez de cantar salmos a ti, Dios mío, desde el amanecer, a dúo con la brisa, y enhebrar cantos de libertad, nos masacramos de mil maneras. Pero con el salmista, yo también diré: *"El malvado espía al justo e intenta darle muerte; pero el Señor no lo entrega en sus manos, no deja que lo condenen en el juicio"* (Sal 37,32-33).

Salmo 38: Petición de perdón

"Mis culpas sobrepasan mi cabeza" (Sal 38,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

¿Por qué, tan de repente, se nos va la vida, si aún no ha fermentado el vino de aquel amor primero que en el lagar de tu mesa nos serviste, Dios mío? No es una queja contra ti, mi Dios, no tendría sentido. Es un lamento contra mí mismo. Lejos de aprovechar el breve espacio de la vida para hacer el bien, *"mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso superior a mis fuerzas"* (Sal 38,5).

Sigo con mi lamento. ¿Por qué retoña invisible el silencio, en vez de la palabra, para decirte: te quiero? ¿Por qué se nos va el alma, tan pronto, por los raíles del tiempo, si aún mis ojos no han fundido el temblor de mis lágrimas en el paisaje de los ríos hondos de tus ojos, Dios mío? ¿Por qué? *"Voy encorvado y encogido, todo el día camino sombrío"* (Sal 38,7).

Pretendo ser de una manera, y me encuentro que soy de otra. Pretendo hacer el bien, y no doy pie con bolo. Qué tiene de extraño entonces que *"mis amigos y compañeros se alejen de mí, que mis parientes se queden a distancia"* (Sal 38,12). Todo desamor produce distancia. En cambio el amor acerca.

Y cómo cuesta comprender esto que es tan sencillo: el amor acerca. En cambio optamos por la distancia. Menos mal, Dios mío, que tú nunca te alejas de nosotros, de mí. Siempre estás a mi lado. Por eso, *"En ti, Señor, espero, y tú me escucharás, Señor, Dios mío"* (Sal 38,16).

Sabiendo que me escuchas, ante ti estoy, Dios mío, para pedirte perdón: *"Yo confieso mi culpa, me aflige mi pecado"* (Sal 38,19).

Cuántos porqués tengo en el alma. Ninguno corresponde al sector de las quejas. Y sí al de los lamentos por mis propias culpas. *"Siento palpitar mi corazón, me abandonan las fuerzas, y me falta hasta la luz de los ojos"* (Sal 38,11).

¿Qué me queda, pues, Dios mío, si no pedirte perdón? Y perdón te pido porque tú eres el Dios clemente y misericordioso. *"Estoy agotado, deshecho del todo"* (Sal 38,9).

"No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes lejos, ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación" (Sal 38,22-23). Esta es hoy mi plegaria. Con ella, ante ti me presento, Dios mío.

Salmo 39: La vida es breve

"Mis días son nada ante ti" (Sal 39,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

La caducidad de la vida nos ayuda a reflexionar sobre ciertos comportamientos que tenemos, decisiones y caminos que tomamos. La vida es breve. Se trata, en consecuencia, Dios mío, de vivirla con dignidad. Para lo cual, necesitamos vigilarnos a nosotros mismos: *"Vigilaré mi proceder, para no pecar con mi lengua"* (Sal 39,2).

Puede ayudar a reflexionar sobre la caducidad de la vida ver al fuego crepitar en la hoguera. Las llamas agitan la danza del fuego. Y las llamas se convierten en trenzas, que el fuego peina en tirabuzones de oro. Al rato los troncos se queman. La hoguera se apaga. No hay más llamas. No hay más danzas. Sólo quedan las cenizas. La vida de la llama es corta. La hoguera se apaga pronto, demasiado pronto. Algo así sucede con la vida. *"Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti, el hombre no dura más que un soplo"* (Sal 39,6).

Misterio hondo es la vida, Dios mío. El hombre no necesita saber cuánto tiempo va a crepitar la hoguera de su vida. Necesita saber si su hoguera arde bien. Si sus llamas iluminan, calientan. La vida de la hoguera es corta. *"El hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana, atesora sin saber para quién"* (Sal 39,7). La vida es breve. Por lo mismo, hay que vivirla con intensidad y dignidad. A más dignidad, más intensidad.

Dios mío, el salmista hace esta petición: *"Señor, dame a conocer mi fin, y cuál es la medida de mis años, para que comprenda lo caduco que soy"* (Sal 39,5). Es sin duda una reflexión sobre la brevedad de la vida. Queda, sacar las consecuencias. Vivir en consecuencia.

No se trata, en cambio, de saber cuánto tiempo tenemos de vida, y de este modo programarla a nuestra conveniencia. Seguramente, la mejor parte la tomaríamos para nosotros mismos, y las migajas te las dejaríamos a ti, Dios mío. Es que, así somos. Por eso mismo, no has querido revelarnos la duración de nuestra vida en este mundo. ¿Entonces? *"Qué esperanza me queda? Tú eres mi confianza"* (Sal 39,8). Sólo te pido, Dios mío, *"Líbrame de mis inquietudes, no me hagas la burla de los necios"* (Sal 39,9). Porque, *"El hombre no es más que un soplo"* (Sal 39,12).

Salmo 40: Dios no quiere holocaustos

"Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor" (Sal 40,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Podemos quejarnos, y nos quejamos, a veces, quizá demasiadas veces, de los males que nos aquejan, Dios mío. *"Me cercan desgracias sin cuento"* (Sal 40,13). Quizá no son tantas las desgracias. En fin, solemos llamar desgracias a los infortunios materiales. La verdad es muy otra. Las auténticas desgracias son el pecado, y sus consecuencias. *"Se me echan encima mis culpas, y no puedo ver; son más que los pelos de mi cabeza, y me falta el valor"* (Sal 40,13). Las culpas, Dios mío, las culpas tienen la culpa. Valga el juego de palabras.

La cosa es que, cuanto más nos encerramos en nosotros mismos, pensando y dando vueltas a las desgracias que nos rodean, más perdemos el tiempo. ¡Cuánto mejor nos iría si saliendo de nosotros mismos, tratáramos de sintonizar con la belleza de la Creación!

Sintonizar con esa acuarela de colores que es, por ejemplo, la primavera. O con la luz musical de las aves que desgranan canciones sobre una alfombra de flores. O escanciar el relente de la noche en las tinajas del tiempo, para brindar por la vida con el vino nuevo del lagar. Porque, *"Grande es el Señor"* (Sal 40,17). *"Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios"* (Sal 40,4).

Qué hermosa es una montaña nevada. Mientras se va deshaciendo en la montaña la nieve, hasta convertirse en manantial de agua fresca que baja por múltiples quebradas, y ser río que canta baladas de espuma sobre las rocas, hay un proceso de ida y vuelta. De la tierra se ha evaporado el agua que luego vuelve a caer benéfica sobre la tierra en sequía. *"Cuántas maravillas has hecho, Señor Dios mío, cuántos planes en favor nuestro"* (Sal 40,6). Sí, Dios mío, un proceso de ida y vuelta. Tú has elevado al hombre, desde el barro de la tierra, hasta ti. Pero transformado por ti, el hombre debe ser, como la lluvia, bendición para los demás.

"Tú no quieres sacrificios ni ofrendas. No pides holocaustos ni sacrificios expiatorios" (Sal 40,7). Quieres nuestro corazón transformado por tu amor, que sea capaz de amar. La tentación es decir: *"Yo soy pobre y desgraciado"* (Sal 40,18). Pero tú, Dios mío, te cuidas de mí. Porque "tú eres mi auxilio y liberación" (Sal 40,18). Que nunca dejemos de poner nuestra confianza en ti, Dios mío.

Salmo 41: Enfermos abandonados

"Dichoso el que cuida del pobre" (Sal 41,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

El bien más valorado, la salud. ¡Cómo la apreciamos la salud! Las cosas suelen valorarse más cuando comenzamos a carecer de ellas. Por ejemplo, la salud. Si enfermamos, corremos tras el médico. Buscamos estar sanos. Y cuando somos pobres, nos contentamos, diciendo: Una por una, que haya salud. También se puede valorar el donde la salud cuando estamos cuidando a un enfermo. Al verlo sufrir nos damos cuenta, Dios mío, del tesoro que supone tener salud. *"Dichoso el cuida del pobre, en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor"* (Sal 41,2).

Hay quien lleva muy mal la enfermedad. Hay quien la lleva en silencio. Hay quien aprovecha esa situación de postración para acercarse más a ti, Dios mío. Cuando llega la enfermedad, y con ella tal vez la soledad, el silencio nos rodea. Callan las palabras. Habla el corazón. Atrapada queda entonces la palabra en el silencio. Pero desde el silencio, que puede ser más elocuente que la palabra, podemos decirte: Dios mío, te quiero. *"El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor, calmará los dolores de su enfermedad"* (Sal 41,4).

Dios mío, al decirte, desde el lecho del dolor, "te quiero", te lo decimos con el corazón. Nuestra mirada interior busca tu mirada. Porque nos duele el alma. *"Señor, ten misericordia, sáname, porque he pecado contra ti"* (Sal 41,5). De tantas maneras pecamos contra ti, Dios mío, que enumerarlas imposible sería. Pecamos cuando sintiendo que tú pasas a nuestro lado, preferimos quedarnos a la vera del camino, en vez de seguir tus pasos. Pecamos cuando cauterizamos tu ausencia poniendo sucedáneos de ti. Y sucedáneos de ti, Dios mío, son, por ejemplo, las falsas devociones que nos inventamos para paliar tu ausencia. Pecamos cuando fabricamos o esculpimos, como mediocres orfebres, imágenes de ti ante las que nos arrodillamos con un corazón vacío. Olvidamos que de ti no se pueden hacer imágenes. Tu verdadera imagen, Dios mío, es el hombre, al que creaste a tu imagen y semejanza.

Dios mío, cuando el reloj de mi vida deje de marcar las horas, que no sea en momentos de indiferencia o apatía religiosa. Que el silencio sea más cálido que la palabra. Y en ese momento de abandono y soledad, que tenga fuerza para decirte: Gracias, Dios mío, por los días de vida y salud que me diste. Gracias, porque no me abandonaste en la enfermedad. *"Amén. Amén"* (Sal 41,14).

Salmo 42: Nostalgia del emigrante

"Mi alma tiene sed de Dios" (Sal 42,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Al rebobinar la vida, al dar rienda suelta a los recuerdos, cuántas cosas van surgiendo. Son vivencias, Dios mío. Son sueños incumplidos, son esperanzas que no llegaron a pasar la puerta de su realización. Hay también gozos y alegrías. La vida es compleja. La vida está hecha de sueños. Unos se cumplen, otros no. *"Recuerdo otros tiempos y desahogo mi alma conmigo"* (Sal 42,5). Es la vida.

Pero si una persona ha tenido que emigrar, dejando país, familia, amistades, todo, la cosa se complica. Y se complica, no sólo por las circunstancias y situaciones a las que tendrá que hacer frente, sino también a la nostalgia que con toda seguridad le sobrevendrá, tarde o temprano. El alma está hecha de sentimientos. *"Las lágrimas son mi pan noche y día"* (Sal 42,4).

El emigrante recordará viejos tiempos, tiempos felices de su infancia, tiempos que volaron rápidamente y para siempre. Recordará cuando, siendo niño, iba agarrado a la mano de su padre, o de su abuelo. Recordará la sonrisa de uno o de otro. Días felices. Recordará *"cómo entraba en el recinto santo, cómo avanzaba hacia la casa de Dios entre cantos de júbilo y alabanza"* (Sal 42,5). Felices tiempos.

Ver al niño con su padre, es como un poema del recuerdo. Un poema inacabado. Pero el hijo y el padre hay un abismo de por medio: la edad. Son dos vidas paralelas, que ni el recuerdo puede juntar. *"Cuando mi alma se acongoja, te recuerdo desde el Jordán y el Hermón y el monte Misar"* (Sal 42,7).

Recordando aquellos días, aquellos tiempos idos, conviene, Dios mío, que no nos dejemos arrastrar por la nostalgia. Y que, tomando lo mejor de lo que hayamos vivido, no olvidemos que nuestra alma tiene sed de ti. Sí, Dios mío, nuestra alma tiene sed de ti. Necesita de ti. *"Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo"* (Sal 42,2-3). Cuando la nostalgia nos invada, nostalgia del emigrante, que sepamos preguntarnos: *"¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarlo"* (Sal 42,12).

Ayúdanos, Dios mío, a hacer de todo tiempo, un tiempo para ti.

Salmo 43: El barco de mi vida

"Tú eres mi Dios y protector" (Sal 43,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Nuestra vida, Dios mío, es como un barco de vela que sale a altamar. La misma brisa lo empuja, lo lleva. Flota sobre las aguas como si fuera un barquito de vela. Los idilios suelen durar poco. El barco frágil de nuestra vida tiene también que sortear olas bravas. El mar nunca está quieto. Nos sentimos rodeados de peligros. Cuando sentimos el peligro, a ti acudimos, Dios mío. Te decimos: *"Tú eres mi Dios y protector"* (Sal 43,2). Pero si, de pronto, creemos que no estás con nosotros, que nos has dejado solos, gritamos despavoridos: *"¿Por qué me rechazas?"* (Sal 43,2). Hasta ahí llega nuestra osadía. Hasta ahí llega nuestra desfachatez, hasta exigirte cuentas. Por eso, Dios mío, lo primero que debemos hacer, que debo hacer, es pedirte perdón. Es la mejor manera de enmendar nuestros yerros. Tú nunca nos dejas solos. Juntos vamos en la misma barca.

Tras la petición de perdón, sigue el propósito de la enmienda. Y nuestra confianza renovada. *"Envía tu luz y tu verdad; que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada"* (Sal 43,3).

Una vez puesta al día nuestra confianza en ti, Dios mío, es justo que sepamos darte gracias. Hay tantas cosas por las que tenemos que estar agradecidos que es imposible poder enumerarlas. Pero el don de la vida es lo primero. Existimos. Somos. Cuando podíamos no ser. Cómo no estar, pues, agradecidos. *"Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría"* (Sal 43,4).

Las olas llevan y traen la frágil embarcación de nuestra vida, hasta que al fin queda varado en la arena de la playa. Es el momento de decir: *"Te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío"* (Sal 43,4). Luego, desencallar y seguir navegando. Mi vida es un barco en la mar. Tú, Dios mío, eres el timonel.

Siendo tú el timonel, nada nos puede afligir, ningún miedo nos puede vencer. *"¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí?"* (Sal 43,5). Nada hay que temer.

Tú eres el Dios de mi alegría, de nuestra alegría. El Dios que nos salva, que nos guarda y protege. Por eso, Dios mío, *"envía tu luz y tu verdad, que ellas me guíen"* (Sal 43,3). Y cuando mi barco llegue al puerto definitivo, que tus brazos amorosos de Padre me reciban. Gracias, Dios mío.

Salmo 44: De padres a hijos

"Nuestros padres nos lo han contado" (Sal 44,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

El libro de la vida lo vamos escribiendo con la inmaterial prosa de lo cotidiano. Es como un poema, o como un beso: materialmente inmaterial. Porque siempre hay un algo más allá de lo literalmente escrito. Más allá de la letra está el espíritu, está la esencia de cada cosa. Aquello que no se ve. Pero ahí está. Porque algo así es también la historia. Lo que va quedando atrás. Lo que ya no se ve. Que también la historia tiene espíritu. *"Nuestros padres nos lo han contado"* (Sal 44,2). La historia que no hemos vivido, otros la han vivido y nos la han contado.

Sí, Dios mío. La vida encierra mucha historia. Lo malo de la misma debemos desecharlo, aunque siempre nos quedará la arqueología de la misma. Lo bueno es lo que debemos hacer presente. A la larga, todos somos parte de la Historia. *"La obra que realizaste en sus días, en los años remotos"* (Sal 44,2). El universo no cabe en la historia, pero llena la historia.

Y si después de escribir, renglón a renglón, la historia, que formará parte del libro de la vida, no somos capaces de superar las páginas negras de la misma, es que no hemos aprendido apenas nada. Es terrible, Dios mío, ver la cantidad de cosas negativas que suceden en la historia del ser humano sobre el planeta tierra. Los salmos lo constatan. Cuánta violencia. Cuánta guerra. Cuánta iniquidad. Pero, Dios mío, *"Tú mismo con tu mano desposeíste a los gentiles, y los plantaste a ellos; trituraste las naciones"* (Sal 44,3). La última palabra nunca la tendrá el mal.

Bien se preocupan los padres de contar a los hijos las proezas del Señor en pro de la humanidad. No siempre los hijos aprenden, o toman en cuenta, la lección de la historia. Y volvemos a las andadas. No acabamos de convencernos de que no somos nosotros los vencedores sobre el mal, sino tú, Dios mío. *"Tú nos das la victoria sobre el enemigo y derrotas a nuestros adversarios"* (Sal 44,8).

"Dios ha sido siempre nuestro orgullo, y siempre damos gracias a tu nombre" (Sal 44,9). Pero de pronto vemos que las cosas se tuercen. *"Ahora, en cambio, nos rechazas y nos avergüenzas"* (Sal 44,10). Somos malos alumnos que no han aprendido la lección. Dios mío, *"levántate a socorrernos, redímenos por tu misericordia"* (Sal 44,27).

Salmo 45: Cántico de amor

"Me brota del corazón un poema bello" (Sal 45,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios mío, me encanta de modo particular este salmo. Es un cántico de amor. En realidad, toda nuestra vida debería ser un cántico de amor. Un poema que se escribe verso a verso, estrofa a estrofa, silabeando la canción que brota de un alma enamorada. *"Mi lengua es ágil pluma de escribano"* (Sal 45,2). Aunque hay cosas que el alma siente, y que a expresar no acierta. Pero tú, Dios mío, ves las ventanas de nuestra vida abiertas para atisbar los paisajes del alma.

Cierto es que el salmo, poema donde los haya, está dedicado a una pareja real. *"Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia"* (Sal 45,3). Pero la verdadera realeza, y hermosura está en ti, mi Dios. Por eso, mi oración, como siempre, se dirige a ti. También yo quisiera que mi vida estuviera siempre abierta al paisaje de tu belleza, Dios mío.

Si en mi alma hay más prosa que poesía, pon tú, Dios mío, rima a mis sueños, anclados en las riberas del tiempo. Invéntame paisajes nuevos para amarte. Que pueda yo también *"cabalgar victorioso por la verdad, la mansedumbre y la justicia"* (Sal 45,5). Que nunca me falte tu abrazo de Padre, un abrazo tan grande como el universo.

"Tu trono, oh Dios, permanece para siempre" (Sal 45,7). Ese trono está rodeado de ángeles. Hasta él ansía llegar mi alma y quedar para siempre anclada en él. En el mar de la vida hay muchas arenas movedizas, donde es fácil naufragar. De naufragar, Dios mío, que naufrague la prosa ordinaria de mi vida, pero llévate un manojo de los mejores sentimientos que guarda mi alma, para que al llegar ante tu trono, se presente como la novia, con su buqué de azahar en las manos. *"Ya entra la princesa, bellísima, vestida de perlas y brocado, la llevan ante el rey con séquito de vírgenes"* Sal 45,14).

Mientras tanto, con las palabras del salmo, te digo, Dios mío: *"Quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones"* (Sal 45, 18).

Dios mío, que en las riberas de mi alma no falte nunca un manojo de versos en busca de eternidad. Tradúcelos en ternura de besos. Por pobres que sean, siempre serán mejor que la prosa de mi vida. *"Por los siglos de los siglos"* (Sal 45, 18).

Salmo 46: Dios con nosotros

"El Señor del universo está con nosotros" (Sal 46,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios mío, eres un Dios singular. Tus manos son inmensas, pero no tienes manos; tus manos son las nuestras. Tus ojos son ojos copiosos de luz; pero tus ojos son los nuestros. Todo lo ves por los ojos de tus hijos. ¿Y qué decir de tu voz? Tu voz ha llenado de amor el universo. Y de pronto, callas para que podamos oír el latir de tu corazón de Padre. Un corazón que no cabe en el universo. En resumen, te has volcado en nosotros. Nos has hecho tus hijos. Por eso, nos comprendes. Has querido, Dios mío, tú que eres Espíritu puro, que no necesitas manos, ni ojos al estilo humano, que nosotros seamos, de alguna manera, tú. *"El Señor del universo está con nosotros"* (Sal 46,8).

¡Cómo no quererte, mi Dios, tan singular, si siendo el Eterno, y por eso mismo, eres Amor. Para moldear el frágil barro de nuestra estructura quebradiza. Te haces llanto con los que lloran, sufren y aman. *"Venid a ver las obras del Señor, las maravillas que hace en la tierra"* (Sal 46,9).

En tu regazo bondadoso estamos seguros. Nos has dotado de un corazón capaz de amar. Nos has hecho semejantes a ti. Por eso somos tan humanos, y tan divinos. *"El Señor del universo está con nosotros"* (Sal 46,12).

"Que hiervan y bramen las olas, que sacudan a los montes con su furia: el Señor del universo está con nosotros" (Sal 46,4). Por consiguiente, nada hay que temer. Ni los tsunamis del mar, tras un terremoto, ni los tsunamis del mal, cuando el diablo nos pone en tentación. *"Nuestro alcázar es el Dios de Jacob"* (Sal 46,12). *"No tememos aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar"* (Sal 46,3).

Pero sí debemos temblar, Dios mío, cuando nos alejamos de ti. Tú siempre estás con nosotros. Pero, nosotros, ¿estamos siempre contigo? Necesitamos permanecer junto a ti. Para que nuestra frágil arcilla no se desmorone.

"Rendíos, reconoced que yo soy Dios; más alto que los pueblos, más alto que la tierra" (Sal 46,11). Sí, Dios mío, eso lo podemos decir nosotros, que somos tus manos, tus ojos, tu boca. Y nos quedamos cortos. Porque tú, mi Dios, eres Amor.

Dios mío, que nunca nos falte tu amor, porque eres el Dios con nosotros.

Salmo 47: Tocad para Dios

"Dios es el rey del mundo" (Sal 47,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Que nuestras palmas batan, repiqueteen y resuenen más que resuenan los cascos veloces de los caballos sobre el asfalto. Que nuestra palabra se agrande en el eco que el viento esparce a los cuatro puntos cardinales. Que los montes y valles recojan nuestra algarabía al aclamarte a ti, Dios mío. *"Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo"* (Sal 47,2). *"Nos has escogido por heredad tuya"* (Sal 47,5). Eres el Dios amado.

Si tantas veces venimos ante ti con nuestros lamentos, lamentos encaramados sobre las rocas del tiempo como monolitos que guarden la memoria de nuestras quejas; si nuestras lágrimas, tantas veces insinceras, corren como ríos por la estepa reseca, justo es que también acudamos ante ti, Dios mío, para aclamarte, para darte gracias, para rendirnos ante ti *"porque Dios es el rey del mundo"* (Sal 47,8).

Dios mío, que mi palabra que hoy te aclama agradecida, quede atrapada para siempre en el laberinto del viento, para que una y otra vez me recuerde que tú *"reinas sobre las naciones"* (Sal 47,9).

Que los ríos arrastren para siempre nuestras quejas y lamentos. Y que el mundo entero se postre en adoración ante ti, Dios mío. *"Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abrahán; porque de Dios son los grandes de la tierra, y él es excelso"* (Sal 47,10).

Esta quiere ser hoy mi oración. Oración de aclamación, de reconocimiento, de infinita gratitud. *"Tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro Rey, tocad. Porque Dios es el rey del mundo, tocad con maestría"* (Sal 47,7-8).

Es mi humilde oración, Dios mío. Quiere ir unida a la oración que desde cualquier parte del mundo la gente eleva hasta tu trono. *"Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas"* (Sal 47,6). Tú eres el Dios de toda la Creación. Deber nuestro es amarte y glorificarte, Dios mío.

"Tú nos has escogido por heredad tuya" (Sal 47,5). Dios mío, que no te defraudemos. *"Tú eres emperador de toda la tierra"* (Sal 47,3).

A ti, Señor, la gloria por los siglos de los siglos.

Salmo 48: Grande es el Señor

"Dios descuella como un alcázar" (Sal 48,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Pasan los años. Muchas primaveras y muchos otoños han ido desfilando a la vera de mis años. A la sombra de tantos veranos vencidos, he venteado los sueños invernados en los páramos de la edad. Es la vida.

Quizá estas palabras, Dios mío, de algún modo expresen lo que puede ser una vida. Mi vida, en concreto. Pero una vida rodeada de tu amor. *"Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra"* (Sal 48,10-11).

Una ciudad bien amurallada se siente segura. *"Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones"* (Sal 48,13). Y sin embargo, se necesita algo y mucho más. Una ciudad puede ser sitiada. Ni se entra ni se sale. Debe, por consiguiente, estar bien abastecida. Que no falte alimento. Que no falte agua. No basta tener murallas.

Cuántas veces, Dios mío, nos sentimos seguros, amurallados, encerrados, en nuestro propio yo interior. Y descuidamos el cultivo de nuestros campos exteriores. Dentro de una ciudad no se siembran maizales. No se siembra trigo. No hay cosechas. No brillan las mazorcas, de luz ámbar encendidas en los maizales, en la placidez del otoño. Olvidamos que nuestras murallas personales no necesitan puertas. Tú eres nuestra seguridad, Dios mío. *"Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios"* (Sal 48,2).

Para cuando llegue el invierno, para cuando venga el frío, se necesita tener acopio de leña, para que no falte el fuego, para que no falte calor en el hogar. Por eso, Dios mío, no puedo contentarme con recoger, una a una las que he podido, las hojas ocres, caídas de los árboles y sauces llorones. Necesito troncos, leña que caliente, y cuyo humo suba, como el incienso, hasta ti, mi Dios. *"Porque Dios es nuestro Dios, eternamente y por siempre"* (Sal 48,15).

Mirando ese fuego, que es oración, que es calor de hogar, quiero prender mi mirada en tu mirada, Dios mío, mi sonrisa en tu sonrisa, para que mi vida no sea ceniza apagada, sino llama que alumbre los días que aún me queden de vida. Y más allá del tiempo y los recuerdos idos, *"poder decir a la próxima generación: Este es Dios, nuestro Dios eternamente"* (Sal 48,14-15).

Salmo 49: Inconsistencia del hombre

"El hombre no perdura en la opulencia" (Sal 49,13).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hay algo enormemente cierto, Dios mío: la inconsistencia del hombre. Una brizna de paja que arrebata el viento. Todos lo sabemos. Sin embargo, nos aferramos a las cosas materiales. *"Los malvados confían en su opulencia"* (Sal 49,6-7). Ricos y pobres, olvidamos que tenemos que morir. *"Los sabios mueren, lo mismo que perecen los ignorantes y necios"* (Sal 49,11).

Por eso, Dios mío, antes que llegue la última tarde, y teniendo el acantilado de mi vida por paisaje, quiero pintar acuarelas nuevas. Pintaré un barco pequeño, de vela, hábilmente fondeado en el puerto improvisado en el cuenco de mis manos. Trazaré, en azul, nubes y cielos sobre las riberas rumorosas de mi infancia ya olvidada. Inventaré una senda estrecha, para recorrer de nuevo mis viejos sueños, verticalmente anclados como estatuas otoñales en el panteón caduco de los años. *"El sepulcro es su morada perpetua y su casa de edad en edad, aunque hayan dado nombre a países"* (Sal 49,12).

A dúo con el viento y las olas, viejas canciones de siempre sobre el musgo de las rocas de mi acantilado cantaré, mientras el relente de la noche mis viejos sueños velará. Esto será antes de que el tiempo se convierta para siempre en eternidad. *"El hombre no perdura en la opulencia, es semejante a las bestias, que perecen"* (Sal 49,13). El hombre es inconsistente.

Y, según vaya acercándose el final, de las ánforas guardadas en el fondo de mi barco de papel, escanciaré el mejor y añejo vino, para brindar por ti, mi Dios, porque eres el Dios de la vida. *"Dios me salva, me arranca de las garras del abismo"* (Sal 49,16).

Brindaré, igualmente, por la vida que se va. El hombre, *"cuando muera no se llevará nada, su fasto no bajará con él"* (Sal 49,18). Con decisión brindaré. Desde mi inconsistencia de hombre, brindaré. De hombre inconsistente, sí, pero que se sabe amado por ti, Dios de la vida, Dios del amor, Dios de la salvación.

"Que mi boca sepa hablar sabiamente, y mi corazón meditar con prudencia" (Sal 49,4).

Dios mío, que en mi última acuarela, quede plasmada para siempre tu sonrisa paternal, Padre bueno.

Salmo 50: Pueblo mío, voy a hablarte

"Dios en persona va a juzgar" (Sal 50,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Viene Dios y no callará" (Sal 50,3). Dios mío, tú eres palabra de salvación. Por tu palabra se hicieron los cielos y cuanto existe. Tu palabra nos llama a la existencia. Tu palabra nos convocará a juicio. *"Desde lo alto convoca cielo y tierra para juzgar a su pueblo"* (Sal 50,4). Por tu palabra, el hombre, tu criatura, tiene también el don de la palabra.

Tu palabra, Dios mío, hay veces en que se convierte en reproche. *"Israel, voy a dar testimonio contra ti; yo soy Dios, tu Dios. No te reprocho tus sacrificios, pues siempre están tus holocaustos ante mí. Pero no aceptaré un becerro de tu casa"* (Sal 50,7-9). Y aclaras el porqué de la no aceptación de los sacrificios. *"Las fieras de la selva son mías"* (Sal 50,10). Además, no te alimentas de sacrificios. *"¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?"* (Sal 50,13). Es otro el alimento que buscas, Dios mío. *"Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, cumple tus votos al Altísimo, e invócame el día del peligro"* (Sal 50,14-15). Quieres que cumplamos la palabra dada. Y la palabra que se da tiene que ser palabra de fidelidad. *"Cumple tus votos al Altísimo"* (Sal 50,14).

"Conozco todos los pájaros del cielo, tengo a mano cuanto se agita en los campos" (Sal 50,11). Todo es tuyo, Dios mío. Y todo lo has puesto a nuestra disposición, para que podamos recrearnos con tanta maravilla. Quieres también que te invoquemos. *"Invócame el día del peligro; yo le libraré, y tú me darás gloria"* (Sal 50,15).

Dios mío, en mi invocación hoy te digo: Alárgame la estructura justa de la vida, como si fuera hiedra que trepa en verde su ascensión vegetal en la piedra, dando cobijo a los pájaros bullangueros del amanecer. Sé tú, Dios mío, mi refugio en el desmayo del atardecer cuando esta luz se vaya apagando inexorablemente, para dar paso a la luz que no se extingue. Déjame hundir mis raíces endebles de hombre en tus manos amorosas de padre. Podré entonces acariciar, igual que la hiedra, la estructura plena de la piedra para trepar sin miedo a tu encuentro, y juntar más allá del tiempo mi finitud de hombre con tu amor de Padre.

Sea esta mi invocación, acción de gracias también, a ti, mi Dios amado. *"El que me ofrece acción de gracias, ese me honra"* (Sal 50,23).

Salmo 51: Pecador me concibió mi madre

"Yo reconozco mi culpa" (Sal 51,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

A ti clamo, Dios mío, pidiendo misericordia, cuando mi barca se hunde ya, poco a poco, en altamar. *"Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado"* (Sal 51,3-4). Porque, sólo Tú eres mi Verdad. Y yo, un grito suspendido entre el cielo y la tierra, a punto de eternidad.

Las aspas de mi llanto se han quebrado, y los cangilones de mis lágrimas se han secado. Nunca las lágrimas podrán borrar mis culpas. Sólo tú, Dios mío. *"Pero yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado"* (Sal 51,5). Tiéndeme, Señor, tu mano. Con el corazón te lo pido. Destierra de mis ojos la sal incrustada por navegar por los mares del pecado, y que los párpados me quema. Que me impide ver con claridad. *"Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia"* (Sal 51,6).

La indolencia me ciñe a un modo de vivir, que no redime; por el contrario, más me hunde en una mediocridad burguesa. Huérfano hubiera querido ser de todas las codicias, y he caído en todas ellas. Me veo ahora arrojado a las tierras baldías del silencio. Anduve tras la comodidad pasajera del dinero, en vez de ostentar el apellido ingenuo de las cosas: noche, viento, relente, escarcha, ciudad. Pero olvidé por completo tu amistad. Por eso, y tanto más, perdón te pido, Dios mío. Perdón. *"Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría"* (Sal 51,8).

Líbrame, Señor, de las arenas movedizas del confort que llevan derecho al deshonor. Deja que mis ojos se enreden en tus ojos, mis brazos en tus brazos, hasta que un día, en la eternidad, juntos entonemos la canción jubilosa del encuentro. *"Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa"* (Sal 51,11). Y si ves que el amor deserta de mi vida, alárgame, Dios mío, un poco más la vida, hasta llegar sano y salvo a tu Hogar. Ten en cuenta, Dios mío que *"pecador me concibió mi madre"* (Sal 51,7).

Pero, tras el arrepentimiento de mis culpas, aún me queda otra tarea por realizar: *"Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti"* (Sal 51,15). Así, Dios mío, *"mi lengua cantará tu justicia. Tú, Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza"* (Sal 51,16-17).

Salmo 52: No a la maldad

"Yo reconozco mi culpa" (Sal 51,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Amarte quiero, Dios mío, al vaivén pendular de las horas que marcan el límite al tiempo que aún le pueda quedar a mi ser. No quiero la maldad. Busco hacer el bien. *"¿Por qué te glorías de la maldad y te haces fuerte en el delito?* (Sal52,3). Es un aldabonazo, una llamada a la conciencia. ¿Por qué sigo haciendo el mal? Cuántos propósitos de enmendad los errores, pero vuelvo a caer en ellos. *"Prefieres el mal al bien, la mentira a la honradez"* (Sal 52,5).

Dios mío, sobre el rastrojo donde crecieron juntos las rojas amapolas y el trigo, arrodillado espero el momento cuando el reloj detendrá el silencio, él mismo quedará en silencio, será el aviso de que la hora ha llegado. Pero antes, debo enfilar mis pasos por el camino recto de tus mandatos, Dios mío, para poder llegar más allá de las estrellas, e ir donde los ángeles y arcángeles cantores rasgan laúdes de luz inmarcesible, y entonar con ellos el Santo, Santo, Santo, por eternidad de eternidades. *"Yo, como verde olivo, en la casa de Dios, confío en la misericordia de Dios por siempre jamás"* (Sal 52,10).

Amarte quiero, mi Dios, a pesar de los avatares conocidos o ignotos de mi vida, huérfana tantas veces, del amor que te es debido. En caudal de lágrimas furtivas, lavar deseo el remordimiento y las penas por haberte tantas veces ofendido, y tantas, haber robado la luz al día, para tirarla al cauce seco de la maldad y la envidia. *"Los justos lo verán y se reirán de él: Mirad al valiente que no puso en Dios su apoyo, confió en sus muchas riquezas, se insolentó en su crímenes"* (Sal 52,8-9).

He comprendido, Dios mío, que muchas veces he preferido *"la mentira a la honradez"* (Sal 52,5). Detesto el mal. Busco el bien. Por eso, desde la aurora al ocaso, en la noche y en el día, volar quiero, cual los pájaros pardales, al refugio de las ramas. Tus brazos de Padre son mis ramas. Tú, Dios mío, eres el árbol perenne de la Vida. Desde ese Árbol, deseo poder cantar, a ritmo de tus ángeles y arcángeles, el Santo, Santo, Santo, en pentagramas celestiales. Con alegría, enhebrar quiero mi danza a ritmo de esperanzada, y que mis ojos puedan contemplarte en compañía de tus santos. Devuélveme la inocencia que un día en mi vida pusiste. Y así, por fin, poder cantar espero, con tus ángeles y querubines, tus alabanzas eternamente. *"Te daré gracias porque has actuado. Proclamaré delante de tus fieles: Tu nombre es bueno"* (Sal 52,11).

Salmo 53: Red social del pecado

"Dice el necio para sí: No hay Dios" (Sal 53,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Tras la tormenta llega la calma. Una tormenta suele durar poco, aunque puede provocar mucho daño. Hay cosas que duran más. Y son más destructivas. Nada peor que el pecado. Todo pecado es una ofensa a Dios. El peor mal del pecado consiste en generalizarse. *"No hay uno que obre bien, ni uno solo"* (Sal 53,4). Ya no se trata de un simple pecado individual, que queda en uno mismo, aunque, aun así, es contagioso. Pero si el pecador se arrepiente, Dios, en su infinita misericordia, le perdona.

Se trata del pecado colectivo, generalizado. Este es peor. El pecado es terriblemente social y, por lo mismo, socialmente destructor. El pecado, por lo que tiene de social, lo tiene todo, es terrible. *"Dice el necio para sí: No hay Dios"* (Sal 53,2).

Dios mío, líbranos de caer en la red social del pecado. Una red que lo engulle todo, lo abarca todo, lo pervierte todo. La corrupción general es la peor corrupción. *"Todos se extravían igualmente obstinados"* (Sal 53,4).

Dura es la realidad que nos presenta el salmo. No queda más remedio, por consiguiente, que mirarse uno a sí mismo y ver si aún es posible poner solución. La conversión comienza por uno mismo.

Y mirándome a mí mismo, he comenzado, Dios, mío, por mirar mis propias manos. Las he sentido como una gran Avenida, de cualquier ciudad. Por la avenida de mis manos he visto pasar, de pronto, muchos amigos. Mejor dicho, no pasaban, los llevaban. Un silencio mortuorio los rodeaba. En cada amigo que se iba, se iba un recuerdo, un abrazo. Eran amigos buenos. Por eso cuesta la separación. Otras gentes eran llevadas también en el silencio de un adiós triste y sin esperanza. *"¿No aprenderán los malhechores que devoran a mi pueblo como pan y no invocan a Dios?"* (Sal 53,5). Pero también hay gente buena. Por esa gente buena, entrelazar quiero entre mis dedos, Dios mío, el canto radial de la alondra que se columpia en la tarde, el gorjeo del gorrión que convierte en algarabía la enramada, el balar querencioso de la oveja que abreva en el río. Y así, formar quiero un pentagrama para escribir la música que nace agradecida de adentro del alma. Tú, Dios mío, que me diste estas manos para abrazar y bendecir, haz que nunca pierdan la misión que les diste. Gracias, Dios mío.

Salmo 54: Plegaria en el peligro

"Oh Dios, escucha mi súplica, atiende a mis palabras" (Sal 54,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios mío, quiero darte gracias, infinitas gracias, porque tú eres mi auxilio. *"Dios es mi auxilio, el Señor sostiene mi vida"* (Sal 54,6). Mi vida y la de los demás.

Tú sostienes toda la Creación. Por eso, y por todo, quiero expresarte mi gratitud. Y expresar deseo al mismo tiempo, en humilde acción de gracias, mi gratitud por cuantas personas, seres, y cosas, me rodean.

Gracias por la oveja, por la alondra y el gorrión. Por los campos llenos de vida. Por la madre tierra y el pan de cada día. Por el sol que nos alumbra y por cuanta gente, peregrina como yo, recorre el camino de la vida. Que todos podamos llegar felizmente a puerto, una vez atravesado el mar proceloso de la vida.

Gracias, Dios mío, porque me libras de tantos peligros, que a diario me rodean. Gracias por escuchar mis súplicas constantes. *"Oh Dios, escucha mi súplica, atiende a mis palabras"* (Sal 54,4).

Al mismo tiempo, deseo, Dios mío, pedirte perdón. Perdón, por mis propios pecados. Perdón, por los pecados de los demás. Perdón, por el amor negado a los demás. Perdón, por cuantas veces ha estado a punto de apagarse la lamparilla de mi fe, por haber dejado abierto un postigo en la puerta de mi alma para que entrara el viento pestilente de la duda. *"Pero Dios es mi auxilio"* (Sal 54,6).

Siempre has estado al quite, Dios mío. Al quite, cuando me he metido en todos los charcos del camino. Cuando me he juntado con malas compañías. Cuando he caminado como ebrio en la noche. Cuando he colaborado, o no he evitado, los escándalos. *"Unos insolentes se alzan contra mí, y hombres violentos me persiguen a muerte, sin tener presente a Dios"* (Sal 54,5). Y cuando no he dado testimonio de ti.

No has dejado que se apagara la tenue luz de mi lamparilla, ni has dejado que el aceite de la misma se terminara. He de dar, en consecuencia, testimonio de mi fe, Dios mío. *"Te ofreceré un sacrificio voluntario, dando gracias a tu nombre, que es bueno; porque me libraste del peligro, y he visto la derrota de mis enemigos"* (Sal 54,8-9).

Salmo 55: Mi confianza, en Dios

"Pero yo confío en ti, Señor" (Sal 55,24).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

La vida está llena de sobresaltos. El miedo camina a nuestro lado. *"Se agita mi corazón, me sobrecoge un pavor mortal"* (Sal 55,5). Soñamos con realizar muchos proyectos. Y, si acaso, apenas si se cumple alguno de ellos. Nos llenamos la cabeza de fantasías. La realidad es otra. *"Me asalta el temor y el terror, me cubre el espanto"* (Sal 55,6). Navegamos entre zozobras. Vemos que no avanzamos, que no escapamos del mal. Entonces quisiéramos volar, por ser el camino más rápido de escape. *"¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme!"* (Sal 55,7).

Dios mío, este es el panorama que casi a diario se nos presenta. ¿Qué hacer en tal situación? La única salida: confiar en ti. *"Yo invoco a Dios y el Señor me salva"* (Sal 55,17).

Algo bueno tenemos los humanos. Debo reconocerlo, Dios mío: que todo cuanto nos sucede queda archivado en el disco del subconsciente, lo mismo que si fuera un ordenador. El subconsciente, al aflorar a la superficie de nuestro consciente, expone a la luz del día las experiencias vividas, y toda vivencia aparentemente dormida; todo gozo, dolor, y alegría. Y tantas otras cosas, no por calladas, olvidadas. Las cosas realizadas, y las que quedaron sin hacer. Y al recordarlas de golpe, resulta del todo imposible no reaccionar. ¿Cómo olvidar las veces que hemos acudido a ti, Dios mío, implorando tu ayuda? *"Por la tarde, en la mañana, al mediodía, me quejo gimiendo. Dios escucha mi voz: en paz rescata mi alma de la guerra que me hacen"* (Sal 55,18-19). *"Yo invoco a Dios y el Señor me salva"* (Sal 55,17).

La vida da mil vueltas, pero cada quién debe saber cómo ha de guiar su vida. Unos, posiblemente, somos más atolondrados, más imprudentes. Otros, por el contrario, actúan con más prudencia. La vida es un río nacido en el hontanar, para terminar en la mar. Pero ante todo, Dios mío, la vida es un don que tú nos has dado. Lo más grande y maravilloso que nos puede ocurrir: vivir. Pero la vida, hay que vivirla con honor. Por más violencia y discordia que veamos a nuestro alrededor. *"Veo en la ciudad violencia y discordia: día y noche hacen la ronda sobre sus murallas"* (Sal 55,10-11).

Dios mío, para terminar, el salmo me dice: *"Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará; no permitirá jamás que el justo caiga"* (Sal 55,23).

Salmo 56: Andar en presencia de Dios

"Anota en tu libro mi vida errante" (Sal 56,9).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Es verdad, Dios mío, que muchas veces decimos, haciendo nuestras las palabras del salmo: *"En Dios, cuya promesa alabo, en Dios confío y no temo: ¿qué podrá hacerme un mortal?"* (Sal 56,5). A buen seguro que lo decimos de verdad, con sinceridad. Al rato nos olvidamos, y entonces, ¿dónde, o en qué, ponemos nuestra confianza?

Dios mío, tú conoces mis pasos, mis intenciones. A ti no te puedo engañar. Sé perfectamente que debo andar en tu presencia. No siempre ha sido así. Siendo tú la luz que ilumina mi caminar, te pido, Dios mío, que sepa caminar siempre en tu luz. Esa luz que a veces pareciera estar oculta. Y no lo está. Si uno mira una enramada, da la impresión de que la luz está oculta entre las ramas. Oculta, pero está. La luz es como un ángel con alas de azucena, cimbreándose en el árbol de nuestra vida.

Caminar en la luz es hacer posible que la vida se desarrolle, como germina, se desarrolla y madura, una flor. La vida surge, crece y se desarrolla, en el milagro frágil del amor, esencia inmaterial de un mundo, el mío, y el de todos tus hijos, Dios mío, que soñamos con el mismo candor e inocencia con que sueña, o ríe, el niño. Por lo mismo que el niño es inocente, no puede pensar que alguien quiera hacerle daño. El niño vive en el paraíso de la inocencia. Sólo más tarde, y una vez alejados de ese paraíso, comprendemos, Dios mío, las palabras del salmo: *"Buscan un sitio para espiarme, acechan mis pasos y atentan contra mi vida"* (Sal 56,7).

Hasta que no sabe decir su nombre, el niño es inocente. Cuando, de pronto, adquiere conciencia de su dimensión personal, comienza también a darse cuenta de que es un ser quebradizo, que ha perdido las alas de ángel que revolotea por un mundo de inocencia. Pero también adquiere conciencia de tu presencia, Dios mío. Y de que puede llamarte ¡Padre!

Ojalá, Dios mío, que mi vida pueda continuar siendo sorbida por la luz de tu presencia. Sé que, en parte, esto depende también de mí. Ojalá que al *"anotar en tu libro mi vida errante, recojas mis lágrimas en tu odre, Dios mío, mis fatigas en tu libro"* (Sal 56,9). Porque quiero vivir en la inocencia de la luz. Tú eres mi Luz, Dios mío.

Salmo 57: Vida entre leones

"Estoy echado entre leones devoradores de hombres" (Sal 57,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios mío, la salvación sólo de ti nos puede venir. Tú nos das la salvación. *"Invoco al Dios altísimo, al Dios que hace tanto por mí. Desde el cielo me enviará la salvación"* (Sal 57,3-4). Siempre estamos rodeados de peligros. Por eso estamos urgidos de tu ayuda para poder encontrar la salvación.

Nuestra oración, puede que muchas veces sea intimista, hasta ingenua. No importa. Cuanto más sencilla sea, mejor. Tú, Dios mío, eres un Padre al que le gusta oír nuestras súplicas. Y nosotros necesitamos decir, expresar, lo que sentimos. Por eso la oración se convierte en un gozo profundo al poder sintonizar contigo y expresarte nuestras cuitas, nuestras pequeñas o grandes batallas. Nuestras luchas, éxitos y fracasos. En ti nos refugiamos. *"Mi alma se refugia en ti, me refugio a la sombra de tus alas"* (Sal 57,2). Esto es oración.

La oración, en definitiva, es cuestión de amor. Como hablan dos enamorados, que necesitan decirse, más con los ojos que con la boca, cuánto se aman, así la oración se convierte en necesidad de hablar contigo, Dios mío. En la oración te decimos que te amamos. Es cierto. Pero eso no sería posible si primero no hubiéramos recibido de ti ese caudal de amor que nos tienes. En la oración te decimos muchas cosas. La mayor parte no valen nada, y, sin embargo, tú las haces valer. El niño dice cosas intranscendentes, pero para sus padres tienen mucho valor. Tras cada palabra incompleta e inconexa hay mucho amor. Por eso, *"voy a cantar y tocar: despierta, gloria mía; despertad, cítara y arpa; despertaré a la aurora"* (Sal 57,8-9). Y despiertos que estén todos, *"te daré gracias ante los pueblos, Señor; tocaré para ti ante las naciones: por tu bondad, que es más grande que los cielos"* (Sal 57,10-11).

En la oración imploramos también misericordia. Palabra que tan maravillosamente te define, Dios mío. *"Misericordia, Dios mío, misericordia, que mi alma se refugia en ti; me refugio a la sombra de tus alas mientras pasa la calamidad"* (Sal 57,2). Y desde el cielo tú nos envías la salvación, *"porque estoy echado entre leones devoradores de hombres"* (Sal 57,5). Esos leones no son las fieras que campan a sus anchas por las selvas o por las sabanas tropicales. Más peligrosas son: *"Sus dientes son lanzas y flechas, su lengua es una espada afilada"* (Sal 57,5). Dios mío, que mi lengua no sea una espada contra nadie. Que sirva, sí, para alabarte y bendecirte. Que esté siempre dispuesta para la oración, para hablar contigo.

Salmo 58: Justo Juez

"Los mentirosos se extraviaron desde el seno" (Sal 58,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Buena pregunta la del salmo: *"¿De verdad, poderosos, emitís sentencias justas?, ¿juzgáis equitativamente a los humanos"* (Sal 58,2). Las personas nos guiamos por el dictamen de la conciencia. Los jueces deben dar sentencia según le dicte su recta conciencia. Sentenciar injustamente, es delito. El mal hecho a la parte inocente puede ser irreparable. A dicha pregunta, el mismo salmo responde: *"¡No!, que cometéis crímenes a conciencia imponiendo en la tierra la violencia de vuestras manos"* (Sal 58,3).

Dios mío, qué fácil resulta desoír la voz de la conciencia. El chantaje, las conveniencias de cualquier tipo, los intereses personalistas, tantas cosas, hacen que muchas veces pisoteemos nuestra conciencia. Pero una mala conciencia impide la paz consigo mismo. Y cuando el mal se socializa, se extiende, la sociedad tampoco está en paz. Si falta la paz, enseguida salta la violencia. Quienes están enfangados en el mal, porque lo están; quienes se sienten inocentes, por lo mismo, piden justicia. Qué difícil es hacer justicia en propia causa. Enseguida se pasa a una situación invivible, de confrontación, de violencia. *"Oh Dios, rómpeles los dientes en la boca"* (Sal 58,7). Pero una imprecación así, suena a revancha, a venganza. ¿Qué se arregla con la venganza? Nada. Urge, pues, buscar la paz. Y la justicia. Ahora bien, el único juez justo, de verdad, es sólo Dios.

Tú, Dios mío, eres el Justo Juez. El único que hace justicia de verdad. El único que puede sosegar nuestra conciencia. La conciencia, me la imagino como una casa bien arreglada. Pero mi casa no será mi casa si no tiene sabor a hogar, si no huele a pan tierno, crujiente, recién horneado; si el vino no es compartido en la mesa familiar. Mi casa no será mi casa si es de puertas cerradas y mantiene las ventanas con las persianas bajadas para que no entre nadie, ni la gente por la puerta, ni el aire por las ventanas.

Pero mi casa sí será mi casa, Dios mío, si es casa que acoge a todos, tanto al que vive cerca, como en cualquier otra parte. Sí será mi casa, si quien viene encuentra paz, y puede desahogar tranquilamente sus penas, porque encuentra acogida, comprensión, amistad. Sí será mi casa, si es bendición para todos. Así, Dios mío, es como quiero que sea siempre mi casa. Que tenga un balcón de geranios, y un salón donde quepa la gente toda del mundo, sobre todo, los más pobres. Porque *"hay un Dios que juzga en la tierra"* (Sal 58,12).

Salmo 59: Tocaré en tu honor

"Líbrame de mi enemigo, Dios mío" (Sal 59,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Por la mañana proclamaré tu misericordia" (Sal 59,17). Y a todas horas, Dios mío, he de proclamar tu misericordia. Los salmos constatan, una y otra vez, la cantidad de enemigos que nos rodean. También más de una vez me he preguntado: ¿Qué méritos tengo yo para estar del lado de los que tienen fe, de los que creen en ti, Dios mío? Ninguno. Bien podía estar en el lado contrario. Bien podía estar en el bando sobre los que caen toda clase de maldiciones. *"¡Destrúyelos con tu furor, destrúyelos y dejen de existir!"* (Sal 59,14). Y sin embargo, sin mérito alguno de mi parte, tú me sostienes, mi Dios, en tu misericordia y en tu amor.

Este solo pensamiento me lleva a estar infinitamente agradecido contigo, Dios mío. Agradecido por mi vida y por cuanto me rodea. ¡Bendito seas, Señor! Bendito seas, también por el trigo y el maíz, sembrados en la tierra buena para ser agricultura fecunda. Bendito por los surcos donde crece el algodón, el árbol de fuego y del paraíso, el puma y el jaguar, el leopardo y el jabalí, y canta alegre el senzonte. *"Tú has sido mi alcázar y mi refugio en el peligro"* (Sal 59,17).

Bendito por siempre seas, Dios mío, por el barro que da forma y color a los utensilios en los que compartimos la comida en hermandad. Bendito por las mujeres encinta, redondas como lunas llenas, para henchir de hijos la tierra destoconada por laboriosas manos trabajadoras, encallecidas y abiertas por el trabajo sufrido, manos alfareras, orfebres del machete o el hacha, que lo mismo talan el árbol, que la milpa o el zacate, y parten, a partes iguales, la sandía o la iguana. *"Tocaré en tu honor, fuerza mía, porque tú, oh Dios, eres mi alcázar"* (Sal 59,18).

Bendito seas, Dios mío, por el frío de la estepa, o del altiplano, arrodillados a los pies de volcanes enhiestos, altivos, verticales, majestuosos. Bendito seas por el trópico, donde se da el aguacate, crece la marihuana, y el pulque fermenta. Bendito seas, Dios mío, por los lagos y las selvas. Bendito, por la música arrancada a la marimba, de noble madera hecha que opaca con su alegría la tristeza endémica de razas antiguas. Bendito seas, Dios mío, por la hermosura del quetzal que vuela, en rojo y verde, y en libertad.

"Tú, oh Dios, eres mi alcázar, Dios mío, misericordia mía" (Sal 59,18).

Salmo 60: Una derrota no es el fin

"Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo" (Sal 60,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Si en plena batalla, un ejército se deja llevar del miedo, rompe filas y se desmorona, está perdido. *"Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas; estabas airado, pero restáuranos"* (Sal 60,3). Ese ejército somos nosotros, Dios mío, cuando los alejamos de ti; cuando olvidamos que nuestra seguridad está en ti. Cuando olvidamos que sin ti nada podemos. En ti está nuestra confianza y nuestra esperanza. Restáuranos.

Haz, Dios mío, que desde nuestra fragilidad de hombres, sepamos acoger tu palabra. En ella encontramos fuerza para amar. El amor salva a la humanidad. Pero es el amor, precisamente, lo que nos ha faltado. *"Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo, dándole a beber un vino de vértigo"* (Sal 60,5). Danos fuerza para amar.

"Para que se salven tus predilectos, que tu mano salvadora nos responda" (Sal 60,7). Tus manos, Dios mío, son manos de bendición y de perdón. Bendícenos a todos tus hijos por igual. Danos una fe robusta que sepa amar la vida desde un amor ardiente, ahora, y por siempre jamás.

"Has sacudido y agrietado el país: repara sus grietas, que se desmorona" (Sal 60,4). Los terremotos agrietan, desmoronan, destruyen. Causan estragos en las viviendas. Viene luego la obra de reconstrucción.

En la casa de nuestro propio ser ocurren también terremotos que nos agrietan, desmoronan, destruyen. Si tú no estás, si tú, Dios mío, te vas, nuestra casa se viene abajo. *"Que tu mano salvadora nos responda"* (Sal 60,7). Sólo tú puedes reconstruir nuestra casa interior. Cada derrota es, no sólo un rotundo fracaso. Es, sobre todo, un alejamiento de ti.

Necesitamos volver al buen camino. No podemos quedarnos derrotados. Una derrota no supone un final. El mal siempre será derrotado por el bien. Necesitamos volver a ti, Dios mío. *"Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte, quién me conducirá a Edón"* (Sal 60,11). Sólo tú, mi Dios.

"Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil" (Sal 60,13). Sólo tú, Dios mío, puedes salvarnos. Sálvanos. *"Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos"* (Sal 60,14). Gracias, Dios mío.

Salmo 61: Cantar salmos a tu nombre

"Te invoco desde el confín de la tierra" (Sal 61,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Me gusta, Dios mío, el final del salmo: *"Yo cantaré salmos a tu nombre, e iré cumpliendo mis votos día tras día"* (Sal 61,9). Cantar salmos, es alabarte, es reconocer tu grandeza. Y cumplir los votos, es ser fieles a las promesas y compromisos que ante ti hemos adquirido. Ahora bien, sin ti no podemos hacer nada. Nuestras fuerzas son endebles, nuestra voluntad frágil. Y nuestras promesas quedan incumplidas la mayoría de las veces. Por eso, Dios mío, *"escucha mi clamor, oh Dios, atiende a mi súplica"* (Sal 61,2).

"Te invoco desde el confín de la tierra con el corazón abatido" (Sal 61,3). Tú estás en todas partes. Para ti, Dios mío, no hay lejanía, no hay confines. Todo está en tu presencia. Pero para los humanos, sí hay distancias. Las que nosotros mismos ponemos. No obstante, hay siempre un camino que acorta distancias. Es el camino de la fe. Camino que está más acá del cielo, por supuesto. Camino hecho al andar de viejos caminantes, camino que viene de lejos. Camino que todos tenemos que recorrer. Camino que lo han recorrido los creyentes de todos los tiempos. Camino que han recorrido los profetas. Camino que seguimos nosotros.

El camino de la fe es un camino también de esperanza. Es un camino seguro, de suelo firme, en piedra cimentado. Lo han recorrido los patriarcas, personajes deslumbrantes. Lo han recorrido los pastores trashumantes, con sus rebaños de ovejas y cabras. Lo han recorrido hombres y mujeres, oteadores de estrellas, testigos en el firmamento de tu presencia.

"Llévame a una roca inaccesible, porque tú eres mi refugio" (Sal 61,3-4). Tú eres la roca firme de la fe. Por eso, Dios mío, quiero vivir siempre en tu presencia. *"Habitaré siempre en tu morada, refugiado al amparo de tus alas"* (Sal 61,5). Fortalece, Dios mío, mi fe.

El canto que sale del corazón agradecido es a la vez oración. Tú lo escuchas. En mi plegaria te pido, Dios mío, que tu gracia y tu lealtad no me falten nunca. Que pueda recibir de tus manos "la heredad de los que temen tu nombre" (Sal 61,6). Y así, seguir *"cantando salmos a tu nombre, e ir cumpliendo mis votos día tras día"* (Sal 61,9).

Y esto, por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 62: Hijos de Adán

"Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación" (Sal 62,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Veía subir la niebla al amanecer, como palomas en vuelo, por las laderas del monte camino de la alborada, mientras la luna colgaba en las cumbres de la sierra alas de golondrina columpiándose en la altura. Fue un momento muy bello, Dios mío. Torné la vista hacia mí mismo, y me pregunté: ¿Quién soy yo? ¿Qué hago yo aquí, al borde de un paisaje de ensueño, en este amanecer? *"Los hijos de Adán no son más que un soplo, todos los hombres, una apariencia: todos juntos en la balanza subirían más leves que un soplo"* (Sal 62,10). Me quedó muy claro. Fue la respuesta.

Seguía amaneciendo. El día sería el mismo en la estepa, en el desierto, en la selva, en la arena. El nuevo día traía su sinfonía inocente de luz, de vida. La brisa iba poniendo alas a la mañana para huir de la calma y templar la algarabía del trabajo y de las horas robadas sin pudor y alevosía a la cóncava noche. *"Dios tiene el poder y el Señor tiene la gracia"* (Sal 62,12-13). Me sentí pequeño, Dios mío. Pero comenzaba el nuevo día, con sus tareas, trabajos, y afanes correspondientes. Había pasado el descanso nocturno. Y entre la noche y el día discurría mi oración, como discurre en la fuente el murmullo del agua que apaga la sed de la alondra, del buey y la oveja.

Estoy ante un nuevo amanecer. La noche es para el descanso. El día para el trabajo. Y todo el tiempo para ti, Dios mío. *"Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza"* (Sal 62,6). Ya en el paraíso nos pusiste como tarea el trabajo, para ganar el pan de cada día, sin egoísmos ni avaricia. *"Aunque crezcan vuestras riquezas, no les deis el corazón"* (Sal 62,11).

"Sólo de ti viene mi salvación, sólo tú eres mi roca y mi salvación" (Sal 62,2-3). No sólo amanece en la naturaleza. Amanece también en mi alma el gozo y la alegría, Dios mío, al recibir, de par de mañana, tu sonrisa de Padre. Esa sonrisa, estampada en la naturaleza, en cada amanecer, como un beso sonoro.

Pues bien, en este nuevo amanecer, yo, hijo de Adán, junto con todos los demás hijos de Adán, quisiera esculpir, en cada piedra del camino, en todas las arenas del desierto, en cada corazón creyente, y no creyente, con las luces del alba, mi oración: *"De Dios viene mi salvación y mi gloria"* (Sal 62,8).

Salmo 63: Sed de Dios

"Mi alma está sedienta de ti" (Sal 63,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote" (Sal 63,5). Por lo mismo, Dios mío, quisiera que mi vida fuera como un poema. Sí, un poema. Un poema se enhebra con sentimientos. Los sentimientos son parte importante de uno mismo. Y uno ¿qué es? Tierra. Bíblica tierra amasada en tus manos, donde florece la vida. *"Mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene"* (Sal 63,9).

Mi vida, amasada de tierra, es también geografía labrada por el tiempo y los días, donde nadie jamás podrá suplantar mi indigencia, ebria de claridad, diáfana de luz. Tú eres la Luz que guía mis pasos, Dios mío.

Admiro del árbol su cósmica canción en el pentagrama verde del paisaje, embrujado en la recóndita fuente que cautiva y alimenta su ser. Río me sé, nacido en el mismo venero, que lo mismo da de beber al desierto que riega la selva agreste y salvaje. *"Mi alma está sedienta de ti"* (Sal 63,2).

Me siento solidario de todas las estrellas que navegan sin fin por el mar sin límites de las galaxias infinitas, ecuménicas viajeras de sueños invernados para siempre en los inabarcables espacios siderales. *"Mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua"* (Sal 63,2).

Hombre me veo, de divina hechura revestido, calzado apenas con sandalias ligeras para caminar mi fe. Y sin embargo, mendigo a destajo soy que otea oropeles fatuos de felicidad. *"En el lecho de acuerdo de ti y velando medito en ti"* (Sal 63,7).

Las raíces de mi ser arden también, Dios mío, en el mismo crepitar del fuego que quema, poco a poco, la savia del árbol genésico de mi ser a la par de mi poema, del cosmos, y la luz. *"A la sombra de tus alas canto con júbilo"* (Sal 63,8).

Tener deseo la libertad del mar abierto, cual gaviota que vuela y planea, entre la sal y la arena, el ancho azul del horizonte, hasta plantar mi tienda bajo un cielo copioso de estrellas, y adentrarme, por fin, en la órbita elíptica de mis sueños: contemplar tu rostro por siempre jamás. *"Mi alma tiene sed de ti"* (Sal 63,2). Dios mío, *"toda mi vida te alabarán mis labios"* (Sal 63,4).

Salmo 64: Dios escucha mi voz

"Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento" (Sal 64,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Al llegar la noche, y antes de entregarme al sueño, nada más parecido con la muerte, hago balance del día. Otros lo llamarán examen de conciencia. Da igual. De un lado, van los logros, las metas conseguidas, los deberes cumplidos. Del otro, los incumplimientos, los fracasos, las cosas que quedaron a medias, o ni siquiera se empezaron. El resultado, Dios mío, tú lo ves antes que yo. Yo sólo te digo: *"Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento"* (Sal 64,2).

Yo que soñaba con colgar y columpiar mi fantasía en los fríos cuernos de la luna, ni siquiera he llegado a jugar, a pleno sol, el juego necesario de la vida, como es: la honradez, la honestidad, la sinceridad, la lealtad. No se puede ir por la vida de romántico. *"Protege mi vida del terrible enemigo"* (Sal 64,2).

El balance, al llegar cada noche, de lo acontecido en el día, me recuerda que otra noche llegará. Cuando ni tiempo habrá para hacer las cuentas. Inconclusas quedarán en la bitácora de mis días. No así en el libro de mi vida. Ese libro que sólo tú guardas, Dios mío. *"Escóndeme de la conjura de los perversos"* (Sal 64,3). Es decir, escóndeme de mí mismo.

Pero mientras va llegando la tarde, y antes que por fin mi ser se escore y encalle, inexorable y firme, en el redil sereno del ocaso, déjame, Dios mío, refugiarme en ti. *"El justo se alegra con el Señor, se refugia en él"* (Sal 64,11).

Y caída que sea la tarde, y llegue la noche, permite que un carrusel de luz las estrellas formen a mi alrededor para alumbrar de azul celeste mi muerte. Esas estrellas serán tus ángeles del cielo, capitaneados por mi ángel de la guarda, el mismo que tantas veces me ha librado de caer en las garras de mis adversarios. *"Afilan sus lenguas como espadas y disparan como flechas palabras venenosas para herir a escondidas al inocente"* (Sal 64,4-5).

Entonces, yo, bajo protesta formal de hombre que ha amado la vida, y cual árbol hendido por el rayo, vertical como un soldado en guardia, me moriré. Uno se muere solo. Y mi protesta, Dios mío, significará que sigo amando la vida. Tú eres la Vida. *"Todo el mundo se atemoriza, proclama la obra de Dios y medita sus acciones"* (Sal 64,10). Por fin, cuando todo quede en silencio, yo, más allá, o más acá de las estrellas, tú lo sabes, Dios mío, seguiré enhebrando por siempre, mi canto a la vida. Dios mío, tú eres la Vida.

Salmo 65: Un himno en Sión

"Oh Dios, tú mereces un himno en Sión" (Sal 65,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

La Creación entera canta tu gloria y tu grandeza, Dios mío. *"Oh Dios, tú mereces un himno en Sión"* (Sal 65,2). Lo mejor de la Creación es el Hombre. Lo has creado a tu imagen y semejanza. Es el hombre quien dirige la batuta de la mejor sinfónica: tu maravillosa Creación.

Me siento parte, como no podía ser de otro modo, de esta universal Acción de Gracias a tu majestad, Dios mío. Cantar agradecido quiero la canción universal de la vida. Y lo mismo que un enamorado, abrir deseo, en la piel rugosa del árbol de la vida, una estría donde grabar un corazón reverberado, enamorado, agradecido. En él escribiré dos nombres: el tuyo y el mío. *"Los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante tus signos" (Sal 65,9).*

Por ti, Dios mío, abriré los balcones de mi alma para que entre a raudales la brisa refrescante de tu gracia. Dejaré que baje, en tirabuzones de llanto, ladera abajo de mis ojos, la emoción contenida en llanto de mi corazón agradecido. *"Que nos saciemos de los bienes de tu casa"* (Sal 65,5).

Como se filtra la luz en la floresta columpiándose radial entre las ramas y reverbera en el agua que a los pies del árbol corre, así quiero, Dios mío, que tu gracia llene de luz mi alma. *"Con portentos de justicia nos respondes, Dios, salvador nuestro"* (Sal 65,6).

Quisiera que mi alma fuera como el pergamino donde se escribe un poema de amor a tu nombre. Le pondría el sonido melodioso de la música antigua, rasgada en el arpa por manos de los ángeles. *"Los valles se visten de mieses, que aclaman y cantan"* (Sal 65,14).

"Tú cuidas la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales" (Sal 65,10). Esa acequia, de agua viva, es la misma que cruza la avenida ancha de mis días como bendición abundante, para no agostarme ni morirme de sed en la aridez del estío. *"Riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos"* (Sal 65,11).

Con la voz sonora de la Creación, y con mi voz, imperceptible apenas, quiero expresarte mi acción de gracias. Porque tú, *"oh Dios, tú mereces un himno en Sión, y a ti se te cumplen los votos en Jerusalén"* (Sal 65,2).

Salmo 66: Bendecid a Dios

"Bendecid, pueblos, a nuestro Dios" (Sal 66,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Descálzate las sandalias que estás en tierra sagrada" (Ex 3,5). Quedó en silencio el desierto. Sólo la voz de Dios se oyó. Toda la tierra es sagrada, Dios mío. Toda es obra de tu amor. Pero aquí había algo más: tu presencia. Fue el modo de decirle a Moisés que pusiera atención, que algo importante tenías que decirle. Y su actitud fue de adoración.

Era la voz invisible de Dios metido en el alma de Moisés, el pastor que apacentaba el rebaño, sin más visión en el horizonte que la llama de una zarza incombustible.

Dios mío, tu poder es inmenso. Hasta tus enemigos lo reconocen. *"Por tu inmenso poder tus enemigos te adulan"* (Sal 66,3). Pero prefiero la aclamación sincera y limpia: *"Aclamad al Señor, tierra entera, tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria"* (Sal 66,1-2).

Descálzate las sandalias. La misma voz sigue resonando hoy. Despójate también del cayado. Vuélvete manso, como la oveja, que eres parte del rebaño, y Yo soy tu Pastor. *"Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre"* (Sal 66,4). Todo quedó en suspenso, hasta la respiración. El fuego fue un signo de Dios.

Hoy me adentro en silencio en el desierto del alma, por ver si arde aún la zarza de la fe en mi alma. *"Los que teméis a Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo"* (Sal 66,16). A veces la llama se tambalea. Queda siempre, entre la ceniza, la brasa que la mantiene.

Por eso, Dios mío, descalzo, sin sandalias, sin el cayado y despacio, busco en la noche del alma, a tientas, tu presencia. Quizá no atino a oír tu voz diáfana, tan sólo el eco. Son mis oídos sordos. No obstante, queda el eco de tu voz, y las brasas para avivar la hoguera. Tú eres fuego que transforma, Dios mío.

Por otra parte, no busco hallar evidencias de tu presencia, pues todo me habla de ti. Mas sí, arrimarme a la luz que quema por dentro, para decirte, en adoración profunda: *"Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica ni me retiró su favor"* (Sal 66,20). Tú, Dios mío, eres mi única certeza.

Salmo 67: Que los pueblos te alaben

"Que todos los pueblos te alaben" (Sal 67,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben" (Sal 67,4). Un deseo expresado en el salmo, que recoge el sentir de todo hombre y mujer de buena voluntad.

Junto al deseo unánime de que todo el mundo alabe el nombre del Señor, hay también una súplica: *"Que Dios tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros"* (Sal 67,2). Ni siquiera podríamos iniciar una alabanza al Señor sin su ayuda.

En todo momento quiero alabarte, Dios mío. Lo mismo da que sea primavera, como invierno. Que esté despierto o dormido. Si dormido, quiero alabarte con el instante efímero que soy en el tiempo. Si despierto, quiero alabarte, Dios mío, con el canto alegre del jilguero y la sonrisa de las flores. *"Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia y gobiernas las naciones de la tierra"* (Sal 67,5).

Quiero alabarte, Dios mío, con la blancura de la nieve y el rigor del hielo. Con las personas que trabajan la tierra, y con las abejas que fabrican la rica miel. *"La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios"* (Sal 67,7).

Quiero alabarte con música de ensueño, y las lágrimas de una madre que no logra rescatar a su hijo del demonio de la droga y de las amistades malsanas.

Quiero alabarte con mi vida entera, y quiero amarte en el momento de mi muerte. Quiero alabarte, Dios mío, cuando estoy cerca de ti y también si de alejo de ti. *"Que le teman todos los confines de la tierra"* (Sal 67,8).

Déjame vivir por siempre en tus brazos, Dios mío, acunado como un niño en el regazo de su madre.

"Conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación" (Sal 67,3). Que todos los pueblos te alaben, mi Dios, en sintonía con el conjunto espléndido de tu radiante Creación.

Y que seamos dignos de recibir de ti, Dios mío, una copiosa bendición, para que en nuestra alma florezca una nueva primavera de vida y santidad.

Salmo 68: El Dios de Israel

"Derramaste en tu heredad, oh Dios, una lluvia copiosa" (Sal 68,10).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo y avanzabas por el desierto, la tierra tembló, el cielo destiló ante Dios, el Dios del Sinaí; ante Dios, el Dios de Israel" (Sal 68,8). Fue la epopeya bíblica. Fue la epopeya de Israel. Con valentía, con honor, con sufrimiento, pero guiado por ti, Dios mío, Israel atravesó el desierto. Y llegó a la tierra prometida.

También yo, con paso firme, me iré al desierto. Pero me iré a purificar mis pecados, a liberarme del lastre de las cosas vanas y triviales, y borrar de la memoria ese trozo de nostalgia que aún guardo oculto en algún rincón del alma. Atrás dejó Israel el Egipto tentador. *"Las mujeres de la casa reparten el botín"* (Sal 68,13).

Taparé con arcilla tanta grieta, como a diario aparecen, de este barro cotidiano, que soy yo, para que no se desmorone, por inercia, el andamiaje endeble de mi cuerpo. Tú eres, Dios mío, mi fortaleza. *"Los carros de Dios son miles y miles: Dios marcha del Sinaí al santuario"* (Sal 68,18).

Reo soy, confeso y culpable, por dejarme envolver en la tela de araña de este mundo, tan hipócrita y burgués. *"Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación. Nuestro Dios es un Dios que salva"* (Sal 68,20.21).

En vez de poemas, que canten a la vida y el amor, hemos puesto epitafios por las muertes dolorosas del odio, la guerra, el aborto, y el chantaje. *"Dios aplasta las cabezas de sus enemigos"* (Sal 68,22).

¡Por eso, y por mucho más, antes de irme al desierto, al de verdad, al que hay que recorrer como signo de purificación, te diré, Dios mío: a mí me pesa, sí, pésame, Señor...! Me pesan todos los pasos dados en falso a lo largo de los años. Me pesan los desiertos baldíos, inventados, y andados, aunque no llevaran a ninguna tierra prometida. Me pesa todo lo que debe pesarme. Me pesa toda ofensa contra ti. *"Lleguen los magnates de Egipto, Etiopía extienda sus manos a Dios"* (Sal 68,32).

"Tocad para Dios, que avanza por los cielos, los cielos antiquísimos, que lanza su voz, su voz poderosa" (Sal 68,33-34). Tú, Dios mío, sigues estando en el desierto de la vida, guiando nuestros pasos. *"Sobre Israel resplandece su majestad"* (Sal 68,35). Es el Dios de Israel. ¡Gloria a Dios!

Salmo 69: Con el agua al cuello

"Me estoy hundiendo en un cieno profundo" (69,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Si de pronto, alguien es acusado de un robo que no ha cometido, qué difícil es poder demostrar su inocencia. ¡Cuántas falsas acusaciones! ¡Cuántas calumnias! El mal actúa sin pudor. El mal puede volverse incontrolable. *"¿Es que voy a devolver lo que no he robado?"* (Sal 69,5).

Habrá quien pueda entablar un proceso para demostrar su inocencia, mediante un buen y experimentado abogado, si tiene una economía boyante. Pero, ¿cómo un pobre va a poder contratar un abogado, cuando es posible que carezca hasta de lo imprescindible para vivir? A la pobreza suele unirse también la ignorancia. *"Dios mío, tú conoces mi ignorancia, no se te ocultan mis delitos"* (Sal 69,6).

También puede ocurrir que siendo inocentes en lo que se nos acusa, no lo seamos en otras cosas. *"Estás viendo mi afrenta, mi vergüenza y mi deshonra; a tu vista están los que me acosan"* (Sal 69,20).

Dios mío, a tu vista está todo. Lo bueno y lo malo. Nuestra inocencia y nuestra culpa. A tu vista está nuestra situación. Muchas veces, con el agua al cuello. *"Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello"* (Sal 69,2).

Los cielos y tierra cantan tu gloria, Dios mío. En cambio, cuántas veces que nuestra garganta está afónica, no por cantar tus glorias, sino por gritar pidiendo auxilio. Preocupados de nosotros mismos, no pensamos en ti, sino en nosotros mismos. *"Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta; se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios"* (Sal 69,4). Con la mano en el corazón, ¿podremos siempre afirmar que aguardamos a Dios?, ¿que te aguardamos a ti, Dios mío? ¿No será que acudimos a ti como último recurso? *"Que por mi causa no queden defraudados los que esperan en ti, Señor, Señor del universo"* (Sal 69,7).

Sentirnos con el agua al cuello nos puede ayudar también, y sin duda nos ayuda, a acudir a ti, Dios mío, pero en un plan de súplica humilde. *"Mi oración se dirige a ti, Señor, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude"* (Sal 69,14). Dios mío, con el salmo quiero decirte: "Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos" (Sal 69,19). "Yo soy un pobre malherido; Dios mío, tu salvación me levante" (Sal 69,30).

Salmo 70: Sueño de búsqueda

"Señor, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme" (Sal 70,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios mío, ¿qué somos ante ti? *"Yo soy pobre y desgraciado, oh Dios, socórreme, que tú eres mi auxilio y mi liberación. ¡Señor, no tardes!"* (Sal 70,6). Esta es la verdad. Por consiguiente, nada sería sin ti.

Más de una vez, estando la noche horizontal y en sombra, me he imaginado, en medio de mis sueños, que caminaba rumbo a la fuente con mi cántaro vacío. ¿Qué buscaba? Buscaba, Dios mío, agua. Simplemente agua. Luego fui comprendiendo que era más que agua lo que buscaba. Y el agua se convertía en aceite. Luego el aceite se convertía en llama. Y la llama resultaba ser la fe.

Una fe que hay que alimentar de continuo, para que no se apague, como se apaga la llamita de un candil cuando el aceite se acaba.

En silencio caminaba por las calles solitarias donde las sombras asustan. A solas, dialogando conmigo mismo, aterido de frío. Me faltaba el calor de tu presencia. *"Sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte"* (Sal 70,3).

El viento soplaba recio golpeándome en la cara, más fuerte contra más larga se iba haciendo la calle. Yo seguía caminando con el cántaro vacío, todo aterido de frío, a solas conmigo mismo, llena de dudas mi alma. *"Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme"* (Sal 70,2).

Llegando estaba al final de la calle, tan larga como mi sueño, cuando, de pronto, todas las sombras me asaltaron juntas. Y yo, que iba meditando a solas conmigo mismo solté del susto el cántaro, que roto y esparcido quedó el pobre sobre el asfalto. *"Retírense avergonzados los que se ríen de mí"* (Sal 70,4).

Menos mal que el cántaro iba sin agua y por fortuna vacío, pensé. Las sombras habían desaparecido. En ese momento desperté. Un sueño de búsqueda, pensé. El sueño había sido una metáfora perfecta. Mi cántaro vacío indicaba una realidad. Yo estaba vacío. Me faltabas tú, Dios mío. Pero yo seguía caminando. Era la calle larga de la vida. De noche y con sombras. Pero al final de la calle siempre estás tú. "Que digan siempre: Dios es grande, los que desean tu salvación" (Sal 70,5). Yo te buscaba, y te busco, a ti, Dios mío.

Salmo 71: Desde el seno materno

"Tú eres mi fuerte refugio" (Sal 71,7).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Alas de niebla, como palomas blancas, subían por las laderas del alba camino de la alborada. Yo recordaba, Dios mío, mis tiempos primeros. *"Tú fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud"* (Sal 71,5).

La luna se columpiaba, eso me parecía, en las cumbres de la sierra. Amanecía el desierto, a medida que crecía la luz de la alborada. La estepa, la selva, y el río, todo cobraba vida. *"Llena estaba mi boca de tu alabanza y de tu gloria todo el día"* (Sal 71,8).

Iba cobrando fuerza la sinfonía de la vida. Espejos de luz la mañana a todo ponía. Yo contemplaba la algarabía del trabajo, y el pulular de la vida. *"No me rechaces ahora en la vejez; me van faltando las fuerzas, no me abandones"* (Sal 71,9).

Al rebobinar la película de la vida, uno va viendo cómo tú, Dios mío, siempre has estado presente. *"Me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas; ahora, en la vejez y las canas, no me abandones, Dios mío"* (Sal 71,17-18). Hay más. *"En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías"* (Sal 71,6).

Al pasar el testigo a las nuevas generaciones, es preciso recordar el pasado, donde se afianzan las raíces. Es preciso contar *"tus hazañas a la nueva generación"* (Sal 71,18). Porque *"tu justicia, oh Dios, es excelsa, porque tú hiciste maravillas"* (Sal 71,19). Por eso, *"Dios mío, ¿quién como tú?"* (Sal 71,19).

Nadie como tú. *"Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú"* (Sal 71,3). *"Tú eres mi fuerte refugio"* (Sal 71,7). Sin ti, Dios mío, ¿qué sería yo? Nada. Absolutamente nada. Es necesario, por consiguiente, darte gracias, estar eternamente agradecido a tu amor de Padre. *"Yo te daré gracias, Dios mío, con el arpa, por tu lealtad; tocaré para ti la cítara, Santo de Israel"* (Sal 71,22).

¡Cómo no estarte agradecido, a ti, Dios mío, que desde el seno materno me has sostenido! Sólo te pido, Dios mío, que mis labios te bendigan eternamente. *"Te aclamarán mis labios, Señor; mi alma, que tú redimiste; y mi lengua todo el día recitará tu justicia"* (Sal 71,23-24).

Salmo 72: Habrá trigo abundante

"Los reyes de Saba y de Arabia le ofrezcan sus dones" (Sal 72,10).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Que los montes traigan paz, y los collados justicia" (Sal 72,3). Tenemos millares y millares de siglos de existencia los humanos; pues nacidos fuimos antes, inabarcablemente antes, de la civilización griega o romana. Inventamos el calendario mucho antes que los aztecas o los mayas, pueblos, por lo demás, bíblicamente desconocidos. Hemos contemplado, acampados por siglos, el relente abismal de las estrellas. Y apenas sabemos balbucir tu nombre, Dios mío. Pero como el niño que aún no sabe hablar, bien conoce quién es su padre y quién es su madre. Te conocemos, Dios mío, y sabemos que tú *"defiendes a los humildes del pueblo"* (Sal 72,4).

Cuando hay que defender a alguien es porque no hay paz. Triste verdad. Y buscamos la paz a todos los niveles, en todas partes. Necesitamos que la paz *"dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad"* (Sal 72,5). Pero para que haya paz debe también haber justicia. *"Que en sus días florezca la justicia y la paz hasta que falte la luna"* (Sal 72,7).

Te conocemos, Dios mío, y es justo que ante ti se doble toda rodilla. *"En su presencia se inclinen las tribus del desierto; sus enemigos muerdan el polvo"* (Sal 72,9). ¿Nos conocemos a nosotros mismos? Cierto es que hemos nacido en el planeta azul, mismo que llaman de los civilizados. Pero antes que la democracia hemos inventado la guerra. Y después, también. Seguimos siempre en guerra. Somos demasiados frívolos. Rodeados de tanto progreso y tanto cachivache, hemos sin embargo optado por la cultura de la incultura. Extraña libertad la nuestra. Somos traficantes obsesivos de la droga, del petróleo, y de la guerra. *"Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector"* (Sal 72,12).

Nos urge cambiar el mundo. Necesitamos que baje la paz *"como baja la lluvia sobre el césped, como llovizna que empapa la tierra"* (Sal 72,6). *"Y habrá trigo abundante en los campos, y ondeará en lo alto de los montes"* (Sal 72,16).

Sí, Dios mío, habrá trigo abundante, real y metafórico, cuando nos empeñemos en ser artífices de la paz y no de la guerra. Entonces podremos decir: *"Bendito sea el Señor, Dios de Israel, el único que hace maravillas; bendito por siempre su nombre glorioso"* (Sal 72, 18-19).

Salmo 73: Hombre en crisis

"Pero yo por poco doy un mal paso" (Sal 73,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Insultan y hablan mal" (Sal 73,8). A veces trae más cuenta no conocerse. Los desconocidos, por lo mismo, no se interfieren ni se molestan. Cuando hay cierta proximidad amistosa, o de simple conocimiento, es cuando suelen surgir las desavenencias. La estabilidad emocional pende de un hilo. Y la confianza puede devenir en tirantez. Surgen los chismorreos, y la paz pasa a ser tensión. La paz. Una palabra en boca de todos, y siempre incumplida. La paz, un bien que escasea. Sí, Dios mío, la paz escasea. El caso es que, todos los días y en las mismas calles, solemos cruzarnos los mismos transeúntes. A veces pasamos de largo, a veces nos saludamos. Cada quien va a sus asuntos. Mil pensamientos revolotean en nuestra mente, como abejas junto a la colmena. Solemos decir que vamos distraídos. A veces no tan distraídos. *"Su collar es el orgullo, y los cubre un vestido de violencia"* (Sal 73,6).

Más de una vez, al cruzarnos en la calle, y pasar de largo sin saludarnos, sea por la causa que sea, he pensado: Somos habitantes anónimos en el tiempo. Vivimos posiblemente en la misma calle, somos paisanos habituales de las mismas aceras. Las mismas noches y días nos contemplan. Y no nos conocemos. Casi no sé quién es el que pasa a mi lado todos los días, por más que me encuentre a diario con él. *"Meditaba yo para entenderlo, porque me resultaba muy difícil"* (Sal 73,16). Sí, Dios mío, resulta difícil entender la distancia emocional que a veces nos creamos los humanos.

Y, sin embargo, en el fondo me gustaría saber quién es él; y a él, saber quién soy yo. A fin de cuentas, vivimos en un mundo civilizado. ¿Cómo podemos decir que estamos cerca de ti, Dios mío, estando tan lejos, emocionalmente, unos de otros? *"Para mí lo bueno es estar junto a Dios, hacer del Señor mi refugio"* (Sal 73,28). Qué correcto es esto, en un sentido. Pero, desde otro punto de vista, ¿no será una escapatoria? Porque refugiarse en Dios, resulta más que difícil si vamos huyendo del trato de los demás, del amor debido a los demás.

¿Somos tan civilizados los habitantes de este extraño mundo, que llaman, ¡ay, madre!, de los civilizados? Del dicho al hecho hay un gran trecho, reza el refrán. ¿No habrá que decir, más bien, *"yo era un necio y un ignorante"?* (Sal 73,22). Conclusión: el hombre está en crisis. Sólo tú, Dios mío, puedes sacarnos de la misma. *"Me guías según tus planes"* (Sal 73,24).

Salmo 74: Violencia endémica

"No entregues a los buitres la vida de tu tórtola" (Sal 74,19).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Motivo de lamento es toda devastación. Toda guerra produce devastación, muerte y ruina. El pueblo de Dios se lamenta de esta situación, y una vez más acude a ti, Dios mío. *"¿Hasta cuándo, oh Dios, nos va a afrentar el enemigo? ¿No cesará de despreciar tu nombre el adversario?"* (Sal 74,10).

En pie queda la pregunta dolorida que toda persona de buena voluntad se hace: ¿Cuándo entraremos en razón? ¿Cuándo dejaremos de odiarnos, de matarnos, de fabricar guerras que sólo hacen agrandar los odios entre los pueblos y las gentes? ¿Qué tanto mal producen? Sí, ya se sabe que las guerras son un negocio económico para muchos? Pero es que, ¿en tan poco valoramos la vida humana, que con tanta saña la destruimos? Dios mío, *"dirige tus pasos a estas ruinas sin remedio; el enemigo ha arrasado del todo el santuario"* (Sal 74,3). El santuario, lugar de oración. Y el santuario, que debe ser inviolable, de toda persona humana.

Qué hermoso sería que un día nos pusiéramos a dialogar, a charlar un rato a la sombra, alargada ya, de la era industrial y postmoderna, tan arañada de tajos e violencia y muerte. Tú hiciste al hombre lugarteniente tuyo en la tierra, Dios mío. Pero el hombre se ha creído rey omnímodo de la entera Creación. Hasta ahí llega nuestra soberbia y desmedida ambición. Deberíamos pastorear con la luz de la inteligencia, el cosmos, la vida, la ciencia. Deberíamos ser los granjeros de la Osa Mayor y la Osa Menor. Pero no pasamos de ser roedores del bien ajeno. Depredadores del bien común y del bien particular. *"Ya no vemos nuestros signos, ni hay profeta; nadie entre nosotros sabe hasta cuándo"* (Sal 74,9).

Estamos apagando la luz de la inteligencia, que siempre es humilde, y la estamos sustituyendo por la soberbia. Así no vamos a ninguna parte. *"No olvidemos sin remedio la vida de los pobres"* (Sal 74,19). En cambio, estamos arrasando los bosques, a base de incendios que sólo buscan saciar el insaciable afán de la ambición sin entrañas de las grandes compañías explotadoras del patrimonio de la humanidad. *"Levántate, oh Dios, defiende tu causa: recuerda los ultrajes continuos del insensato"* (Sal 74,22).

Apiádate de nosotros, Dios mío, *"que los rincones del país están llenos de violencias"* (Sal 74,20).

Salmo 75: El día de las cuentas

"Digo a los jactanciosos: no os jactéis" (Sal 75,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Con demasiada frecuencia vivimos del cuento y las apariencias. Así suele decirse, pero es la palpable realidad. La mediocridad y la duda, nos invaden. Aparentamos. Pero aunque disimular queramos, evitar jamás podremos llevar pantalón remendado con parches de metafísica indigencia. "*"Digo a los jactanciosos: no os jactéis"* (Sal 75,5).

¡Qué pena, Dios mío, qué pena! Hemos sido capaces de construir la civilización y la banca, la burocracia, el trasto frívolo de la televisión, el internet, y no sé cuántas cosas más. Y el paro. Tanta gente sin trabajo. Tanta gente en el paro. Y todo a ritmo de democracia. Para terminar luego haciendo de la vida novela, culebrón de sueños y mentiras; pues implantado hemos el silencio, en vez de la charla amena de sobremesa. El silencio nos invade. Estamos en la era de la incomunicación comunicada. Nos hemos pegado, como lapas, al móvil; y toda comunicación es a través de él. Nos pasamos el día tecleando el móvil. Ya casi no hablamos de tú a tú. Era del silencio. Era del enquistamiento personal. Cada rato tenemos que andar cargando la batería del móvil. Pero ¿cuándo cargamos nuestras pilas interiores, como son la oración, el encuentro contigo, Dios mío, y el encuentro amistoso con los demás? ¿Nos acordamos de rezar, diciendo: *"Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias invocando tu nombre, contando tus maravillas"?* (Sal 75,2).

Menos mal que, sólo tú, Dios mío, eres quien nos tiene que juzgar. Tú, quien juzgará a esta generación. ¿Saldremos absueltos? *"Cuando elija la ocasión, yo juzgaré rectamente"* (Sal 75,3). Y menos mal que, siendo tú un juez justo, distingues bien cuándo el reo actúa por ignorancia, y cuándo lo hace por maldad. *"Sólo Dios gobierna: a uno humilla, a otro ensalza"* (Sal 75,8).

Vivimos estresados, llenos de prisas. ¿Por qué, y, para qué? Como si, con las prisas la sociedad funcionara mejor. *"Ni del oriente ni del occidente, ni del desierto ni de los montes, sólo Dios gobierna"* (Sal 75,7-8).

Necesitamos, cuanto antes, comenzar a cambiar las cosas. *"Derribaré el poder de los malvados, y se alzará el poder del justo"* (Sal 75,11). *"El Señor tiene una copa en la mano, un vaso lleno de vino drogado: lo da a beber hasta las heces a todos los malvado de la tierra"* (Sal 75,9). Dios mío, que no nos encuentres el día de las cuentas entre los malvados.

Salmo 76: La tierra teme sobrecogida

"Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel" (Sal 76,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Tras recordar momentos pasados *"tu fama es grande en Israel"* (Sal 76,2), el salmo concluye tal recordatorio, Dios mío, con esta preciosa exclamación: *"Tú eres deslumbrante, magnífico"* (Sal 76,5). Sin embargo, el tono general del salmo es bélico. Y es que, hemos querido ensalzar nuestras batallas, de todos los tiempos, implicándote en ellas. ¿No era un modo de justificar tales batallas? Porque tú, Dios mío, eres un Dios de paz. Nosotros somos los batalladores.

En los tiempos antiguos, en las justas celebradas como juegos, o deportes olímpicos, al vencedor se le coronaba con ramitas de laurel, y en las manos se le ponía una rama de olivo. Signos de paz, y de prosperidad. Los tiempos cambian. Las costumbres y circunstancias, también. Mientras en determinados momentos sacamos lo mejor de nosotros mismos y aparecemos como gente de paz, en otros momentos exhibimos la violencia que habita en nosotros. Damos una de cal y otra de arena. *"La tierra teme sobrecogida"* (Sal 76,9).

Ya ves, Dios mío, el olivo, árbol noble donde los haya, ha sido siempre un símbolo magnífico de paz. Y su aceite, unción curativa, esplendor y belleza. También los poetas eran laureados, de laurel, con ramas de éstos; y también con ramos de olivo.

Hoy hemos olvidado el sentido de los olivos. Y lo peor, hemos olvidado la paz. Cuando no es uno es otro, pero no hay día en que algún país no esté en guerra. Los heridos, si sobreviven, van a los hospitales. ¿Pero quién curará las heridas que quedan en el alma? *"Los que sobrevivan al castigo harán fiesta en tu honor"* (Sal 76,11).

¿Y los poetas? También los poetas hace tiempo que se han ido. Han sido una especie de sucedáneos de los profetas. Aunque el sucedáneo nunca iguala al original. Quedan los políticos de turno, malabaristas de promesas incumplidas, halagadoras de masas. Tú, Dios mío, *"dejas sin aliento a los príncipes, y eres temible para los reyes del orbe"* (Sal 76,13). *"Desde el cielo proclamas la sentencia: la tierra teme sobrecogida"* (Sal 76,9). Dios mío, ayúdanos a encontrar la paz. *"¿Quién resiste frente a ti al ímpetu de tu ira?"* (Sal 76,8).

Salmo 77: Recordando tus proezas

"Recuerdo las proezas del Señor" (Sal 77,12).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

En momentos de angustia o peligro, enseguida acudimos a Dios. *"En mi angustia busco a Dios; de noche, extiendo las manos sin descanso, y mi alma rehúsa el consuelo"* (Sal 77,3). Es natural. No hay nada más seguro que Dios. Al mismo tiempo, cada vez que acudimos a ti, Dios mío, nos viene a la memoria las veces que nos has ayudado, que has venido en nuestro auxilio. Y también, las veces que nos hemos olvidado de ti. *"Repaso los días antiguos, recuerdo los años remotos"* (Sal 77,6).

Deberíamos hacer un brindis, por la sinceridad y la vida, por la risa alegre de los niños, la libertad, y el color, tan original y espectacular, de las flores. Y por tantas cosas hermosas como nos rodean. *"Medito todas tus obras y considero tus hazañas"* (Sal 77,13).

Al hacer recuerdo de ti, Dios mío, hasta hemos tenido la osadía de pensar que se te había terminado la misericordia para con nosotros. *"¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa? ¿Es que Dios se olvidado de su bondad?"* (Sal 77,9-10). Así lo hemos pensado. Pero bien sabemos que no; que no se ha acabado ni tu misericordia ni tu bondad para con nosotros. *"Dios mío, tus caminos son santos. ¿Qué Dios es tan grande como nuestro Dios?"* (Sal 77,14).

Tenemos la buena costumbre de colgar en las paredes cuadros con fotografías de seres queridos. Momentos especiales de la vida. Ahí quedan para el recuerdo. Colgamos también cuadros de paisajes hermosos. Alegran la vista. Nos ponen en sintonía con la naturaleza. Y si hemos obtenido algún trofeo, en algún certamen, lo colocamos en una vitrina. Nos llena de orgullo. Así deberíamos colgar tus grandes hazañas, Dios mío. *"Tú, oh Dios, haciendo maravillas, mostraste tu poder a los pueblos"* (Sal 77,15).

Con un fondo de olivos, podríamos también colocar un cuadro, donde se viera un trozo de humanidad caminando hacia ti, Dios mío. *"Mientras guiabas a tu pueblo, como a un rebaño, por la mano de Moisés y de Aarón"* (Sal 77,21). A sabiendas de que tú eres nuestro verdadero pastor. Finalmente, en lo alto de la noche colgaríamos miles y miles de estrellas, para alumbrar de esperanza nuestra humanidad, recordando tus hazañas, Dios mío.

Salmo 78: La historia es vida

"Escucha, pueblo mío, mi enseñanza" (Sal 78,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

La historia es maestra. Cuánta verdad hay en este dicho popular. Repasar la historia es enterarse. La historia guarda, al menos una parte de la memoria de un pueblo. No es para archivarla, sino para transmitirla. *"Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la futura generación"* (Sal 78,3-4).

La historia, a diferencia de una fotografía, no es la captación de un instante, es el sedimento que el tiempo va dejando en la memoria histórica de los pueblos. La historia guarda retazos grandes de vida, porque es parte de la vida. No se capta ni aprende en un momento. Hay que tratar de asimilarla poco a poco. *"Que surjan y lo cuenten a sus hijos, para que pongan en Dios su confianza y no olviden las acciones de Dios, sino que guarden sus mandamientos"* (Sal 78,6-7). La historia es vida.

Ya que la historia hay que asimilarla y digerirla poco a poco, yo te pido, Dios mío: prolóngame la vida, en la estructura justa de la yedra, que en verde oscuro, trepa y se agarra a la pared, hasta dar cobijo a los pájaros bullangueros del atardecer. Si llueve, relampaguea, o truena, entre la yedra encuentran cobijo. *"Hendió la roca en el desierto, y les dio a beber raudales de agua"* (Sal 78,15). No sólo diste agua abundante en el desierto al pueblo sediento, les diste también abundante comida, Dios mío. *"Hizo llover sobre ellos maná, les dio pan del cielo; y el hombre comió pan de ángeles, les mandó provisiones hasta la hartura"* (Sal 78,24-25). Nada faltó al pueblo.

Tú, que eres mi refugio, siempre, y más ahora en el desmayo necesario del ocaso, haz, Dios mío, que antes de que mi luz se apague, inexorable, para dar paso a otra luz y mi ser llegue, atravesado el quicio de las sombras, a tu descanso, pueda también yo asimilar agradecido algo de la historia sagrada. Una historia de amor y desamor. *"¡Qué rebeldes fueron en el desierto enojando a Dios en la estepa! Volvían a tentar a Dios, a irritar al Santo de Israel"* (Sal 78,40-41). Pero siempre vence el amor, y *"los hizo entrar por las santas fronteras hasta el monte que su diestra había adquirido"* (Sal 78,54).

A pesar de tanta rebeldía, por parte del pueblo, *"escogiste la tribu de Judá"* (Sal 78,68). Y elegiste a David como guía. *"Escogió a David, su siervo, lo sacó de los apriscos del rebaño; y lo llevó a pastorear a su pueblo"* (Sal 78,71).

Salmo 79: Ovejas de tu rebaño

"No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres" (Sal 79,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Los pueblos terminan por ser castigados por culpa de sus maldades. Hay un mal que viene de dentro, y hay un mal que viene de fuera. El mal es un bumerang que termina por volverse contra el que lo lanza. El pueblo se queja, aunque está recibiendo un castigo merecido: *"Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad, han profanado tu santo templo"* (Sal 79,1).

El salmo testifica las atrocidades cometidas contra el pueblo de Dios. Y el pueblo, afligido, pide el castigo contra los causantes del mal. *"Derrama tu furor contra los gentiles que no te reconocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre, porque han devorado a Jacob y han asolado su mansión"* (Sal 79,6-7).

También yo, Dios mío, quiero decirte con el salmo: *"Socórrenos, Dios, Salvador nuestro, por el honor de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados a causa de tu nombre"* (Sal 79,9). Déjame hundir mis endebles raíces de hombre en el cuenco de tus manos bondadosas de padre, hasta adentrarme en las fronteras de tu luz inmarcesible.

"Llegue a tu presencia el gemido del cautivo" (Sal 79,11). Y déjame, Dios mío, acariciar tus manos, como la yedra acaricia la estructura de la piedra, y trepar sin miedo a tu encuentro. *"No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres; que tu compasión nos alcance pronto, pues estamos agotados"* (Sal 79,8). Somos ovejas de tu rebaño.

No es la venganza lo que redime, sino el perdón, la misericordia, el amor. Sólo el amor es capaz de juntar el tiempo y la eternidad. La finitud del presente y lo eterno. Nuestro destino es vivir.

"Mientras, nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño, te daremos gracias siempre, cantaremos tus alabanzas de generación en generación" (Sal 79,13).

Sí, Dios mío, te daremos gracias siempre por venir en nuestra ayuda, al tiempo que imploramos, humildemente, el perdón de nuestras culpas. Cuántas veces se ha dicho: Dos no riñen si uno no quiere. Ayúdanos, pues, a reconocer nuestros errores, enmendar nuestros fallos. Pero también a trabajar por hacer crecer en nosotros esa semilla de bondad que tú, Dios mío, un día pusiste en cada uno de nosotros.

Salmo 80: La viña trasplantada

"Sacaste una vid de Egipto, la trasplantaste y echó raíces" (Sal 80,9).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Verde es el color de las manzanas doncella, exquisito el aroma del nardo florecido, fragante el olor de las viñas en flor. Vaya esto por delante, Dios mío, porque hubo un tiempo en que el pueblo de la promesa lo pasó mal en Egipto. Fue esclavo en Egipto. El pueblo clamó a ti. *"Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve"* (Sal 80,8). Oíste el clamor, te apiadaste de ellos, y los sacaste de Egipto, guiados por Moisés. Fue como un trasplante que hace que la planta mejore. *"Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste; le preparaste el terreno, y echó raíces hasta llenar el país"* (Sal 80,9-10). Preciosa metáfora, de singular realeza.

Era una vid joven, fuerte, con sabor a muchacha entera, como la del Cantar de los Cantares. Echó raíces y llenó el país. Más. *"Su sombra cubría las montañas, y sus pámpanos, los cedros altísimos; extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río"* (Sal 80,11-12). Era tu viña, que tú, Dios mío, sacaste de Egipto. Y la cuidaste con tierno amor.

De pronto, la viña fue arrasada, saqueada. *"¿Por qué has derribado su cerca para que la saqueen los viandantes, la pisoteen los jabalíes y se la coman las alimañas?"* (Sal 80,13-14). La viña era tu pueblo escogido. El pueblo no supo estar a la altura. Y fue saqueado. Olvidó su pasado. Olvidó el tiempo de la esclavitud. Olvidó que era la viña que con tanto amor tú trasplantaste. Pero supo reaccionar. El pueblo acudió a ti, Dios mío. *"Dios del universo, vuélvete, mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña"* (Sal 80,15).

Qué hermosas son las viñas. Y los olivares. A veces ambos comparten el mismo terreno. Olivos plantados en medio de las viñas. Verde plata es el color verde de los olivos. Verde intenso el color verde de las viñas. Y un primor ver sestear las ovejas en la cercanía mientras el pastor cuida de ellas. *"Cuida la cepa que tu diestra plantó y al hijo del hombre que tú has fortalecido"* (Sal 80,16). Tú eres el Pastor, Dios mío.

Tu cayado nos guía, tu voz nos anima, tu presencia nos da total seguridad. *"No nos alejaremos de ti; danos vida para que invoquemos tu nombre"* (Sal 80,19). Somos tu viña. *"Señor, Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve"* (Sal 80,20). Tú nuestro guardián.

Salmo 81: Fidelidad e infidelidad

"¡Ojalá me escuchases, Israel!" (Sal 81,9).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

De un blanco radiante, y esparciendo luz por el firmamento, espléndida estaba la luna llena en lo alto del cielo. Abajo en la tierra, y a la luz blanca grisácea de la misma, que iluminaba la noche, el pueblo danzaba litúrgico ritual religioso. *"Aclamad a Dios, nuestra fuerza; dad vítores al Dios de Jacob: acompañad, tocad los panderos, las cítaras templadas y las arpas; tocad la trompeta por la luna nueva, por la luna llena, que es nuestra fiesta"* (Sal 81,2-4). El pueblo hacía fiesta en tu honor, Dios mío.

Guardaban la memoria histórica, la salida de Egipto, su liberación de la esclavitud. El pueblo te estaba agradecido, infinitamente agradecido, Dios mío. *"Porque es una ley de Israel, un precepto del Dios de Jacob, una norma establecida para José al salir de Egipto"* (Sal 81,5-6). El pueblo había clamado a ti, y tú lo libraste, Dios mío. *"Clamaste en la aflicción, y te libré, te respondí oculto entre los truenos, te puse a prueba junto a la fuente de Meribá"* (Sal 81,8).

El pueblo de Dios se había comprometido a ser fiel. La tentación de la idolatría ha estado presente en todas las religiones. Los pueblos vecinos eran una tentación constante. Como enjambre de pequeñas mariposas en torno a la luz, no dejaban de incordiar. *"No tendrás un dios extraño, no adorarás un dios extranjero"* (Sal 81,10). Era un mandato, una orden expresa de tu parte, Dios mío. *"Yo soy el Señor, Dios tuyo, que te saqué de la tierra de Egipto"* (Sal 81,11). Pero el pueblo claudicó. Y bien lo lamentaste. Te dolía, Dios mío, tanta infidelidad. *"Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer"* (Sal 81,12). Y como ovejas sin pastor, andaban a la deriva por el páramo, el desierto, la estepa, arrastrando sus infidelidades. Las de ellos. Y las de todos nosotros.

Deambulaban por caminos perdidos. No había alegría en los corazones, los campos se agostaban, las flores de la amistad no crecían, el amor se marchitaba en los corazones. ¿Dónde habían quedado las cítaras templadas y las arpas? ¿La danza festiva a la luz de la luna llena? Pero tú, Dios mío, insistías: *"¡Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino!: en un momento humillaría a sus enemigos y volvería mi mano contra sus adversarios"* (Sal 81,14-15).

Salmo 82: Jueces malos

"¿Hasta cuándo daréis sentencia injusta?" (Sal 82,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Punto de partida, punto de llegada. Entre estos dos puntos se mueve la vida. Por punto de partida, no me refiero, Dios mío, al comienzo de la vida. Punto de partida, en este caso, es mi situación personal. Soy, somos, pecador, pecadores. El punto de llegada, obviamente, es el perdón, la misericordia. Y eso, es exclusividad, propiedad solo tuya, Dios mío.

El salmo alude a los malos jueces; aquellos que, lejos de hacer justicia, buscan lucrarse. Jueces vendidos. *"¿Hasta cuándo daréis sentencia injusta?"* (Sal 82,2).

Hay jueces que lo son por oficio. Hay jueces que tratan de serlo en propia causa. Aquí es donde entramos muchos, la mayoría de los mortales. Por una extraña patología, siempre nos encontramos inocentes. Es la conclusión en una sentencia en propia causa. Pero la realidad es sin duda otra.

Tampoco hace falta que vayamos diciendo por la calle: soy pecador, pues eso es más que evidente. Todo el mundo lo sabe. Pero sí debo confesarme pecador, Dios mío, en orden a resaltar tu misericordia y tu perdón, Dios mío. Eres el Dios de la ternura y del perdón. Eres el punto de llegada. Por eso, porque eres amor, confieso mi esperanza en la universal Salvación que nos das. *"Dios se levanta en la asamblea divina; rodeado de ángeles juzga"* (Sal 82,1). Y tu juicio es de misericordia.

Soy pecador, lo sé. Pero me confieso hijo tuyo. Amado y querido me sé en tu corazón de Padre. A los jueces malos, que no son justos, que delinquen, les dices: *"Proteged al desvalido y al huérfano, haced justicia al humilde y al necesitado, defended al pobre y al indigente"* (Sal 82,3-4). Harán caso, o no, ese es otro tema.

A la hora de la hora, sólo tú, Dios mío, velas por los indigentes. ¿Quiénes son los indigentes? Los que carecen de todo. Pero indigentes son también los que están situados en el punto de partida: los pecadores. Yo, pecador me confieso. Situado en el punto de partida de mi responsabilidad ante la vida, espero llegar al punto de llegada de tu infinita misericordia.

"Levántate, oh Dios, y juzga la tierra, porque tú eres el dueño de todos los pueblos" (Sal 82,8).

Salmo 83: Dios no está callado

"Oh Dios, no estés callado, no estés mudo e inactivo" (Sal 83,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Mira que tus enemigos se amotinan, y los que te odian levantan la cabeza" (Sal 83,3). De pronto resulta que los amotinados no son únicamente los enemigos. El miedo los ha estresado, y acuden a ti, Dios mío. *"Se conjuran contra tu pueblo, conspiran contra tus protegidos"* (Sal 83,4). Son los argumentos esgrimidos. Argumentos que corresponden, sin duda, a la realidad, también al miedo, al ver que los enemigos se nos vienen encima. *"Dicen: Vamos a borrarla como nación, que nunca se recuerde el nombre de Israel"* (Sal 83,5).

Muertos de miedo acuden a ti, Dios mío. Lo hacen nerviosos, con prisa, con exigencias. Así somos los humanos. *"Oh Dios, no estés callado, no estés mudo e inactivo"* (Sal 83,2). Cuánta irreverencia hay a veces en nuestros comportamientos. Te buscamos como aliado para que arregles nuestros desaguisados. Hacemos de ti, Dios mío, el dios tapagujeros. Te vamos con exigencias y argumentos de presión. *"Así han decidido unánimemente concertar un pacto contra ti"* (Sal 83,6). Como si tú no supieras lo que sucede, y cómo está la situación. Y buscando forzar tu intervención, Dios mío, reforzamos el argumento: *"Las tiendas de Edón y los ismaelitas, Moab y los agarenos, Guebal, Amón y Amalec, los filisteos con los habitantes de Tiro; también Asur se alió con ellos"* (Sal 83,7-9).

No eres un Dios que esté callado, somos nosotros, por el contrario, los que no te escuchamos. O lo hacemos cuando nos conviene. Creyentes de conveniencia.

Y una vez que hemos acudido a ti, más por miedo que por otra cosa, para colmo exigimos revancha. *"Cúbreles el rostro de ignominia; para que busquen tu nombre, Señor"* (Sal 83,17). ¿De verdad que somos sinceros al decir eso? ¿Buscamos su conversión? ¿O no será la revancha lo que buscamos? *"¡Avergonzados y aterrados para siempre, queden humillados y perezcan"* (Sal 83,18). Eso se parece más a nuestros mezquinos sentimientos.

Sin embargo, dejando atrás todo odio y resentimiento, con corazón humilde y sincero, y entrados en razón, sí hemos de decirte, de verdad, Dios mío: *"Reconozcan que tu nombre es "el Señor", que tú solo eres Altísimo sobre toda la tierra"* (Sal 83,19).

Salmo 84: La morada de Dios

"¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo!" (Sal 84,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Observamos la naturaleza, sobre todo al llegar la primavera, y quedamos maravillados por la pujanza que se advierte en la misma. Como si estuviéramos en el comienzo mismo de la Creación, vemos surgir la vida, a borbotón, espléndida. Queda uno como extasiado viendo, por ejemplo, cómo hacen sus nidos las golondrinas, bajo los aleros de las casas. Arquitectura sabia, poema de barro, para un nido de amor. O ver a otros pajarillos tejer sus nidos en las enramadas, sin más herramientas que sus picos. Maestros del bordado para una cuna de ensueño. El milagro de la vida. *"Hasta el gorrión ha encontrado una casa; la golondrina, un nido donde colocar sus polluelos"* (Sal 84,4).

Ante esta maravilla de la naturaleza, uno piensa en ti, Dios mío, y de inmediato exclama: *"Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo"* (Sal 84,3).

Tú eres el Dios de la vida, del gozo, de la alegría. *"Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre"* (Sal 84,5). Y *"dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón"* (Sal 84,6).

Cuánto nos queda aún por aprender de la naturaleza que nos rodea. Sin más herramienta que el pico, qué maravillosos ingenieros y arquitectos resultan ser los simples pajarillos. Cuánta sabiduría y cuánta belleza has puesto, Dios mío, en su pequeña estructura. Y cuánta alegría. Se les ve contentos. Alegran con sus trinos el ambiente. Ellos con sus trinos, las flores con su esplendor, la madre tierra con toda su pujanza, alaban sin cesar tu nombre, Dios mío. Cuánto nos queda por aprender de ellos.

Pero es el hombre, dotado de naturaleza y Gracia, quien debe de verdad glorificar tu nombre. *"Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa, y prefiero el umbral de la casa de Dios a vivir con los malvados"* (Sal 84,11).

El universo es la casa del hombre. Y tu casa, Dios mío. Aquí nos has colocado, en medio de tu espléndida Creación para ser los guardianes felices de tanta belleza. *"El Señor da la gracia y la gloria; no niega sus bienes a los de conducta intachable"* (Sal 84,12).

Dios mío, *"Señor del universo, dichoso el hombre que confía en ti"* (Sal 84,13). *"Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor"* (Sal 84,3).

Salmo 85: Restáuranos, Señor

"Restáuranos, Dios Salvador nuestro" (Sal 85,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Llama la atención en algunos salmos, y éste es un ejemplo, ver que las pasiones, y sentimientos humanos, tan nuestros, también te los achacamos a ti, Dios mío. *"Restáuranos, Dios Salvador nuestro; cesa en tu rencor contra nosotros"* (Sal 85,5). Tu rencor. Siendo tú Dios, por consiguiente, Amor, Salvación, Padre, ¿cómo podemos, y con qué derecho, achacarte rencor? Qué inmensa es nuestra osadía e insensatez. Así que, cuando te decimos: *restáuranos*, razón tenemos en decir que nos restaures. En primer lugar, necesitamos ser restaurados de nuestra estupidez. De nuestra osadía. De nuestro lenguaje, tantas veces obsceno.

Por eso, y por tantas cosas, perdón, Dios mío, perdón. No sabemos lo que decimos. Olvida nuestro agravio, y atiende, Dios mío, nuestra petición: *"Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob, has perdonado la culpa de tu pueblo, has sepultado todos sus pecados…, restáuranos, Dios Salvador nuestro"* (Sal 85,2-5).

Las cosas que decimos, podemos decirlas de viva voz; con la palabra. O también por escrito. Si por escrito, podría ser en una carta. En este caso, yo lo haría por carta imaginaria. La escribiría en pergamino antiguo, a la luz gris del invierno. En ella pondría, uno a uno, todos mis recuerdos, emborronados por mis lágrimas furtivas. Por timbre postal pondría, en un recuadro arriba, a mi derecha, un corazón arrepentido. Más abajo, donde va la dirección, garabatearía a bolígrafo en negro, señal de luto y arrepentimiento, unos rasgos. Diría: Dirección conocida. Y en el centro mismo del pergamino, en letra miniada, pondría, por encima de todos mis sentimientos: *Dios es Amor*. Luego, una vez cerrada la carta, la depositaría, con cuidado, en el buzón del tiempo.

Sé, Dios mío, que tú mismo serías el cartero que vendría a recoger mi carta, y su precioso contenido: Dios es Amor. Al pie del buzón, sentado, yo estaría esperándote. Sé que me sonreirías. Y yo me llenaría de paz. *"Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos y a los que se convierten de corazón"* (Sal 85,9). Menos mal que tú, Dios mío, nos comprendes a la perfección. Entiendes nuestro lenguaje, y la imperfección con que lo utilizamos, porque en ti *"la fidelidad y la misericordia se encuentran, la justicia y la paz se besan"* (Sal 85,11).

Salmo 86: En tiempos difíciles

"Protege mi vida, que soy un fiel tuyo" (Sal 86,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Si siempre es necesaria la oración, más se necesita cuando las cosas no van bien, cuando estamos afligidos, cuando nos sentimos solos, desamparados. *"Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado"* (Sal 86,1).

La oración es al mismo tiempo implorar tu protección, Dios mío. *"Protege mi vida, que soy un fiel tuyo; salva, Dios mío, a tu siervo, que confía en ti"* (Sal 86,2).

También es el momento de reconocernos pecadores y pedirte perdón. *"Piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día"* (Sal 86,3). Hasta el justo peca siete veces. Es decir, muchas veces. Siete pecados, siete. Que son muchos, son cantidad. Siete pecados, siete, cada día cometo. Por eso, Dios mío, pecador ante ti me confieso. Y, por pecador, ya ves, vagabundo ando, como un perro sin dueño. Soy un soñador de quimeras. Necesito poner los pies en el suelo. Asentar cabeza. *"Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad; mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre"* (Sal 86,11).

Hermano soy de todos los despropósitos, náufrago de mil codicias, juguete de las olas en el mar de la vida. *"Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí, una banda de insolentes atenta contra mi vida, sin tenerte en cuenta a ti"* (Sal 86,14). En este mar abundan los tiburones, depredadores insaciables a tiempo completo. *"Mírame, ten compasión de mí. Da fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava"* (Sal 86,16).

Y porque soy pecador, a ti acudo, Dios mío. *"Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. En el día del peligro te llamo, y tú me escuchas"* (Sal 86,6-7).

Al arrepentimiento de quien se declara culpable, debe seguir el cambio de vida. ¿De qué sirve una declaración de culpa si no hay propósito de cambiar, de mejorar? No basta vislumbrar los días difíciles. Tampoco vale exhibir una situación lamentable, mendigando compasión. La oración sincera, Dios mío, es lo que cuenta. *"Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre"* (Sal 86,9).

Tu nombre bendigo, Dios mío, *"porque tú, Señor, me ayudas y consuelas"* (Sal 86,17).

Salmo 87: Sión, lugar de encuentro

"Todas mis fuentes están en ti" (Sal 87,7).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Él la ha cimentado sobre el monte santo; y el Señor prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob" (Sal 87,1-2). Sión. Punto de encuentro. Metáfora que trasciende el tiempo. Símbolo de eternidad. Jerusalén del cielo. *"¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!"* (Sal 87,3).

Dios mío, me quedo con el simbolismo. Todo símbolo indica una realidad. Sión, símbolo de salvación. Punto de referencia a tu infinito amor, que nos convoca para la salvación.

Eres amor, Dios mío. Amas al hombre. En ti, todo es amor. El amor se amasa, muchísimas veces, con llanto; pues cuando se llora, de amor se llora. Hay amor en el dolor, amor es la oración, amor es el silencio; y amor el susurro de la voz.

Amor es la madre que sufre y llora, y al llorar, sólo externa el amor que en su alma lleva. El niño que juega y canta, y al rato se acongoja y llora, sólo manifiesta la abundancia, carencia o ansia del amor que le falta o sobra, o que aún espera.

"Se dirá de Sión: Uno a uno, todos han nacido en ella; el Altísimo en persona la ha fundado" (Sal 87,5). Sión. La misma palabra indica dos realidades, bien diferenciadas. Sión. Jerusalén, ciudad terrena. Ciudad de la paz. Al menos como deseo y meta.

Sión. Jerusalén, ciudad celestial. Ciudad de la paz definitiva en la eternidad. La paz es el fruto del amor.

Dios es Amor. Y en Dios todo se vuelve amor. Las cosas que nos rodean están impregnadas de amor. *"Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles; filisteos, tirios y etíopes han nacido allí"* (Sal 87,4).

Sión. Lugar de unidad. Lugar de concentración. Lugar de paz. Pero la paz es una conquista realizada entre todos. Ante ti, Dios mío, no puede haber enemigos. Tú eres Padre de todos. Eres amor. Sión, lugar de encuentro.

A Sión se llega desde todos los puntos habitados de la tierra. Por aire, por tierra y por mar. Sión. Concentración de amor. Sión, lugar de fiesta: *"Y cantarán mientras danzan: todas mis fuentes están en ti"* (Sal 87,7).

Salmo 88: Traumas y aflicción

"Tus espantos me han consumido" (Sal 88,17).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Estoy libre, pero camino entre los muertos, como los caídos que yacen en el sepulcro" (Sal 88,6). Bien podríamos calificar esta situación como aflicción y soledad. Afligida soledad.

Muchos tipos de soledad nos envuelven. La peor, la interior. Si navegamos por el mar, lejos de tierra, tenemos una soledad envolvente. Y si, para colmo, nuestra barquichuela es frágil, también el miedo puede convertirse en mal compañero de viaje. Por más que el mar, con sus olas, su espuma, sus gaviotas, sus peces de plata, y peces de colores, y sus puestas de sol, un sol dulce color naranja, nos alegre el paisaje.

"Mi alma está colmada de desdichas, y mi vida está al borde del abismo; ya me cuentan con los que bajan a la fosa, soy como un inválido" (Sal 88,4-5). El miedo nos envuelve y atenaza. A pesar de sentirnos libres.

Hay un enorme pesimismo en este salmo. Es un salmo de aflicción y lamento. *"Has alejado de mí a mis conocidos, me has hecho repugnante para ellos: encerrado, no puedo salir, y los ojos se me nublan de pesar"* (Sal 88,9-10).

¿Dónde radica, Dios mío, tanto pesar, tanta angustia y aflicción? Es el miedo a que tú nos rechaces. *"¿Por qué, Señor, me rechazas y me escondes tu rostro?"* (Sal 88,15). Cuántas traumas puede haber en cada uno de nosotros que condicionan nuestro psiquismo. Hay traumas que vienen desde la niñez. *"Desde niño fui desgraciado y enfermo, me doblo bajo el peso de mis terrores"* (Sal 88,16).

Los traumas son como fantasmas que nos envuelven, igual que un bosque dormido en la noche, henchido de silencio, de sombras y celajes. Los traumas están tejidos de inquietudes. Causan desasosiego, zozobra, desolación. Pero pueden vencerse a base de esperanza y voluntad. Sólo así es posible ir superando inquietudes, desesperanzas y sinsabores.

"Pero yo te pido auxilio, Señor; por la mañana irá a tu encuentro mi súplica" (Sal 88,14). Dios mío, "llegue hasta ti mi súplica, inclina tu oído a mi clamor" (Sal 88,3).

Salmo 89: ¿Quién como tú?

"El cielo proclama tus maravillas, Señor, y tu fidelidad" (Sal 89,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

El universo es como un libro abierto. En él están escritas todas las maravillas que has creado, Dios mío. Es un canto, de sublime melodía, para ensalzar tus grandes obras. *"Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades"* (Sal 89,2).

¿Quién como tú, Dios mío? *"El cielo proclama tus maravillas, Señor, y tu fidelidad en la asamblea de los santos"* (Sal 89,6). La santidad es tu prerrogativa, Dios mío. La santidad debe ser también la nuestra. Sin santidad nadie verá tu rostro. Nadie hay como tú. *"¿Quién sobre las nubes se compara a Dios? ¿Quién como el Señor entre los seres divinos?"* (Sal 89,7).

El libro del universo está abierto a todas horas, todos los días. Siempre. Es un sublime e inacabado poema, que va surgiendo de la luz inmarcesible de tu rostro, Dios mío. También contiene la prosa de nuestras pequeñas obras. *"Tuyo es el cielo, tuya es la tierra; tú cimentaste el orbe y cuanto contiene"* (Sal 89,12). *"Justicia y derecho sostienen tu trono, misericordia y fidelidad te preceden. Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro"* (Sal 89,15-16).

Por el libro abierto del universo van pasando las horas y los días. Pasan también las calles de nuestra cotidianidad que nuestra vida va trazando. Son calles engalanadas de gozo. En todas aparece tu nombre, Dios mío. *"Tu nombre es su gozo cada día, tu justicia es su orgullo"* (Sal 89,17).

Muchos capítulos están escritos en ese libro maravilloso del universo. Y los que quedan por escribir. El argumento central es único. Se resume en una sola palabra: Santidad. Tú, Dios mío, eres el Dios tres veces santo. Ungiste a David, tu siervo, para guiar a tu pueblo. *"Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso" (*Sal 89,21-22). *"Su linaje será perpetuo, y su trono como el sol en mi presencia"* (Sal 89,37).

Con la misma voz con que David te invocaba, te invoco yo, Dios mío: *"Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora"* (Sal 89,27). ¿Quién como tú? Nadie como tú, Dios mío. En el libro del universo está escrito: *"¡Bendito el Señor por siempre! Amén, amén"* (Sal 89,53). Eres el Dios de la vida.

Salmo 90: Fragilidad del hombre

"Enséñanos a calcular nuestros años" (Sal 90).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

No se necesitan explicaciones, ni argumentos para convencernos de lo contrario. La vida es breve. A la vista está. *"Aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan"* (Sal 90,10). A la experiencia me remito, la vida es breve. Sólo parece larga cuando se es niño. Uno desea hacerse grande y pareciera que eso nunca llega. Pero llega. Y cuando llega, todo parece un soplo. La vida vuela.

Pero mientras tanto, gracias, Dios mío, por vida y por cuanto y cuantos la hacen posible. Gracias por mis pies que aún pueden caminar tus caminos sembrados de la luz, que nos llevan a la gloria de la salvación. Gracias, por la flor que mira al sol, adorna y alegra el camino que como peregrino debo recorrer, hasta llegar a ti. Gracias, Señor, por quienes siembran de amistad los caminos que un día otros han de andar. *"Nuestros años se acabaron como un suspiro"* (Sal 90,9).

Frágil es el hombre. Inestable, más que una veleta. Pero tú, Dios mío, *"sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo"* (Sal 90,14).

"Danos alegría, por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos desdichas" (Sal 90,15). Llena tú, Dios mío, el vacío que hemos dejado sin llenar. El bien que deberíamos haber hecho, y no lo hemos hecho.

Tú nos estimulas con tu acción. Sólo bienes recibimos de ti. Inmensa es tu acción. Que aprendamos la lección. Ayúdanos, Dios mío, a encontrar en ti la fuerza que necesitamos, para que no sucumbamos en nuestra fragilidad. *"Que tus siervos vean tu acción y sus hijos tu gloria"* (Sal 90,16). *"Antes que naciesen los montes o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre tú eres Dios"* (Sal 90,2).

Y porque eres Dios, e inmensa es tu bondad, *"Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos"* (Sal 90,17).

Grande es nuestra fragilidad de hombres, pero nuestras manos aún son aptas para bendecirte y darte gracias, Dios mío. Así, pues: *"Ayúdanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato"* (Sal 90,12).

Salmo 91: Al amparo del Altísimo

"Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti" (Sal 91,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti" (Sal 91,2). El salmista se siente protegido por ti, Dios mío, y expresa su total confianza en ti. También yo quiero hacer mías estas palabras para decirte: Dios mío, confío en ti. Así, desde esta confianza, que a la par es también seguridad, cuando la tarde esté tranquila y el sol se tienda cansado en el ocaso, como un toro bravo en la arena, quiero pintarte acuarelas llenas de luz que recorran el paisaje de mi vida.

Sé que tú, Dios mío, me protegerás en todo momento. *"Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás: su verdad es escudo y armadura"* (Sal 91,4). Tú eres mi única verdad. La razón de mi existir. Faro de luz serás, Dios mío, en el acantilado de mi vida, surcado de atajos de ensueño. Quiero ser como la hiedra, eternizada sobre los muros en canción de primavera. *"Con él estaré en la tribulación, lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación"* (Sal 91,15-16).

Quiero, Dios mío, que mi casa sea casa de puertas y ventanas abiertas, engalanadas de geranios y guirnaldas, metáfora de ternura en un hogar lleno de vida. Quiero que en la casa de mi vida entre la brisa purificadora de tu amor. *"No se acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos"* (Sal 91,10-11).

Y cuando el humo sepa a leña que arde en el hogar, y mi vida esté por fin madura para ti, quiero que tú, Dios mío, contemplando el paisaje de mi ser iluminado por la lumbre de mi hogar, me sonrías desde tu cielo. Entonces, en el silencio escanciado en el relente de la noche, mi tiempo se unirá a la eternidad. *"No temerás el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día"* (Sal 91,5).

Será el momento en tú y yo, Dios mío, en el hogar de tu eternidad, bajo la luz incandescente de las alas de tus ángeles, brindaremos por la Vida, con el vino nuevo del lagar perenne. Porque tú has sido, Dios mío, mi amparo y refugio. *"Hiciste del Señor tu refugio, tomaste al Altísimo por defensa"* (Sal 91,9). *"Tú que habitas al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente, di al Señor: Refugio mío, alcázar mío, Dios mío"* (Sal 91,1-2). Dios mío, gracias por haberme *llevado siempre en tus palmas (Sal 91,12).*

Salmo 92: Tocar para tu nombre

"Tus acciones, Señor, son mi alegría y mi júbilo" (Sal 91,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

De par de mañana nuestra alabanza debe estar en nuestros labios y en nuestro corazón, Dios mío. *"Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre, oh Altísimo"* (Sal 92,2). Nuestra alabanza, nuestra acción de gracias, nuestra oración, debe ser un estallido de gozo. ¿Hay algo más maravilloso que ser conscientes de que podemos alabar a Dios? Toda la naturaleza alaba a Dios, por el hecho mismo de existir. El ser humano, además de existir, tiene conciencia de que existe. Por eso, bien despiertos nuestros sentidos, reconocemos, Dios mío, que *"tus acciones, Señor, son mi alegría, y mi júbilo, las obras de tus manos. ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios!"* (Sal 92,5-6).

Que se me rompa, pues, la flor de la imaginación y estalle en fuegos artificiales de pétalos y melodías oracionales; que quiero andar por la vida libre, como el pájaro que va saltando de rama en rama, y alegra la floresta con sus trinos y melodías. Porque *"Tú, Señor, eres excelso por los siglos"* (Sal 92,9).

Que se pueble el cielo de estrellas y se encienda de luz la noche; que quiero que el universo sea una vertical plegaria, que suba vertical al cielo, tu eterna morada, *"como una palmera, que se alzará como un cedro del Líbano"* (Sal 92,13).

Quiero alabarte, y darte gracias, Dios mío, porque al ser humano, creado a tu imagen y semejanza, lo has plantado en el jardín del universo, y lo has hecho poco inferior a los ángeles. *"El justo, plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios"* (Sal 92,14). ¿Cómo no sentirse feliz, sabiendo dónde nos has colocado? En tus atrios, junto a ti, Dios mío. Hay que encender, pues, todas las avenidas y rincones del jardín con las sonrisas de todos los rostros, felices de sentirte tan cercano, Dios mío. Como se arrojan las monedas de un deseo a las fuentes de la ilusión, yo quiero arrojar la luz de mi vida al pozo de tu infinito amor, al pozo inmenso del azul de eternidad de tus ojos de Padre.

"Para proclamar que el Señor es justo, mi Roca, en quien no existe la maldad" (Sal 92,16). Quiero que mi vida sea tan agradecida como la del náufrago que alcanza, sano y salvo, la orilla. Al llegar, sé que me encontraré con tus brazos de Padre que con infinito amor me abrazarán.

Salmo 93: Reinado de Dios

"El Señor reina, vestido de majestad" (Sal 93,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Qué bien suena la palabra Padre en los labios de un creyente cuando se dirige a ti, Dios mío. Y es que, la palabra padre va unida al vocablo hijo. Todos somos hijos de Dios. Tu nombre es Padre, aunque nos dirijamos a ti con distintas expresiones. Expresiones, por lo demás, que corresponden a las diversas culturas esparcidas por el mundo. Pero la palabra Padre está grabada en el fervor de mis días, Dios mío. Tú eres el Señor. *"El Señor reina, vestido de majestad; el Señor, vestido y ceñido de poder: así está firme el orbe y no vacila"* (Sal 93,1).

La Creación entera, no puede acallar su voz. Y al unísono, como la más impensada y fantástica sinfónica, toda ella, expresa su música cuyos acordes se adentran por todo el universo, llegando hasta tu trono. *"Tu trono está firme desde siempre y tú eres eterno"* (Sal 93,2).

Por dentro, en lo más profundo del alma, suena también la música suave, relajante, que sube como oración a tu presencia.

Si de pronto, todo el universo, puesto en pie, se tambaleara y se desplomara, el ruido sería impensablemente ensordecedor. Sin embargo, la naturaleza sigue un orden y un ritmo maravilloso. Porque tú, Dios mío, has ordenado sabiamente todas las cosas. El salmo dice: *"Levantan los ríos, Señor, levantan los ríos su voz, levantan los ríos su fragor; pero más que la voz de aguas caudalosas, más potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor"* (Sal 93,3-4). Mas tu potencia, Dios mío, no es estruendo; es la fuerza del amor de quien dirige sabiamente todo el universo.

"La santidad es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término" (Sal 93,5). La santidad debe ser también el adorno de tus hijos.

A veces nos pasamos la vida entre sueños y sobresaltos. Somos notas discordantes en esta gran sinfonía universal. Basta un suave movimiento de la batuta con que amorosamente nos diriges para retomar la nota exacta. Nada debe distorsionar la santidad de la que está envuelto el universo entero.

Ángeles y querubines sobrevuelan los cielos, cantando glorias y loas en tu honor. Las estrellas, el sol y la luna, lanzan chorros de luz sobre el techo de tu mágico universo, donde tú reinas, Dios mío, para siempre.

Salmo 94: Pensar del hombre

"Los pensamientos del hombre son insustanciales" (Sal 94,11).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Si pudiéramos ver a fondo y por dentro el pensamiento de cada persona, seguramente habría un denominador común: los malos siempre son los otros. Y como son los otros, por deducción, los buenos somos nosotros. Pues no. En cada persona hay siempre un reducto para la bondad, lo mismo que hay otro reducto para la maldad. *"Levántate, juzga la tierra, para su merecido a los soberbios"* (Sal 94,2). Si somos sinceros, la misma soberbia que vemos en los demás, la tenemos también nosotros. Nos quejamos: *"¿Hasta cuándo, Señor, los culpables, hasta cuándo triunfarán los culpables?"* (Sal 94,3). ¿A qué llamamos triunfar? Sólo el bien triunfa. Si no nos vemos triunfadores, nosotros, que nos creemos buenos, es que pensamos que los malos están triunfando. Pues no. Sólo triunfa el bien, a la corta o la larga, pero siempre es el bien el que sale triunfador, Dios mío.

Y si pudiéramos entrar en la mente de un niño, veríamos un mundo lleno de fantasías, todas bonitas, románticas. El niño sueña, por ejemplo, que el mundo es grande, muy grande, como un palacio encantado, con almenas de oro y muros de chocolate y azúcar. Una varita mágica hace que todas las hadas, todas, sean blancas y azules; y todas revolotean al ritmo de una música suave, donde suenan muchas campanillas. Mundo de fantasía, Dios mío. Mundo sin malicia.

Por desgracia, la niñez pasa pronto; el mundo de la inocencia se difumina de golpe. Y comenzamos a llenar la mente de otro tipo de fantasías. *"Sabe el Señor que los pensamientos del hombre son insustanciales"* (Sal 94,11). Por más que nos creamos los grande sabios, nuestros pensamientos son insustanciales. *"Dichoso el hombre a quien tú educas, al que enseñas tu ley"* (Sal 94,12).

A pesar de todo, tú, Dios mío, no nos rechazas. *"El Señor no rechaza a su pueblo, ni abandona su heredad"* (Sal 94,14). Muchas preocupaciones nos asaltan. A veces nos devora la prisa. Vamos como locos por la vida. Como si el mundo ya no pudiera funcionar sin nosotros. El mundo de las fantasías de la infancia lo hemos sustituido por el mundo de los horrores. Y nos entra el miedo, el estrés, los nervios. Y nos olvidamos de ti, Dios mío. Sin ti no podemos nada. "Si el Señor no me hubiera auxiliado, ya estaría yo habitando en el silencio" Sal 94,17).

Salmo 95: Aclamemos al Señor

"Entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos" (Sal 95,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Al leer este salmo, me viene a la mente la grata experiencia que uno experimenta al participar, o contemplar, una procesión religiosa en las aldeas o pueblos pequeños. Recorren los caminos de alrededor de la localidad, en medio de los campos. Una delicia cuando es en primavera. En los campos verdean los trigales, crecen las amapolas. Al borde del camino hay una alfombre de margaritas y otras flores. Una belleza. *"Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos"* (Sal 95,1-2). Y de cantos se llenan los campos por donde pasa la procesión.

Esa misma realidad es la que recuerda el salmo. La gente va en procesión, en acción de gracias. Todo el mundo te aclama con cantos, Dios mío. *"Porque el Señor es un Dios grande, soberano de todos los dioses"* (Sal 95,3). Sí, Dios mío, eres el Señor.

Si esas escenas, de tipo religioso, las hemos presenciado de niños, seguro que quedaron muy grabadas en la mente. La infancia pasa pronto. Los recuerdos permanecen. *"Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro"* (Sal 95,6). Y los cantos procesionales contribuyen, con su algarabía, a aumentar el gozo y la alegría que, de por sí, ya se experimenta en el contacto con la naturaleza. Y todo porque *"el Señor es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía"* (Sal 95,7).

Ni en el mundo de la fantasía, ni en el mundo real, podemos prescindir de ti, Dios mío. Somos tu pueblo. El rebaño que tú guías. Por eso, nos vas indicando lo que debemos hacer en todo momento. *"Ojalá escuchéis hoy su voz"* (Sal 95,7). *"No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras"* (Sal 95,8-9).

El salmo nos recuerda, para nuestro bien, momentos puntuales, hechos reales. Tu advertencia, Dios mío, es para que aprendamos la lección. No hay mal que por bien no venga, solemos decir. La prueba al canto. Las rebeldías, nuestras o de nuestros padres, han de servirnos, Dios mío, para que, aprendiendo la lección, no reincidamos en las mismas. Y así, sigamos aclamándote siempre. "Demos vítores a la Roca que nos salva" (Sal 95,1).

Salmo 96: Un cántico nuevo

"Familias de los pueblos, aclamad al Señor" (Sal 96,7).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Cantad al Señor un cántico nuevo" (Sal 96,1). Una cosa es nueva cuando se estrena. El mejor canto para Dios es el que nace del corazón. Lo que nace, lo nuevo, por ser novedad, llama la atención. Nuestro corazón, Dios mío, debe concitar tu atención. Para eso, es preciso que cada día esté de estreno. Un corazón rutinario no sirve. Un amor rutinario no sirve. El amor debe ser nuevo cada día. Porque tú, Dios mío, no eres un Dios viejo. Eres un Dios que se estrena cada día. Un Dios siempre nuevo, actual y presente.

Eres la luz, oculta en los repliegues del alma, que ilumina todo nuestro ser. Eres el candor, oculto como un ángel, en los repliegues de una azucena. Eres el canto de la primavera, cimbreándose en los trigales como un poema de vida. Eres nuestro milagro de existir, esencia material de un mundo, el mío, que juega, en inocencia y candor, igual que un niño, a soñar que está estrenando la vida. *"Cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su victoria"* (Sal 96,2).

Eres niño con los niños, que no saben decir todavía su nombre, porque están estrenando vida. Tú, Dios mío, tampoco tienes nombre. Eres el que eres. El que no tiene nombre, porque estás por encima de todo nombre. Eres el Dios eterno, en el día eterno y siempre nuevo, de la vida. Eres la vida. Por eso, puedo llamarte ¡Padre!, y quedar acunado en tu presencia. *"El Señor ha hecho el cielo; honor y majestad lo preceden"* (Sal 96,5-6).

Déjame, Dios mío, ser siempre niño; el niño que estrena vida cada día. Déjame, Dios mío, que desde mi barro quebradizo, pueda estar siempre floreciendo de luz nueva en tu presencia. *"Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor"* (Sal 96,11-12).

Si la tierra se goza en tu presencia, con mayor motivo, el ser humano, nosotros, hemos de gozarnos en tu presencia. *"Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor; aclamad la gloria del Señor"* (Sal 96,7-8).

Porque tú, Dios mío, eres el Dios de la vida. Siempre nuevo, siempre con nosotros. Haz que seamos un cántico nuevo para ti.

Salmo 97: La tierra goza

"El Señor reina, la tierra goza" (Sal 97,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Los buenos acontecimientos son motivo de gozo y alegría. Nuestro acontecimiento de gozo y alegría permanente eres tú, Dios mío, que reinas sobre nosotros. *"El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables"* (Sal 97,1). Solemos acostumbrarnos a un determinado acervo de palabras. Son las que usamos con más frecuencia. Pero si vemos que nuestro vocabulario personal es deficiente, acudimos al diccionario. Buscamos progresar en todo sentido.

No es bueno acostumbrarse a las palabras. Hay palabras a las que nunca deberíamos acostumbrarnos. Por ejemplo, la palabra amor, la palabra Dios. Porque la costumbre hace la rutina. Y la rutina es pérdida de sensibilidad. Con el mismo cariño y novedad con que el niño, que acaba de aprender a decir sus primeras palabras, dice: *¡papá!, ¡mamá!;* así deberíamos decir: *amor, Dios*. Como si fuera la primera vez que las pronunciásemos. Las palabras *amor* y *Dios*, son palabras de estreno. Siempre de estreno. El estreno es novedad. La rutina trivializa.

Cuando dos personas enamoradas se miran con ternura a los ojos, sin decirse nada, su silencio es el mejor lenguaje del amor. Así, Dios mío, debemos mirarte a ti, porque así es como tú nos miras a nosotros, en el silencio del más profundo amor. *"Los montes se derriten como cera ante el Señor, ante el Señor de toda la tierra"* (Sal 97,5). El gozo que se experimenta en una mirada tierna de amor desemboca muchas veces en lágrimas de alegría y gratitud. Que también de alegría se llora. Es la mejor demostración de que aún nos queda amor en el corazón.

Si al mirarte fijamente a los ojos, sin más palabras que la mirada, y las lágrimas afloran a nuestro rostro, es porque aún nos queda amor en el alma, Dios mío. A una mirada de amor sincero, sigue una caricia tierna, un beso agradecido que sabe a vida. *"Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón"* (Sal 97,11).

En silencio, sin decir nada con la boca, pero con el amor posesionado, sí diré con el corazón, Dios mío, al mundo entero: "Celebrad su nombre" (Sal 97,12).

Salmo 98: Aplaudan los ríos

"Aplaudan los ríos, aclamen los montes" (Sal 98,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Puedo figurarme el mar, ancho y dilatado. Sobre el mar un barco. Y el barco arribando a la bocana de un gran río. En la cubierta del barco mucha gente, toda engalanada de fiesta. Hay danzas y canciones festivas. *"Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas"* (Sal 98,1). Es un barco fletado para unirse a la fiesta. La tierra entera te aclama, Dios mío. *"Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad"* (Sal 98,4).

El barco ha fondeado en la ensenada del río. La cubierta ha quedado convertida en un jardín, con azucenas y flores. Huele a azahar y jazmín. Reluce en oro el sol sobre la arena. *"Tañed la cítara para el Señor con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor"* (Sal 98,5-6).

El paisaje es magnífico. Me he puesto a pintar un mapa grande, a colores, por donde corra libre la vida. El mar, de azul, no tiene límites. *"Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan"* (Sal 98,7).

De blanco y azul marino revestiré las bodegas. De las jarcias colgaré relojes de sol y de arena. Y un pergamino, enmarcado en el blanco impoluto de las velas, para que estampen en él su firma de visitas las gaviotas y los peces. ¿Es mi imaginación, Dios mío, la que habla? No. Es más bien mi deseo. El deseo de que toda la Creación te glorifique. De que toda la Creación reconozca tu victoria, Dios mío. *"Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia"* (Sal 98,1-2). Tu victoria es el triunfo del bien sobre el mal. Por eso, toda la Creación te aclama. *"Aplaudan los ríos, aclamen los montes al Señor, que llega para regir la tierra" (*Sal 98,8-9).

Mi metafórico barco se ha unido a la fiesta. Quisiera que en él cupiera toda la humanidad. *"Con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor"* (Sal 98,6). Y con el batir de nuestras palmas te aclamaremos por siempre, porque *"el Señor regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud"* (Sal 98,9).

A continuación, pondré a navegar mi barco. Será un jardín flotante que irá cruzando los mares. En la proa escribiré: Libertad. Mientras, seguirán sonando canciones: *"Cantad al Señor, porque ha hecho maravillas"* (Sal 98,1).

Salmo 99: Nube que ilumina

"Ensalzad al Señor, Dios nuestro" (Sal 99,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Ensalzad al Señor, Dios nuestro, postraos ante el estrado de sus pies: ¡Él es santo!" (Sal 99,5). La santidad de Dios, su prerrogativa principal, lo llena todo. Dios es santo. Tú eres santo, Dios mío. Pero, ¿y nosotros? Nos diste el don sublime de la libertad, y no supimos emplearla. Fue como un juguete, que muy pronto se rompió en nuestras manos. Y nos alejamos de ti. El mundo, comenzando por el paraíso terrenal, se convirtió en un zoológico lleno de serpientes. Serpientes por todas partes. Alegóricas serpientes, cuyo significado real es el pecado. Un mundo empecatado.

En nuestro entorno comenzaron a crecer las malas yerbas del odio, la violencia, la lujuria, la soberbia y todos los pecados habidos y por haber. Te hemos fallado, Dios mío. *"El Señor reina, tiemblen las naciones; sentado sobre querubines, vacile la tierra. El Señor es grande en Sión".* (Sal 99,1-2).

Fulguró el firmamento plata nueva de estrellas, pero la tierra se oscureció. La puerta del paraíso se cerró. El hombre vagó a la deriva. *"Reconozcan tu nombre, grande y terrible: ¡Él es santo!"* (Sal 99,3).

Tú eres santo. El único santo. Por eso, *"Tú has establecido la rectitud, tú administras en Jacob la justicia y el derecho"* (Sal 99,4).

A pesar de su pecado, el hombre supo reconocer su culpa, e implorar tu perdón, Dios mío. Y así, hombres más santos que muchos otros, han intercedido ante ti por los demás. *"Moisés y Aarón con sus sacerdotes, Samuel con los que invocan su nombre, invocaban al Señor y él respondía. Dios hablaba desde la columna de nube"* (Sal 99,6-7).

Columna de nube, nube que ilumina, símbolo de la luz increada que eres tú, Dios mío. Columna que iluminó al pueblo en el desierto. Columna que invita a estar despiertos. *"Oyeron sus mandatos y la ley que les dio"* (Sal 99,7).

Tu ley, es ley de perdón. *"Señor, Dios nuestro, tú les respondías, tú eras para ellos un Dios de perdón"* (Sal 99,8). Y aunque el pecado merece el castigo correspondiente, y tuviste que castigarnos, eres *"un Dios que castiga sus maldades"* (Sal 99,8), tu castigo es corrección que salva. Por eso, gritemos todos a una: *"Ensalzad al Señor Dios nuestro, postraos ante su monte santo: ¡Santo es el Señor, nuestro Dios!"* (Sal 99,9).

Salmo 100: Procesión de eternidad

"Entrad por sus puertas con acción de gracias" (Sal 100,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Desde tu ancho cielo, el mejor palco de honor, nos miras, Dios mío, con ternura y amor. Nos ves marchar en procesión. Nos oyes gritar: *"Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores"* (Sal 100,1-2). Porque tú eres el Señor, nuestro Dios. No hay otro. Por más que muchas veces nos inclinemos a los ídolos de la conveniencia, de la comodidad, del materialismo. *"Sabed que el Señor es Dios, que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño"* (Sal 100,3).

Cuando hay una procesión, unos van dentro de la misma, otros miran desde la aceras de las calles. Se entrecruzan miradas, y en cada mirada un saludo.

Dios mío, tú nos miras desde el cielo que nos tienes prometido. Cuando me mires, mírame con esos ojos de Padre, donde cabe el universo; y con mayor motivo, cabe mi pequeño universo.

Mírame así, con esos ojos tan grandes, de Padre, que abarcan el universo entero, las infinitas galaxias, y que me miran con tanta comprensión y cariño.

Tus ojos, Dios mío, son como puertas para entrar a tu eterna morada. Que no nos falte nunca el agradecimiento, una sonrisa agradecida. *"Entrad por sus puertas con acción de gracias"* (Sal 100,4).

Cuando me mires, mírame así, como siempre, con esos ojos de comprensión. Veré el cielo en plenitud, veré luceros y el sol, veré ángeles y serafines, tronos y querubines. Sí, yo los veré. Los veré saltar de alegría por toda la eternidad. Los veré jugar con cuantos habitan la bola del mundo y llenarla de la luz celestial, mientras tus ojos de Padre lo miran todo con complacencia.

Cuando me mires, mírame así. Veré el tiempo y la eternidad. Te veré a ti, Dios mío, por toda la eternidad.

"Entrad por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre: el Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades" (Sal 100,4-5). Procesión de eternidad. *"El Señor es Dios"* (Sal 100,3).

Salmo 101: Rectitud de corazón

"Andaré con rectitud de corazón" (Sal 101,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Tu alabanza está constantemente en nuestros labios. Pero nuestra alabanza sólo te agradará si sale de un corazón donde no anida el pecado. Al crearnos, Dios mío, *nos insuflaste aliento de vida*. Es decir, santidad. Tu misma santidad. Tu mismo Espíritu. Santos nos creaste, y santos nos quieres. Sólo desde esa santidad, podremos decir, en verdad: *"Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor"* (Sal 101,1).

Los hombres de todos los tiempos, te hemos buscado, Dios mío. Hemos oteado el cielo y la tierra. Hemos oteado las estrellas, fugaces y las fijas, en el cielo. Hemos recorrido infinitos caminos de búsqueda, en la tierra. Pero nos habíamos olvidado de buscarte más cerca, en nosotros mismos. Ahí es donde tú habitas, dentro de nosotros mismos. Sólo había que hacer una cosa: vivir con rectitud. *"Andaré con rectitud de corazón dentro de mi casa"* (Sal 101,2). Y, en consecuencia: *"No pondré mis ojos en intenciones viles"* (Sal 101,3).

Se dice popularmente que todos los caminos llevan a Roma. Vale. Pero no todos los caminos llevan a Dios. *"Voy a explicar el camino perfecto"* (Sal 101,2). ¿Cuál es ese camino perfecto? La rectitud del corazón, sin duda. La sinceridad. *"Aborrezco al que obra mal, no se juntará conmigo"* (Sal 101,3).

Un corazón pervertido no lleva a Dios. El odio, la difamación, el orgullo, la soberbia, no llevan a Dios. Por el contrario, la sencillez sí es un camino de aproximación a ti, Dios mío. *"Lejos de mí el corazón torcido, no aprobaré al malvado. Al que en secreto difama a su prójimo lo haré callar; ojos engreídos, corazones arrogantes no los soportaré"* (Sal 101,4-5).

Torcidos, enrevesados, difíciles, son muchas veces nuestros caminos. Por lo mismo, no conviene recorrerlos en solitario, sino bien acompañados. *"Pongo mis ojos en los que son leales, ellos vivirán conmigo; el que sigue un camino perfecto, ése me servirá"* (Sal 101,6).

La rectitud de corazón, tiene que ser nuestra primera actitud, si queremos gobernar bien nuestra morada interior. Y desde luego, si nos correspondiera gobernar a los demás. *"No habitará en mi casa el que actúa con soberbia; el que dice mentiras no durará en mi presencia"* (Sal 101,7). Dios mío, ayúdanos, a todos, a conseguir la difícil virtud de la rectitud de corazón.

Salmo 102: Orar positivamente

"No me escondas tu rostro el día de la desgracia" (Sal 102,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Siempre hay algún miedo dentro de nosotros que anda suelto, como un tornillo desajustado. Los miedos crean problemas. Desestabilizan. Miedo a lo desconocido. Miedo a perder la salud. Infinidad de pequeños miedos, que no por pequeños dejan de incomodar. Entonces, nos refugiamos en la oración. Me pregunto, ¿es válida la oración hecha desde el miedo? Desde luego, oración perfecta no es. La más adecuada, tampoco. Menos mal que tú, Dios mío, porque nos comprendes, nos toleras muchas cosas. Por tolerar, nos toleras hasta la oración imperfecta. *"Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti; no me escondas tu rostro el día de la desgracia"* (Sal 102,2-3).

No deja de ser llamativo que, a la imperfección de nuestra oración, añadimos la prisa. *"Inclina tu oído hacia mí; cuando te invoco, escúchame enseguida"* (Sal 102,3). Vamos con prisas, y además, con exigencias.

Aunque *"mis días se desvanecen como humo"* (Sal 102,4), me gustaría, Dios mío, volver mis ojos a los días idos, a los días que ya no vuelven, como son los de la infancia. Tiempo lejano. Y lleno de sabiduría. Se dice del anciano que acumula sabiduría. Vale. Pero en el niño está la sabiduría que no nace del conocimiento, sino de la apertura a la vida. Y la mejor puerta que se abre a la vida, es la inocencia. *"Quede esto escrito para la generación futura, y el pueblo que será creado alabará al Señor"* (Sal 102,19).

Pero volver al pasado, no se puede hacer desde la nostalgia, que es una enfermedad solapada. Debe hacerse desde la inocencia. Es decir, con los ojos de ayer. Ojos limpios, de mirada limpia. Los ojos con que el niño mira cuanto hay a su alrededor. Personas, árboles, montes, ríos, las nubes que corren por los cielos, la sonrisa de la madre. Mas, esos ojos se han gastado. Las cosas se ven de otra manera. *"Tú, en cambio, eres siempre el mismo, tus años no se acabarán"* (Sal 102,28), Dios mío.

De ese pasado, me quedaría con la gente. ¿Por qué? Pues por lo mismo que el niño, que al no tener malicia, todo lo ve con buenos ojos, y ve a la gente como gente buena, por eso mismo, yo me quedaría con la gente, por buena. Además, siempre hay más gente buena que mala. Esto no significa olvidar las desgracias, sino confiar en ti, Dios mío. *"Los hijos de tus siervos vivirán seguros, su linaje durará en tu presencia"* (Sal 102,29).

Salmo 103: Amor y perdón

"Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades" (Sal 103,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Díme, Dios mío, por qué. ¿Por qué la vida se va, tan pronto, y casi, casi, sin tan siquiera sentirla, si aún el vino de la madurez no ha fermentado en el lagar? ¿Por qué el silencio rebota a cada pregunta de cuestiones que no entiendo? ¿Por qué tantas veces tropiezo en las mismas piedras del camino? ¿Por qué mis pasos vacilan en cada golpe, en cada paso incierto, de mi andar peregrino? *"Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como flor del campo, que el viento la roza y ya no existe, su terreno no volverá a verla"* (Sal 103,15-16).

Díme, Dios mío, si es hora ya de escanciar el vino nuevo de una nueva humanidad. El amor debe vencer al odio, a pesar de nuestro barro. *"Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro"* (Sal 103,13-14). Recordaré por siempre tu mirada, pues con amor me has mirado siempre, Dios mío. En la penumbra de la noche, al rezar; en cada nuevo amanecer, y siempre. Siempre te he sentido a mi lado. *"Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades"* (Sal 103,3).

Contigo a mi lado, Dios mío, nada temeré, pues sé que no voy a oscuras, porque has encendido los cirios de la fe y de la esperanza en medio de mi corazón. *"El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia"* (Sal 103,8).

Mas sé también que el perdón, que tú, Dios mío, me otorgas, debo yo también concederlo a los demás. El perdón, como el amor, es gratuito. Se da. Dando es como se recibe. *"No nos tratas como merecen nuestros pecados ni nos pagas según nuestras culpas"* (Sal 103,10).

Cuando en la oración te invoco, quiero que mi plegaria sea como el pan, que conforta, que alimenta, que da vida. *"Aleja de nosotros nuestros delitos"* (Sal 103,12). Llena mi alma de perdón y de paz. Para que también yo pueda ser instrumento de perdón y de paz para los demás. *"Tu justicia pasa de hijos a nietos"* (i03,17).

Buscaré siempre tu rostro y en tu rostro, tu mirada subyugante. Tu luz iluminará siempre mi camino. *"Bendice, alma mía, al Señor"* (Sal 103,22).

Salmo 104: Viento mensajero

"Los vientos te sirven de mensajeros" (Sal 104,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Exclama el salmista: *"¡Dios mío, qué grande eres!"* (Sal 104,1). Y hay que decir: ¡Qué gran verdad! Desde lo más hondo del corazón, todo mi ser te dice: Dios mío, ¡qué grande eres! Y el salmista prosigue: *"Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas; las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento"* (Sal 104,1-3). De veras que hay belleza y lirismo en esta estrofa del salmo.

En esta reflexión, quiero figurarme, Dios mío, que estoy en un desierto. Pese a la aparente soledad, en el desierto hay mucha vida. Y una enorme paz. Eso sí, faltan también muchas cosas. Pero el espacio lo llena todo, te envuelve. Es entonces cuando el corazón se eleva a ti, Dios mío. *"Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría"* (Sal 104,24).

En el desierto, el agua es esencial para poder sobrevivir. Me imagino un aljibe. Me acerco. Está seco. Quizá el último sorbo de agua se la bebió un camello. Arde la arena bajo el sol canicular. A solas, en la extensión del desierto, medito. Me digo: Pozos resecos somos, sin gota de agua. La falta de agua puede amargarme la vida. No dejo que me abata la tristeza. *"De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; en ellos beben las fieras de los campos, el asno salvaje apaga su sed; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre sus frondas se oye su canto"* (Sal 104,10-12).

En este pensamiento estoy. Ha comenzado a soplar el viento. El salmista me dice: *"Los vientos te sirven de mensajeros"* (Sal 104,4). Bella imagen. El mensaje es de ida y vuelta. Tú me hablas, Dios mío; yo te hablo. Y saliendo de sí mismo, doy un paso al frente, y otro paso, y otro; voy avanzando a la par del viento, dejando mis pies dibujados en la arena. Arriba el firmamento. *"Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso"* (Sal 104,19). Pero si sigo avanzando, encontraré las selvas, los ríos. *"La tierra se sacia de tu acción fecunda, y haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos"* (Sal 104,13-14).

Ya no es sólo el viento quien me trae tu mensaje. Es toda la naturaleza. *"Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas"* (Sal 104,24). Y tú en medio. Gracias, Dios mío.

Salmo 105: Sed de eternidad

"Recordad las maravillas que hizo, sus prodigios" (Sal 105,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Dios está siempre presente en el horizonte de cada persona. Más cerca aún; en el corazón de cada ser humano. Sólo hace falta descubrirlo. Ahora bien, ¿cuándo buscamos agua? Obviamente, cuando tenemos sed. A veces, no sentimos que tenemos sed, o nos aguantamos la sed. Eso mismo nos puede pasar con Dios. O no lo sentimos, o creemos que podemos pasar sin él. Grave error el nuestro, Dios mío.

Sin más carta de presentación que mi endémica sed, quiero hablarte, Dios mío: Mándame una nube cargada de agua, que yo un árbol, de ramas hermosas y frutos jugosos, te prometo plantar. Los vientos lo cimbrearán, y a su sombra todos podremos estar. Y cantar. Y charlar. Y alabarte, Dios mío. *"Cantadle al son de instrumentos, hablad de sus maravillas, gloriaos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor"* (Sal 105,2-3).

Con el correr del tiempo, donde yo planté un árbol, muchos otros habrán surgido. El desierto se habrá convertido en vergel, y a medida que el tiempo trascurra, un manantial surgirá, que regará todos los árboles surgidos. El páramo habrá florecido. Habrá vida. Y tú, Dios mío, sonreirás. *"A ti te daré el país cananeo como lote de vuestra heredad"* (Sal 105,11). Alegoría y verdad.

Alegoría hecha realidad. Porque a ti, Dios de infinita bondad, te pareció bien la plegaria elevada desde nuestra pequeñez. Y la lluvia nos mandaste. Así, a nosotros nos toca ahora convertir nuestro mundo en verde oasis, en medio del arenal del desierto, donde crezcan esbeltas palmeras, con la verticalidad de una oración que sube hasta ti en acción de gracias, Dios mío, Señor de la Historia. *"Hendió la peña, y brotaron las aguas, que corrieron en ríos por el desierto"* (Sal 105,41).

Sólo cuando tenemos sed buscamos el agua. Dios mío, que seamos conscientes de que tenemos sed de ti. Que te busquemos sin demora, para saciar nuestra sed. Sólo tú eres la fuente de la Salvación. Tú eres el agua viva que transforma nuestro páramo personal en vergel de eternidad. *"Sacó a su pueblo con alegría, a sus escogidos con gritos de triunfo"* (Sal 105,43). *"Para que guarden sus decretos, y cumplan su ley"* (Sal 105,45). Dios mío, haz que comprendamos que la sed de eternidad sólo en ti se puede saciar.

Salmo 106: Nuestras perversiones

"Provocaron a Dios con sus perversiones" (Sal 106,29).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

A ti clamo, Dios mío, desde el grito abismal que invade mi ser. Ya el aspa de mi llanto se ha parado; ya mis lágrimas no lo mueven. Han cesado, agotadas, y una mano templada, complaciente, acaricia mis ojos.

Escucha, Dios mío, mi terca plegaria: esta congoja tibia que resbala superflua y desdeñable por mi carne. *"Acuérdate de mí por amor a tu pueblo, visítame con tu salvación para que vea la dicha de tus escogidos"* (Sal 106,4-5). Destierra de mi rostro el sopor de la indolencia intransferible; despeña entre tus manos este dolor mediocre. Soy pecador. *"Hemos pecado como nuestros padres, hemos cometido maldades e iniquidades"* (Sal 106,6). Estamos llenos de perversidades.

Hazme, Dios mío, huérfano inútil de todas las codicias, para que nadie pueda usurpar tu nombre, cuando la escueta estructura de mi ser descanse en las tierras baldías del olvido; pues quiero ostentar en la sombra el apellido ingenuo de las cosas: noche, ciudad, viento y escarcha, nieve y rocío. Y tu nombre. *"Provocaron a Dios con sus perversiones, y los asaltó una plaga"* (Sal 106,29). *"Lo irritaron junto a las aguas de Meribá"* (Sal 106,32).

Cuando a la hora undécima me llames, regrésame, Dios mío, a tu regazo, para que el caminar nómada y frágil de mi existencia, no se estanque en las arenas movedizas de la muerte. *"Adoraron sus ídolos y cayeron en sus lazos"* (Sal 106,36). Déjame entonces ver tu rostro, y que al mirarte, haz que mis ojos se enreden en tus ojos, para que pueda desgranar la canción jubilosa del encuentro. *"Pero él miró su angustia, y escuchó sus gritos"* (Sal 106,44).

Déjame, Dios mío, ser río en el cauce de tu amor, y que el agua de la vida mis labios saboreen en la limpia y desnuda inmaterialidad de cada cosa. Y si el amor desertara de mi vida, alárgame, todavía un poco más, la vida; para poder seguir amándote más allá de la hora undécima que me tengas asignada. *"Recordando su pacto con ellos, se arrepintió con inmensa misericordia"* (Sal 106,45).

Muchas son nuestras perversiones, muchas nuestras infidelidades. Pero tu amor, Dios mío, es infinitamente mayor. Por eso, *"daremos gracias a tu nombre, y alabarte será nuestra gloria"* (Sal 106,47).

Salmo 107: Gratitud eterna

"Den gracias al Señor por su misericordia" (Sal 107,15).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Si por uno fuera, uno quisiera que siempre fuera primavera, cuando todo resurge; resurge la naturaleza, resurgen los sueños, resurge el canto de los jilgueros. Todo es hermoso. Todo es alegría. Y brota espontáneo del corazón aquel: *"Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia"* (Sal 107,1). Todo se viste de gracia y hermosura.

Hay un por qué para la gratitud; para el más profundo agradecimiento: *"Erraban por un desierto solitario, no encontraban el camino de ciudad habitada; pasaban hambre y sed, se les iba agotando la vida"* (Sal 107,4-5). Es en ese momento, tan difícil, tan dramático y extremo, cuando el pueblo vuelve los ojos y el corazón hacia ti, Dios mío. *"Gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación"* (Sal 107,6). Viniste en su ayuda. *"Los guió por un camino derecho, para que llegaran a una ciudad habitada"* (Sal 107,7).

La vida podría muy bien ser una eterna primavera, radiante de luz, de vida, de ganas de vivir, si pusiéramos nuestro corazón en sintonía y hora con la primavera. Siempre renovado. Dejar atrás, y para siempre, todo aquello que no sintoniza con la vida. *"Yacían en oscuridad y tinieblas, cautivos de hierros y miserias; por haberse revelado contra los mandamientos, despreciando el plan del Altísimo"* (Sal 107,10-11).

Pero la realidad es la que es. Sin embargo, en cada instante de nuestra vida, hay algo que no podemos eludir y que hemos de saber aprovechar: eso mismo, la realidad. Ser realistas. Aceptar la realidad. Y de este modo, aunque no sea primavera, aunque no sintamos el renacer de las cosas, sino el cansancio causado por nuestros fracasos y pecados, sintonizar, Dios mío, con el momento que vivimos.

En nuestra vida, puede no ser primavera. Puede que se haya metido de lleno el otoño. También el otoño tiene cosas buenas, de las que hay que saber sacar partido. Tiempo de recoger los frutos. Incluso las tempestades. *"Él habló y levantó un viento tormentoso, que alzaba las olas a lo alto: subían al cielo, bajaban al abismo"* (Sal 107,25-26). Entonces acudieron a ti, Dios mío. *"Pero gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación"* (Sal 107,28). *"El que sea sabio, que recoja estos hechos y comprenda la misericordia del Señor"* (Sal 107,43), dándote gracias sin cesar, Dios mío.

Salmo 108: Esculpir tu nombre

"Con Dios haremos proezas" (Sal 108,14).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Los salmos, Dios mío, son una fuente muy rica de reflexión y de oración. Hacen un retrato muy cabal de lo que es el ser humano. Sin ti, el hombre no es nada. Por más que diga: *"Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme, para ti cantaré y tocaré, gloria mía"* (Sal 108,2), vemos que la realidad es muy otra. Podemos hacer un recorrido, a lo largo de todos y cada uno de los salmos, y la conclusión no cambia. El ser humano es débil. Sucumbe a las primeras de cambio.

Sin embargo, y como contrapartida, los salmos también nos hablan ¡y con qué fuerza!, de tu infinita misericordia, Dios mío. Esta es la parte positiva. La parte alentadora. Tú, Dios mío, no te cansas de perdonar y de amar. Por eso, *"Te daré gracias ante los pueblos, Señor, tocaré para ti ante las naciones: por tu bondad, que es más grande que los cielos; por tu fidelidad que alcanza a las nubes"* (Sal 108,4-5).

Dios mío, imaginándome a mí mismo como un tronco añejo, pero de fuerte corteza, te diría: Déjame esculpir tu nombre sobre el tronco añejo del árbol de mi vida, para que cuantos me vean, no vean en mí únicamente aquello que es motivo de escándalo. Que vean también que, a pesar de ser leña que el fuego puede consumir, vean la denominación de origen. Tú eres, Dios mío, mi denominación de origen. *"Llene la tierra tu gloria, para que se salven tus predilectos, que tu mano salvadora nos responda"* (Sal 108,6-7).

¡Tu gloria, Dios mío! Porque el hombre fue capaz de romper la Creación desde el mismo Génesis. Poco le duró al hombre el juguete de la libertad. Malbarató su inteligencia. Pero siendo de hechura divina, el hombre reaccionó con el arrepentimiento. Sintió vergüenza de haber pecado. Ya era tarde. Un jarrón que se rompe, roto queda. Si lo recomponemos, será a base de parches. Y sin embargo tú, Dios mío, el artífice divino, has hecho posible que el hombre pueda exclamar que su corazón está firme.

Tu nombre está en mi frente. Tu amor en mi corazón. La fe es luz que me guía hasta ti, sin más calzado que mis sandalias nómadas, impregnadas de certeza y esperanza, porque tú, Dios mío, eres el Dios que me salva. *"Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil"* (Sal 108,13).

Salmo 109: Humilde y pobre

"Daré gracias al Señor a boca llena" (Sal 109,30).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hoy mi lamento podría ser, Dios mío, éste: *"Yo soy humilde y pobre, y mi corazón ha sido traspasado; me desvanezco como sombra que declina"* (Sal 109,22-23). Vaya esto por delante. Es la pura verdad. Humilde, es decir, una insignificancia. Que desfallezco como una sombra, es obvio. Pero hay algo más. Me siento atrapado. *"Me cercan con palabras odiosas y me combaten sin motivo. En pago de mi amor me acusan, aunque yo oraba por ellos; me devuelven mal por bien y odio a cambio de mi amor"* (Sal 109,3-5)).

No obstante, tendré que preguntarme si mi amor era sincero, noble y desinteresado. Porque cuando una persona se siente amada por otra, difícilmente va a devolver mal por bien. ¿No será que en el fondo guardo viejos resentimientos? Necesito hacer un chequeo a fondo a mi conciencia.

Ya ves, Dios mío, lo que yo hago, todo me parece bueno; de ahí mi lamento y mi pena. Mas me pregunto: ¿Por qué veo lo malo en los demás y no en mí? ¿Acaso no hay cosas buenas en los demás? ¿Acaso no soy tan malo como aquellos a los que yo llamo malos? ¿O peor?

Necesito pasar por el taller de reparaciones. Ese taller es tu amor y misericordia, Dios mío. *"Pero tú, Señor, Dueño mío, trátame conforme a tu nombre, líbrame por tu bondadoso amor"* (Sal 109,21).

Y añadiré con el salmista: *"¡Ayúdame, Señor, Dios mío, sálvame según tu misericordia!"* (Sal 109,26). Contra maldiciones, bendiciones. *"Maldigan ellos, mas tú bendecirás"* (Sal 109,28).

Mis manos, mi boca, todo mi ser, Dios mío, están hechos para bendecir y para amar. Nunca para maldecir ni odiar. Y sin embargo, cuántas veces, mientras la razón me dice una cosa, los sentimientos me dicen otra. La razón me dice que debo amar y perdonar. Los sentimientos optan por la revancha. Sin caer en la cuenta de que lo malo que yo deseo para otros, ellos lo pueden desear para mí. No puedo hacer a otros lo que no quiero para mí.

Por eso, Dios mío, diré con el salmo: *"Daré gracias al Señor a boca llena, y en medio de la muchedumbre lo alabaré, porque él se pone a la derecha del pobre para salvar su vida de los que lo condenan"* (Sal 109,30-31).

Salmo 110: Sacerdote eterno

"El Señor lo ha jurado y no se arrepiente" (Sal 110,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Además de haber creado al hombre con amor eterno, lo cuidas, lo mimas, y lo pones a tu derecha, como un príncipe. *"Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies"* (Sal 110,1). Ni en el mejor de sus sueños podía imaginar el hombre tanto honor. ¡Cómo ennobleces nuestra frágil arcilla! ¡A qué alto honor, Dios mío, has elevado al ser humano, que lo sientas a tu derecha!

Me gustaría grabar con el cincel del viento, Dios mío, tu nombre sobre el firmamento de mis sueños, como signo de mi gratitud. *"Eres príncipe desde el día de tu nacimiento"* (Sal 110,3). Tu trono, siendo tú Rey eterno, es hereditario. No para que alguien asuma tu lugar, sino para compartirlo. Hasta ahí ha llegado su amor para con todos tus hijos. Hasta ponerlos a tu derecha, junto a ti, como príncipes que reinan contigo.

Has hecho un juramento del que no te has echado atrás. *"El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec"* (Sal 110,4). Además de príncipe, símbolo de autoridad, has hecho del hombre un sacerdote, es decir, alguien consagrado a ti, que te pertenece para siempre. Eso es lo mismo que si de pronto, se encendieran todas las luces para una gran celebración. Como si una legión de mariposas azules, reflejadas en el marco intemporal de los espejos diáfanos del agua, se convirtieran en estrellitas de luz cayendo sobre los invitados al gran acontecimiento. *"Entre esplendores sagrados, yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora"* (Sal 110,3).

Has hecho del hombre un ser consagrado, Dios mío. Sacerdote eterno. Misteriosa grandeza, ante la cual sólo cabe el anonadamiento, y el silencio contemplativo. *"Desde Sión extenderá el Señor el poder de su cetro"* (Sal 110,2).

Me quedo en silencio, columpiando en mi mente tu mirada que, con amor, se ha posado en mi mirada. Sigo dando vueltas en el carrusel de la mente, para ver si encuentro palabras adecuadas con que agradecerte tanto honor. Al tiempo que te pido, Dios mío, que me revistas de inocencia, y que en mi caminar hacia ti pueda beber del torrente de tu gracia.

Salmo 111: Elogio de la bondad

"Justicia y verdad son las obras de sus manos" (Sal 111,7).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hijo soy del barro y de la libertad me siento, Dios mío. Del barro modelaste la raza humana. Del barro me formaste. Y desde tu propia libertad, libre hiciste al hombre. El don de la libertad me concediste. Así pues, fruta en sazón de la raza humana me siento, palabra estirada en el tiempo, para poder retomar las palabras del salmista: *"Doy gracias al Señor de todo corazón, en compañía de los rectos, en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman"* (Sal 111,1-2). Hijo de la madre tierra, madura de partos, arrastrada de dolor y de alegría por tantos hijos, yo, uno de ellos, y con ellos, te diré: *"Esplendor y belleza son tus obras"* (Sal 111,3).

"Has hecho maravillas memorables" (Sal 111,4). Todo cuanto me rodea es prueba de ello. Por lo mismo, como un atlante su destino, llevo a cuestas la tarea de no perder las huellas o el sendero por donde un día huyó la paz, hace tiempo victimada y desterrada de una sociedad que, tantas veces, ha sido capaz de alejarse de ti, Dios mío, a pesar de que *"justicia y verdad son las obras de tus manos"* (Sal 111,7), y de que *"todos tus preceptos merecen confianza"* (Sal 111,7).

Hijo del barro y la libertad soy, lo reconozco; vagido apenas de hombre, ya lo sé. Pero insuflado de tu aliento divino. Por lo mismo, orgulloso me siento del barro del que tú, Dios mío, Artífice Divino, me formaste. Barro, por lo demás, que amo; y por eso, desde lo más profundo de mi ser, amo el don sagrado de la vida que tú me diste. Amo y te agradezco mi libertad, Dios mío. *"Principio de la sabiduría es el temor del Señor, tienen buen juicio los que lo practican; la alabanza del Señor dura por siempre"* (Sal 111,10).

Hijo del barro y de la libertad soy, para no olvidar, y sí por siempre recordar, que tú, Dios mío, *"das el alimento a los que te temen, recordando siempre tu alianza. Mostraste a tu pueblo la fuerza de tu obrar, dándoles la heredad de los gentiles"* (Sal 111,5-6). Tú, y sólo tú, eres quien nos sostiene. *"Tu nombre es sagrado y temible"* (Sal 111,9).

Pero el principio de la libertad eres tú, Dios mío. Por eso, tus preceptos *"se han de cumplir con verdad y rectitud"* (Sal 111,8), desde nuestra propia libertad. Dios mío, que podamos alabarte eternamente.

Salmo 112: Elogio del justo

"Dichoso quien teme al Señor" (Sal 112,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Déjame, Dios mío, asomarme a tu presencia, y que desde el pretil endeble de mi vida, pueda yo decirte en forma de plegaria agradecida: Gracias, por tanta gente buena como puebla la faz de la tierra; por tanta gente que te ama, que sigue tus preceptos, que cree en ti. *"Dichoso quien teme al Señor y ama de corazón sus mandatos"* (Sal 112,1).

Lo mismo que un árbol frondoso hunde sus raíces en lo profundo de la tierra, lo mismo sucede con quien ama tus preceptos y los guarda. "Su linaje será poderoso en la tierra, la descendencia del justo será bendita" (Sal 112,2).

Quisiera tener siempre en mi boca el sabor dulce de tu nombre, que se pronuncia con gozo: ¡Padre! Porque aprendiz de niño me sé. Y jugar quisiera, como juega el niño, a columpiar mi vida en las ramas umbrosas del árbol de la vida, manteniendo la inocencia de los días que aún me des. *"Su caridad dura por siempre"* (Sal 112,3).

Tengo el alma taladrada del paisaje de tu luz eternal, Dios mío. Veo, estremecido, el universo envolvente de tu presencia. Y te digo ¡Padre!, con la ternura del barro de mi ser recién horneado en el cuenco infinito de tus manos, que amasaron con amor, sabiamente, las galaxias, para vestir de relente el misterio de la noche fantástica del tiempo. *"En las tinieblas brilla como una luz, el que es justo, clemente y compasivo"* (Sal 112,4).

Raíz del tronco de la vida, en figura de hombre, me sueño; y correr quisiera, puesto que soy peregrino, lo mismo que un profeta, sin sandalias, sin cayado, sólo con la voz y la palabra, el desierto. Y proclamar, a pleno pulmón, el himno de la gratitud, a ti, Dios mío, por la gente buena que me rodea. *"El recuerdo del justo será perpetuo"* (Sal 112,6).

De pronto, envuelto me veo en el palpitante aleteo de tu mágica voz, que fue creando a retazos la luz, el cosmos, la vida. Y al hombre, imagen de tu ser. *"Su corazón está seguro, sin temor, hasta que vea derrotados a sus enemigos"* (Sal 112,8). Así, esta savia de mi viejo árbol seguirá reverberando por las venas intercomunicadas del pensamiento, de la fe, y de la esperanza, que alienta y empuja mi ser.

El justo, Dios mío, *"alzará la frente con dignidad"* (Sal 112,9).

Salmo 113: Alabanza a Dios

"Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor" (Sal 113,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre, de la salida del sol hasta su ocaso" (Sal 113,2). Palabras que nunca deberían faltar en nuestros labios y en nuestro corazón, Dios mío. Tu nombre es bendito ahora y siempre y por los siglos de los siglos. *"Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor"* (Sal 113,1). Porque el Señor es único. No hay otro Dios.

Y porque eres único, Dios mío, quiero alabarte *"de la salida del sol hasta su ocaso"* (Sal 113,3). Quiero alabarte con el sol y con todos los astros. En los días nublados y en los llenos de luz. Con la nieve, con la lluvia y con la niebla. *"Alabado sea el nombre del Señor"* (Sal 113,3). Quiero alabarte en la noche y en el día. Siempre.

Y si me ves desorientado en la niebla, no me dejes, Dios mío, que deambule perdido. Cobíjame en ese refugio seguro que es tu corazón de Padre. Cerraré entonces mis ojos para no romper la imaginación, y abriendo la puerta de mi corazón te mostraré un jardín florecido de mis mejores sentimientos. El más abundante lo llamo sentimiento de la alabanza. Es flor que brota espontánea. Porque tú eres el Señor. *"El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos"* (Sal 113,4). Alabanza a ti, Señor.

En mi corazón brota también otra flor. Es la flor que más necesito. La llamo la flor del perdón. Sí, Dios mío, la flor del perdón. Es aromática, cuando se usa. Y yo me veo en la necesidad de acudir a ella constantemente. Porque a diario debo pedir perdón. Unas veces, pido perdón por exceso de palabras. Otras, por exceso de silencio. Hablo cuando debo callar y callo cuando debo hablar. Perdón, Dios mío, perdón por cuantas veces la alabanza a ti no ha estado a punto en mis labios. *"¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que habita en las alturas y se abaja para mirar al cielo y a la tierra?"* (Sal 113,5-6).

Siempre es posible volver al camino de la reconciliación y del perdón. Siempre es posible volver al camino andado ayer, donde alguien quedó malherido en su honor y reputación, para pedirle perdón. *"Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre"* (Sal 113,7). Y con el corazón reconciliado, mirar tras el balcón, y oír el crujir de la nieve al paso de alguien que llega, en busca del jardín donde florecen los mejores sentimientos. Los del corazón que alaba a Dios.

Salmo 114: Salir de Egipto

"Judá fue su santuario, Israel fue su dominio" (Sal 114,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Siempre es bueno, hasta necesario muchas veces, mirar por el retrovisor, volver la vista atrás. Volver la vista al Egipto que quedó atrás. Ver el pasado para poder atisbar el futuro, bien situados en el presente. Saber quiénes fuimos, qué hicimos, qué buscamos, qué queremos, a dónde vamos. Y el porqué de cada cosa, y de cada momento. Bueno es también liberarse de toda nostalgia. La nostalgia crea espejismos.

Tu pueblo, Dios mío, había permanecido en Egipto mucho tiempo. Lo sacaste con mano fuerte, bajo la guía de Moisés. Le habías prometido tierra donde poder asentarse en libertad. *"Cuando Israel salió de Egipto, los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente, Judá fue su santuario, Israel fue su dominio"* (Sal 114,1-2).

Hubo momentos difíciles, momentos de mucha tensión en la travesía del desierto. No faltó quien añorara el pasado. Quien mirando hacia atrás, se olvidara de mirar hacia adelante. Los ojos, cerrados por la arena del desierto se volvieron tristes. El mar, que todo lo purifica, limpió a muchos su ceguera, les devolvió la esperanza. *"El mar, al verlos, huyó; el Jordán se echó atrás; los montes saltaron como carneros; las colinas, como corderos"* (Sal 114,3-4).

Al retroceder en la historia, vemos que, mientras unos sucumbieron al desánimo, apoderándose de ellos incluso la rebeldía, otros permanecieron fieles. Pero incluso los que te fueron fieles, Dios mío, llegó un momento en que también sucumbieron a la tentación de los ídolos. La idolatría. Tan arraigada en tantos y tantos pueblos. En tantos y tantos corazones. Consiste en querer manipular a Dios. Consiste en querer dominarte, Dios mío. Si te convertimos en un trozo de madera, de bronce, o de cualquier otro material, pensamos que te hemos atrapado. ¡Qué necios somos! ¡Confundir a Dios, al Altísimo con un trozo de madera…! *"En presencia del Señor se estremece la tierra"* (Sal 114,7).

Hoy, muchas cosas siguen igual. O peor. La increencia está invadiendo a una gran parte de la humanidad. ¿Qué nos está pasando, Dios mío? El pueblo llegó a añorar las cebollas de Egipto. Pero no claudicaron de ti. Hoy, inmensa cantidad de personas, no añoran nada, es verdad; lo peor es que no buscan nada. Nuestro corazón se ha vuelto duro como el pedernal. Qué lástima. Egipto quedó atrás. Y nosotros, ¿a dónde vamos? Dios mío, danos sensatez.

Salmo 115: Los ídolos

"Sus ídolos son plata y oro, hechura de manos humanas" (Sal 115,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Pobreza no es miseria, ni el pobre, por serlo, un miserable. Pobreza es esperanza, y es libertad. El pobre, artífice, obrero, constructor, está más cualificado para ser protagonista en la construcción de un mundo de paz. Precisamente, por serlo, el pobre es más propenso a abrir sus brazos a ti, Dios mío. Tú eres su única esperanza. En ti confía. No en la fuerza de los poderosos. Hace de ti, Dios mío, su vida. Otros, por el contrario, harán de ti un ídolo manejado a su antojo. *"Sus ídolos son plata y oro, hechura de manos humanas. Tienen boca, y no hablan; tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen; tienen nariz, y no huelen; tienen manos, y no tocan; tienen pies, y no andan; no tiene voz su garganta: que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos"* (Sal 115,4-8). Los ídolos.

El mundo está lleno de ídolos, comenzando por el poder y el dinero. Y aunque pensemos que somos nosotros quienes manejamos a nuestro antojo los ídolos, por el contrario, los ídolos nos manejan a nosotros. El ídolo del dinero nos envuelve, y de qué modo. Los ídolos del poder y el dinero tienen una codicia insaciable. Son insaciables. Piden más. Y es, de esta manera, cómo surgen las guerras. Las guerras buscan la hegemonía del poder. Ídolos de la estupidez y de la barbarie humana. En cambio, *"Israel confía en el Señor, él es su auxilio y su escudo. La casa de Aarón confía en el Señor: él es su auxilio y su escudo. Los que temen al Señor confían en el Señor: él es su auxilio y su escudo"* (Sal 115,9-11).

Da vergüenza y sonrojo ver las guerras, atroces guerras, sin paliativos, que últimamente estamos produciendo los seres humanos. ¿Qué nos está pasando, Dios mío? ¿Por qué el colmillo cainita nos ha crecido tanto? ¿Por qué nos estamos deshumanizando? *"No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu lealtad"* (Sal 115,1). Nunca mejor dicho: a tu nombre hay que dar la gloria. En ti está la bondad, Dios mío. En nosotros la barbarie. La barbarie. Ojalá algún día podamos desterrar esta palabra de nuestro vocabulario. Pero es a donde nos llevan los ídolos de la ambición y de la estulticia humana.

Los ídolos terminan por sembrar los campos de cadáveres. *"Los muertos ya no alaban al Señor, ni los que bajan al silencio. Nosotros, los que vivimos bendeciremos al Señor ahora y por siempre"* (Sal 115,17-18).

Salmo 116: La copa de la salvación

"Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor" (Sal 116,13).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Son infinitas las causas por las que debemos amarte, Dios mío. Una de ellas, la señala el salmista: *"Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco"* (Sal 116,1-2). Siempre nos escuchas, Dios mío. Pero es bueno saber cuándo y por qué te invocamos. Sin duda, muchas veces lo hacemos por amor, desde lo más profundo de nuestra fe creyente. Otras, pidiendo auxilio, pidiendo tu ayuda, Dios mío. *"Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia"* (Sal 116,3).

Aunque estuviéramos en medio de un jardín, rodeados de la fragancia de las rosas, aun ahí corremos el riesgo de llevarnos algún arañazo. Que también las rosas tienen espinas. Al contemplar las rosas en el jardín, no hay que olvidar que el rosal contiene espinas. Hay que evitar, por la cuenta que nos trae, acariciar sin más los pétalos. Podemos clavarnos alguna espina. Las espinas, punzan y hieren como amores fracasados, que no se desvanecen; tampoco sirven, por fracasados. Y las heridas pueden enconarse. *"Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo"* (Sal 116,7). Un amor herido, de poco sirve. Un amor sincero, da vida.

Un amor sincero, es aspirar, como en una rosa, su suave aroma, y contemplando la armonía que forman la luz, el color, y el aroma, en esbelta policromía, darte gracias, Dios mío, por tanta belleza. Es la belleza del amor. *"Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos"* (Sal 116,9).

Las rosas se parecen a la vida; son hermosas, radiantes, pero a veces, te clavan también las espinas. *"Yo decía en mi apuro: los hombres son unos mentirosos"* (Sal 116,11). Y tanto. Así que, no nos queda más remedio que acudir a ti, Dios mío. Porque eres el único que nos ama de verdad. En tu amor, Dios mío, no hay espinas. *"El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo"* (Sal 116,5).

Rendidos, pues, a tu amor, nos preguntamos: *"¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?"* (Sal 116,12). Nuestra respuesta ha de ser: *"Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo"* (Sal 116,13-14).

Salmo 117: Alabad al Señor

"Alabad al Señor todas las naciones" (Sal 117,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Eres, Dios mío, un Dios fiel, *"Tu fidelidad permanece por siempre"* (Sal 117,2). Un Dios fiel. Lo contrario a nosotros, los humanos. Antes, se daba la palabra, el único certificado válido y seguro, que los hombres hemos tenido por siglos. La palabra era garantía de fidelidad y validez en los compromisos. Y de pronto hemos fallado. La palabra dada era sagrada. Tras la palabra dada, un apretón de manos sellada un pacto, que era inviolable. No había papeles. La palabra era el verdadero aval.

De pronto, efectivamente, hemos fallado. Hemos sustituido la palabra por papeles. Pero los papeles, por más que nos empeñemos, no tienen la fuerza de la palabra. Van de oficina en oficina, de tribunal en tribunal. Con la palabra sobraban los tribunales. Fidelidad en retroceso. Tú, Dios mío, no cambias. Tu fidelidad y misericordia son eternas. Muy bien lo dice el salmista: *"Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre"* (Sal 117,2).

Dios mío, ayúdame a ser hombre de palabra. No quiero ser una veleta a merced del viento. Sí quiero que mi vida sea como un poema enhebrado para ti. Mi vida, amasada de tierra y luz divina, geografía labrada en las horas del tiempo y los días, donde nadie jamás podrá suplantar mi indigencia. Pobre soy, Dios mío, pero eres tú mi única verdad. Me diste los sentidos para disfrutar la belleza de toda la Creación. Por eso, Dios mío, admiro la canción de los árboles al reverdecer en primavera. Toda la Creación invita a alabarte. *"Alabad al Señor todas las naciones"* (Sal 117,1).

Río me sé, nacido de humilde fuente, pero que debe dar de beber, lo mismo al inhóspito desierto, que a las fértiles tierras. Solidario soy de todas las estrellas que navegan sin fin por el cielo inabarcable de las galaxias infinitas, ecuménicas viajeras de sueños hibernados para siempre en los azules espacios siderales. Desnudo me veo en mi pobreza de hombre, aunque de divina hechura revestido. Calzado apenas con sandalias ligeras, voy caminando aprisa los caminos misteriosos de la fe. Caminos compartidos con tantos hijos tuyos que, lo mismo que yo, vitorean: *"Alabad al Señor todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos"* (Sal 117,1). Que mis caminos sean firmes como tu palabra y, así, pueda alabarte por siempre y para siempre, Dios mío.

Salmo 118: La piedra angular

"Digan los que temen al Señor: eterna es su misericordia" (Sal 118,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hay rocas de una gran dureza, como las de granito, las hay menos fuertes, como las areniscas. Ambas sirven para construir. La solidez no es la misma. Y podríamos añadir una tercera, en plan figurado: la roca del despiste. ¿A qué llamo, Dios mío, roca del despiste? A aquella que fue desechada por los arquitectos y que luego se convierte en piedra angular. *"La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"* (Sal 118,22-23). ¿Cómo se puede desechar una piedra que luego va a constituir la base de la construcción? La respuesta es que, de los hombres se puede esperar cualquier cosa. El despiste no nos es ajeno. En cambio, tú, Dios mío, sabes valorar cada cosa por lo que es y vale. Nuestros criterios no son los tuyos, Señor.

En forma de parábola ilustrativa, podríamos imaginar a aquel hombre cuyas cualidades no son valoradas en su tierra. Y queda sin trabajo. Sin trabajo no hay sustento. Así que un día, se rodeó al cuello un pañuelo grande, con la gracia de un revuelo de gaviotas, y se lanzó a la libertad de cruzar los mares. Nadie le dio un adiós de despedida, ni una lágrima surcó por su mejilla, que delatara la emoción de su congoja, de su tristeza y amargura. Enfiló su corazón derecho a la aventura, surcando, a la par que el barco, el mar y la neblina. Llevaba por compañía su fe en Dios.

Fue en tierra extraña donde encontró quien valorara sus cualidades. De su corazón agradecido brotaron las palabras aprendidas en el salmo: *"Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia"* (Sal 118,1). No faltaron peligros, y contrariedades, como es natural. Pero él siguió aferrado a ti, Dios mío. *"En el peligro grité al Señor, y el Señor me escuchó, poniéndome a salvo. El Señor está conmigo: no temo"* (Sal 118,5-6).

Saltó el primero al llegar a puerto, con su pañuelo insignia atado al cuello, acariciándole la cara. Y sin volver la vista atrás, echó a andar tierra adentro con la decisión audaz de conquistar el mundo ignoto. *"¿Qué podrá hacerme el hombre? El Seños está conmigo y me auxilia"* (Sal 118,6-7). Su fe estaba bien arraigada en ti, Dios mío. Triunfó. La fe obra milagros. *"Pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía; él es mi salvación"* (Sal 118,13-14). De lo hondo del corazón brotó aquel: *"Tú eres mi Dios, te doy gracias; Dios mío, yo te ensalzo"* (Sal 118,28).

Salmo 119: La ley divina

"Tu ley será mi delicia" (Sal 119,77).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Tus preceptos, Dios mío, son un pretil de ayuda. Una simple barandilla en el balcón, nos ayuda a vencer el vértigo. Un mirador sobre el abismo de una montaña, en cuyo borde se ha colocado una baranda, nos defiende en todo sentido: de una caída posible, sea por un descuido, o por una ráfaga de viento; y del vértigo, que seguramente nos haría caer al abismo irremisiblemente. El vértigo es algo de tipo psicológico, sin duda. Pero es difícil sobreponerse al mismo. Tus preceptos, Dios mío, que tantas veces podemos verlos como un incordio, son todo lo contrario. Son la gran ayuda, esa necesaria barandilla para no sucumbir. *"Quiero guardar tus decretos exactamente, tú no me abandones"* (Sal 119,8).

La vida, a veces, puede presentarse como un precipicio. Todo precipicio entraña peligros. La vida está llena de ellos. Pasamos, necesariamente, muchas lunas, muchas noches, acampados a la intemperie. Porque la fe no es evidente. Tú, Dios mío, tampoco eres evidente, si nos atenemos a una evidencia metafísica. Y sin embargo, sentimos tu presencia envolvente. Estás siempre a nuestro lado. Porque en la vida hay que cruzar desiertos y montañas, selvas y ríos. Peligros sin pausa. Y tu ley nos protege. *"Guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo"* (Sal 119,35).

Los peligros tienen nombre. *"Inclina mi corazón a tus preceptos, y no al interés; aparta mis ojos de las vanidades, dame vida con tu palabra"* (Sal 119,36-37). Todo aquello que está bajo el abismo, más allá del pretil de defensa, tiene nombre: idolatría, soberbia, orgullo, avaricia, lujuria, y un largo etcétera. Todo eso tiene nombre. Todo pecado es un peligro cierto. Tus mandamientos nos guardan de la caída. *"Los insolentes me insultan sin parar, pero yo no me aparto de tu ley"* (Sal 119,51).

Viendo, pues, el peligro que me rodea por doquier, te diré, Dios mío, con el salmista: *"Mi porción es el Señor; he resuelto guardar tus palabras"* (Sal 119,57). *"Si tu ley no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi desgracia; jamás olvidaré tus mandatos, pues con ellos me diste vida"* (Sal 119,92-93). Tu Ley divina que por amor nos diste, Dios mío, nos ayuda a llegar a ti, sanos y salvos. Es el pretil seguro que impide que caigamos en el abismo. Por eso, también yo, *"siete veces al día te alabo por tus justos mandamientos; mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar"* (Sal 119,164-165).

Salmo 120: ¡Ay de mí!

"Líbrame, Señor, de los labios mentirosos" (Sal 120,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"¡Ay de mí, desterrado en Masac, acampado en Cadar!" (Sal 120,5). Es el lamento de un desterrado. El destierro implica soledad, alejamiento de los seres que uno ama, sufrimiento, abandono. Tantas cosas al mismo tiempo, Dios mío.

Como si la hubiera soñado, me figuré la escena. Era una isla solitaria, perdida en el inmenso mar. Un pañuelo ajado ondulaba colgado de una rama señalando dónde estaba su cabaña, dónde dormían, casi sin descorchar aún, los sueños de su juventud, tan lejana ya. Había emigrado a probar fortuna. Le fue bien. Hizo fortuna. Se hizo rico. Decidió que era hora de volver a su tierra. Pero el barco en el que regresaba fue abatido por una furiosa tempestad. Se hundió. El hundimiento supuso la pérdida de personas, enseres, y riquezas, acumuladas a través del trabajo ímprobo de muchos años. Firmemente asido a un tablón, fue arrastrado hasta la playa de una isla perdida en el mar y casi deshabitada. Milagrosamente, logró sobrevivir. Lo perdió todo, menos la vida. Todos los elementos estaban contra él. Posiblemente, si conocía los salmos, se acordara de aquel versículo: *"Demasiado llevo viviendo con los que odian la paz"* (Sal 120,6).

Un día, al caer la tarde, arrió el pañuelo ajado, que aún colgaba de una rama, y lo anudó a su cuello enflaquecido. Como queriendo rememorar la hora de un lejano día en que salió de su tierra, sin más compañía que el vuelo de las gaviotas escoltando el barco. *"Cuando yo digo: paz, ellos dicen: guerra"* (Sal 120,7). La pobreza fue ausencia de paz para él. Y la guerra no consistió en ninguna batalla campal, sino en la lucha del día a día por amasar una pequeña riqueza.

Luego se tumbó, mirando fijamente al cielo, como queriendo acompasar su corazón con el latir de los luceros. Lo rodearon sus amigos más queridos: monos, y periquitos. De pronto, se hizo el silencio, mientras dos lágrimas como dos estrellas surcaban sus mejillas y sus ojos ya cansados lentamente se cerraban, al tiempo que en plegaria póstuma, su alma de emigrante al cielo eterno subía.

Es sólo una parábola, Dios mío. Seguramente, en su tránsito a la eternidad, desde el fondo del corazón, su oración más acertada fue la frase del salmo: *"En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió"* (Sal 120,1).

Salmo 121: El auxilio viene del Señor

"El auxilio me viene del Señor" (Sal 121,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"El auxilio me viene del Señor" (Sal 121,2). Muchos descubrimientos ha hecho el hombre en la naturaleza, a través del tiempo. Ha logrado grandes avances en la ciencia. Ha logrado dominar la técnica. Unas veces, esos descubrimientos han sido casi casuales. Otras veces, con grandes esfuerzos. Hay, sin embargo, un descubrimiento que no le ha costado el mínimo esfuerzo. Ha visto que cuando se ha quedado abandonado de todo y de todos, sólo tú, Dios mío, has venido en su ayuda.

El hombre sabe que no está solo. *"Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?"* (Sal 121,1). Si se tratara de dos ejércitos enfrentados, el que fuera perdiendo, necesitando ayuda, es natural que mirara a los montes. Tal vez tras una colina apareciera otra ala de ejército viniendo en ayuda. Pero en este caso, el hombre no está pensando en un ejército que llega en el momento de más necesidad. Sus ojos miran más lejos. Más arriba. Te miran a ti, Dios mío. *"Tú hiciste el cielo y la tierra"* (Sal 121,2). Te imploran a ti.

Dios mío, el hombre te necesita a ti. A nivel global, y a nivel personal, o individual. Eres el Dios que no duerme. Estás siempre pendiente de todas y cada una de tus criaturas. En la mente del hombre has encendido rutas de luz para que sus pasos tenues, de niño apenas, puedan ser seguros. El hombre es propenso a tropezar. Tú lo sostienes. "No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme" (Sal 121,3).

Tus ojos de Padre están atentos, Dios mío, para que, cuando mis pasos se asomen el abismo, no resbale y caiga. Están atentos cuando me alejo de ti. Sin ti, la vida no tiene sabor. La esperanza da sabor y color a la existencia. Ese maravilloso color azul del firmamento nos habla de ti. Tú eres quien nos guarda a todos y a cada uno. *"El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha"* (Sal 121,5).

Cuando las cosas se tuercen, cuando la misma vida se nos hace cuesta arriba, cuando el desánimo nos puede, eres tú, Dios mío, quien acaricia nuestra frente, para que no nos duela el alma. *"El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma"* (Sal 121,7). Dios mío, tus manos son palomas de paz que acarician mi frente y me dan tranquilidad en los momentos más difíciles. Gracias, Dios mío.

Salmo 122: Vamos a la casa del Señor

"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!" (Sal 122,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Arrodillarme quisiera, Dios mío, ante el altar inmenso que forma la madre tierra. El universo es el templo que a todos nos cobija. Tú eres el Señor. Y en procesión ingente de multitudes incontables, felices y alegres, allá nos dirigimos. *"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!"* (Sal 122,1). El universo, templo de tu majestad, es el regazo virgen de una intercósmica maternidad, cuyos hijos fluyen, como río impetuoso, por el insondable camino de la vida hacia tu altar. *"Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén"* (Sal 122,2).

A este altar caminan y se asoman las raíces de las razas todas, como río rumoroso, desde la noche de los tiempos, hasta formar un mar infinito de gente creyente. *"Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta"* (Sal 122,3).

Venimos de todas partes, cautivos de atávica soledad, contemplada en silencio desde la arcilla noble que moldea nuestra humanidad. *"Allá suben las tribus, las tribus del Señor"* (Sal 122,4). ¡Ay, mi raza, esparcida por la estepa, el desierto, el valle y la montaña, mi raza, tan castigada de soledad!

Ayúdame, Dios mío, a abrir los ojos en la galáctica arena del cosmos metafísico e inabarcable, y que adentrarme pueda en la templo del misterio insondable que envuelve a la Humanidad. Tú eres el Señor.

Venimos "a celebrar el nombre del Señor" (Sal 122,4). En la ciudad celeste, Jerusalén del cielo. *"En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David"* (Sal 122,5). Sólo en ti, Dios mío, está la salvación.

Sobre tu altar, Dios mío, depositaremos el incienso de nuestra plegaria. Que suba hasta ti en olor de santidad, cuya humareda nos envuelve en tu paz.

"Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios" (Sal 122,7).

Y cuando la multitud de multitudes haya entrado en la inmensidad de tu templo, todos nos daremos el abrazo de la paz. Que se acaben las guerras. *"Por mis hermanos y compañeros voy a decir: la paz contigo. Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien"* (Sal 122,8-9). Dios mío, la paz es posible. *"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor"* (Sal 122,1).

Salmo 123: Al mirar de nuestros ojos

"A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo" (Sal 123,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Resulta entrañable la escena. Un cachorrillo está a los pies de su amo. Éste está tomándose un bocadillo. El cachorrito, con los ojos fijos en su amo, muy atento a sus movimientos, no se mueve. Espera que el amo le dé algo, aunque sea unas migajas. Si el amo se demora en darle algo, lanza un ladrido. Es como decir: estoy aquí, tenme en cuenta. Y continúa mirando fijamente al dueño.

Algo así, salvando las distancias, ocurre en lo que el salmo cuenta. *"Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro"* (Sal 123,2).

¿Por qué miran nuestros ojos? ¿Qué esperan? Están *"esperando tu misericordia"* (Sal 123,2). Por las laderas del alma va subiendo nuestra plegaria, al amanecer del alba. El corazón tiene prisa por encontrarte, Dios mío, antes que despunte el día. Nuestros ojos te buscan. *"A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo"* (Sal 123,1).

Dejando atrás el sueño transido de nuestra fe, tantas veces dormida, nuestra alma se despierta, se espabila; te busca, te necesita. Y te implora. *"Misericordia, Señor, misericordia"* (Sal 123,3).

¿Cuál es nuestra urgencia? *"Que estamos saciados de desprecios"* (Sal 123,3). Y corremos hacia ti. Puestos nuestros ojos en ti, Dios mío. Es el mirar de nuestros ojos. Como el cachorrillo que mira, pacientemente, a su amo. La paciencia, si llega lejos, si tiene aguante, termina por alcanzar lo que desea. Y el cachorrillo recibe, no solamente unas migajas, recibe también las caricias del amo. Y se siente agradecido, feliz y contento.

Nuestro corazón, Dios mío, está también agradecido, contento, feliz. Nuestros ojos no te pierden de vista. Están atentos a cada movimiento de tus manos. Y tus manos son manos que acarician, que dan mucho más de lo que te pedimos o necesitamos. Al mirar de nuestros ojos, respondes con amor.

Si el cachorrillo se siente seguro junto a su amo, mucho más nos sentimos nosotros seguros junto a ti, Dios mío. Junto a ti, nunca nos faltará el pan en la mesa, ni tu cariño de Padre.

Salmo 124: Aguas impetuosas

"Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte" (Sal 124,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Las palomas mensajeras han servido de correo, por cierto, bastante rápido, en tiempos pasados. Han sido un medio eficaz de comunicación. Tanto entre amigos, como entre enemigos. Los mensajes son de todo tipo. A veces, llevan noticias agradables. Otras, desagradables. Pueden llevar alianzas de entendimiento y paz. Y pueden llevar una declaración de guerra. Han cambiado los tiempos. Han cambiado los sistemas de comunicación. Los mensajes siguen siendo los mismos. *"Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos"* (Sal 124,2-3).

Cuando no queden más palomas mensajeras que enviar al espacio imaginario de la paz, ni los ríos lleven agua que desemboque en la mar, yo alzaré a destiempo mi protesta. Será cómplice aroma de azahar, arrastrado por el viento, del que pasa a nuestro lado endomingado con sonrisa de inocencia, después de hacer estallar en medio mundo la tragedia inútil e insensata de la guerra. *"Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador"* (Sal 124,7).

He sido cobarde, Dios mío, ya lo sé. Formalmente, miserable, por no alzar la voz y gritar, a tiempo y destiempo, mi protesta ante cualquier ruin mandatario que da su aval a la aberrante ley de la guerra, y de la barbarie. ¿En nombre de qué dios, Dios mío? *"Bendito el Señor que no nos entregó en presa a sus dientes"* (Sal 124,6). La violencia es propia de degenerados.

Por haber callado ante tanta injusticia, ahora, en silencio penitente, un "yo, pecador me confieso...", al cielo elevaré. Y mi arrepentimiento, manifestado quedará. Ante ti, Dios mío, que has salvado mi vida *"de la trampa del cazador"* (Sal 124,7). Yo sé que en tu bondad, de mí tendrás piedad.

Si no hubieras estado de nuestra parte, y de mí en particular, *"nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello"* (Sal 124,4).

Las aguas bajan impetuosas. La violencia campa a sus anchas. Y la blasfemia de hacer el mal en nombre de no sé qué dios, clama al cielo.

Pero los creyentes decimos: *"Nuestro auxilio es el nombre del Seños, que hizo el cielo y la tierra"* (Sal 124,8). Necesitamos, Dios mío, palomas mensajeras que anuncien la paz.

Salmo 125: Protegidos por el Señor

"Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no tiembla" (Sal 125,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Da igual que sea primavera, verano, otoño, o invierno, si a uno le dicen: Sé valiente, confía en el Señor. Muchas cosas se dicen. Unas llegan a nuestros oídos, otras no.

Le dijeron que era primavera, y sonrió. Le dijeron que las flores hablaban, y se lo creyó. Le dijeron que por qué soñaba..., se puso triste, y sin saber por qué, lloró. Pero cuando le dijeron: confía en el Señor. Abrió de par en par los ojos, y gritó: Yo confío en el Señor.

¿Fue esto un sueño, o una ráfaga de imaginación? No. No fue un sueño. Fue algo que correspondía a la realidad. *"Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no tiembla, está asentado para siempre"* (Sal 125,1). Y yo, Dios mío, confío en ti.

Una ciudad bien amurallada, es una ciudad defendida. *"Jerusalén está rodeada de montañas"* (Sal 125,2). Pero si eres tú, Dios mío, nuestra muralla, entonces estamos sí que estamos bien defendidos. *"El Señor rodea a su pueblo ahora y por siempre"* (Sal 125,2).

Pero no basta con defenderse de los enemigos externos. No basta con estar bien amurallados, Dios mío. Puede que dentro haya también enemigos. Y los hay. Los siete pecados capitales: La lujuria, la gula, la avaricia, la pereza, la ira, la envidia, la soberbia, son enemigos poderosos, infiltrados dentro de nuestra muralla interior. *"No descansará el cetro de los malvados sobre el lote de los justos, no sea que los justos extiendan su mano a la maldad"* (Sal 125,3). Nunca podemos estar seguros de nosotros mismos. Sólo tú eres nuestro defensor, Dios mío.

Que a la hora en nos llames podamos presentarnos ante ti, *"sin habernos desviado por sendas tortuosas"* (Sal 125,5). Que en el álbum versátil de nuestra vida, hayamos acertado a esculpir, con grafía en forma de corazón, nuestro anhelo más sincero: Te amo, Señor.

Te hemos pedido tantas veces: *"Señor, concede bienes a los buenos, a los sinceros de corazón"* (Sal 125,4). Que estemos inscritos en el número de los buenos, de los que siempre han confiado en ti, de quienes hicieron de ti el defensor seguro, Dios mío.

Salmo 126: Canción del sembrador

"Los que sembraban entre lágrimas cosechan entre cantares" (Sal 126,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Qué bien suenan, al caer de la tarde, las canciones de los segadores sobre los campos de trigo recién segado. En el otoño sembraron, con ilusión y esperanza. En el invierno, esperaron con ansia las lluvias y las nieves que dan de beber a la tierra. Llegó la primavera, y los sembrados se vistieron de verde. Y el verano, convirtió en oro los trigales. *"Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares"* (Sal 126,5).

Un campo de trigo tiene un enorme parecido con la vida. Las cuatro estaciones están bien marcadas. Hay un tiempo para sembrar, para que la semilla germine, crezca, se desarrolle. Hay un tiempo para cosechar.

La vida no está exenta de peligros. La alegría y la tristeza se alternan con mucha facilidad. Los grandes errores pueden darnos grandes disgustos. Y si de pronto nos vemos carentes de libertad, la tristeza y el miedo nos quitarán el sueño. Al recobrarla, la alegría de estar en libertad reconfortará nuestro corazón. *"Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar"* (Sal 126,1). Sagrado don de la libertad.

Como la espiga dorada en medio de los trigales, y como las rojas amapolas en medio del trigal, así es nuestra vida. Lejos quedó el invierno. Con su frío y sus incomodidades. Pero necesario. La semilla sembrada, va madurando bajo la tierra helada del invierno. Ya vendrá la primavera. Y lo mismo que los jilgueros, que alegran la enramada ensayando sus trinos, nuestra vida tiene también que ensayar cantos de alabanza en tu honor, Dios mío. *"La boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares"* (Sal 126,2). La primavera es tiempo de vida.

Y llega el verano. Y con el verano el calor, y con el calor, el tiempo de la siega. Cuando las alondras, de vuelo grácil, juegan entre las nubes amor de atardeceres. *"Hasta los gentiles decían: el Señor ha estado grande con ellos. El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres"* (Sal 126,2-3). Y se oyen los cantos de los segadores. La ilusión de vivir. Y de volver a casa, para descansar del duro trabajo de la siega; y al mismo tiempo, con el gozo grande de recoger la cosecha. *"Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas"* (Sal 126,6). Canción agradecida del segador, Dios mío, Señor de cielo y tierra, y Amo de nuestras labores.

Salmo 127: Constructor y albañil

"Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles" (Sal 127,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

La casa de nuestra vida no la construimos nosotros. Infatuados de vida, en la juventud somos capaces de ponernos el mundo por montera, y brindando a los ruiseñores, que cantan cantos de libertad, lanzarnos por la vida con la libertad intacta en el pecho, sin retornos, sin recuerdos. Estamos de estreno. No hay un pasado.

El mayor error que podemos cometer es olvidarnos de ti, Dios mío. Pero el salmo nos advierte de que sólo tú eres el que cuenta, o debe contar, en nuestra vida. *"Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles"* (Sal 127,1). Podrá ser muy bueno el albañil, pero es el arquitecto el que dirige la obra.

Podremos creernos muy seguros, porque tenemos buena salud, buen nivel económico, talento suficiente, pero sólo tú, Dios mío, eres nuestra única seguridad. *"Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas"* (Sal 127,1).

Al vaivén de nuestra vida joven, podemos jugar, como juegan los juncos con el agua que los rodea en la orilla del río, donde se rasga el viento sobre un fondo de cuchillos verdes que se mecen en remolino. Cada junco un cuchillo afilado, rasgando el viento, y el deseo, y las pasiones. La vida no depende de nosotros. No nos pertenece. Es de Dios. *"La herencia que da el Señor son los hijos; su salario, el fruto del vientre"* (Sal 127,3). Los hijos, regalo de Dios. Pero a medida que ellos crecen, también crece en años nuestra vida. Pronto la juventud queda muy atrás. ¿Y luego? A depender de los hijos. ¿Dónde quedaron las ramas jubilosas del deseo, del tiempo, y de los proyectos que anidan en las sombras del misterio? *"Son saetas en manos de un guerrero los hijos de la juventud. Dichoso el hombre que llena con ellos su aljaba"* (Sal 127,4-5).

La juventud, Dios mío, es un misterio hondo, caliente, sincero. Transparente como el agua es, debe ser, la juventud.

Juventud, para cantarte, Dios mío, en la alegría anónima del viento, sin retornos, sin recuerdos, junto a la orilla, junto a los juncos finísimos de la sangre. Sin olvidar que sólo somos albañiles. El Constructor eres tú, Dios mío.

Salmo 128: Alrededor de tu mesa

"Tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa" (Sal 128,3).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Una de las bendiciones más queridas e importantes que un ser humano puede recibir de ti, Dios mío, es el de la familia. La familia es un don de Dios. La familia procede de Dios. Tú, Dios mío, nos has hecho varón y mujer, para ser fuente de nuevas vidas.

Si a una persona honrada, en este caso dos, varón y mujer, la sentimos feliz por la alegría de estar en paz con todo el mundo, a causa de su honradez, le añadimos el don y bendición de poseer una buena familia, la dicha es completa. Dios mío, quien está contigo es feliz. *"Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos"* (Sal 128,1). Del uno al otro confín de su mundo circunstancial, quien está contigo es feliz.

La honradez y honestidad son fuentes seguras de felicidad. El pan ganado con el trabajo honrado es el más sabroso. *"Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien"* (Sal 128,2). Y más sabroso aún cuando se comparte con los seres queridos. *"Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa"* (Sal 128,3). El mejor altar para alabarte y darte gracias por tus beneficios, Dios mío, es la mesa familiar. Dios en medio de la familia.

Para un hombre bueno, ¿qué mejor bendición que unos hijos buenos, y una esposa igualmente buena y honesta? *"Esta es la bendición del hombre que teme al Señor"* (Sal 128,4).

Cada hogar es, debe ser, un templo de Dios. El adorno de ese templo son los hijos. La más bella oración, la que sube directa hasta ti, Dios mío, es la alegría que la familia siente de verse reunida alrededor de la mesa. *"Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida"* (Sal 128,5).

La esencia de la familia es el amor. Cuando hay amor, hay unión. Hay calor de hogar. En las penas y en las alegrías, y también en los dolores, estás siempre a nuestro lado para calmar los sinsabores, Dios mío.

Una familia honrada se convierte en ejemplo y modelo para toda familia. *"Que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!"* (Sal 128,6). Y es, al mismo tiempo, un templo donde tú, Dios mío, habitas por siempre.

Salmo 129: Pero no pudieron conmigo

"¡Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud!" (Sal 129,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Una casa bien cimentada aguanta las embestidas de la tempestad. El árbol de raíces profundas aguanta las dentelladas del viento. No es derribado por el huracán.

Nuestra vida, Dios mío, es esa casa, o ese árbol, de referencia. Un árbol sobre el que muchas veces se abate inclemente la fuerza del viento. *"¡Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud"* (Sal 129,1).

Hay árboles, léase personas, que aguantan la fuerza del huracán. *"Pero no pudieron conmigo"* (Sal 129,2). Hay árboles que sucumben bajo la fuerza de la tormenta, y el río los arrastra. Vemos el árbol convertido en una elegía del verano. Lo arrancó de cuajo, lo tumbó impotente la tormenta, y el agua lo fue arrastrando, hasta dejarlo tumbado sobre la arena. Yace ahora sin flor, sin fruto, sin nada, a la orilla del río, en quietud silente, sobre la arena, sin hojas, sin piel, desnudo. Olvidado, mudo y seco. *"En mis espaldas metieron el arado y alargaron los surcos"* (Sal 129,3).

Cuántos veranos van cayendo sobre nuestra vida, Dios mío. Cuántas tormentas golpeándonos inclementes. ¿Cuál ha sido el resultado? Nos miramos a nosotros mismos a la orilla del río cuya corriente va arrastrando los árboles caídos. ¿Somos uno de ellos? ¿Somos uno de los árboles arrastrados por el río? *"Pero el Señor, que es justo, rompió las coyundas de los malvados"* (Sal 129,4).

Esto fue en verano, sobre la arena, junto al médano, cerca del agua. Aquel árbol grande es un triste poema, tirado sobre la arena. Ahora es invierno. Para nuestro gozo y tranquilidad, nuestro árbol no está entre los caídos. Muchos envites, *"Pero no pudieron conmigo"* (Sal 129,2).

"Retrocedan avergonzados los que odian a Sión; sean como la hierba del tejado, que se seca y nadie la siega" (Sal 129,6). Después de la tormenta llega la calma. El árbol de raíces hondas no sucumbe. Está arraigado en ti, Dios mío. La casa bien cimentada, no se hunde. Tú eres el constructor, Dios mío.

En la opresión, en el vendaval de aquellos que quisieran arrancar nuestra fe, nuestra seguridad y esperanza eres tú, Dios mío. Por eso, nosotros sí podemos decir: *"Que el Señor te bendiga. Os bendecimos en el nombre del Señor"* (Sal 129,8).

Salmo 130: Desde lo hondo

"Desde lo hondo, a ti grito, Señor" (Sal 130,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Me imagino un viejo barco. Se está hundiendo en medio del mar. Angustia. Zozobra. Gritos de terror. Pero también gritos de súplica, elevados a ti, Dios mío, con fe y esperanza. Quien tiene fe, afronta el peligro con una visión transcendente. Acude a ti. Sabe que la oración, aparte de dar seguridad, calma los nervios. Y, pase lo que pase, es el nexo que nos une a ti. *"Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz"* (Sal 130,1).

Si tenemos que hacer un viaje por mar, primero hemos de asegurarnos de que el barco esté en óptimas condiciones. No sea que nos hundamos en altamar.

Nuestra vida viaja en barco, podemos decir. Nuestra vida no está asegurada. Necesitamos cuidarla, protegerla. No podemos meternos en cualquier barco. La única agencia de viajes segura eres tú, Dios mío, cuando se trata de nuestra vida. *"Estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica"* (Sal 130,2).

En el barco en que viajamos, llevamos con nosotros un bagaje muy surtido y diverso. Con nosotros viajan también nuestros sentimientos, nuestra escueta realidad. No cabe duda de que habrá cosas que no necesitamos; que entorpecen la carga. En definitiva, que habrá que tirar por la borda: nuestros delitos, nuestro contrabando, todo aquello que no es legal ante ti, Dios mío. *"Si llevas cuenta de nuestros delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?"* (Sal 130,3).

Una vez que hemos tirado por la borda todo aquello que nos perjudica, que nos aleja de ti, que nos impide llegar a buen puerto; una vez que nos sentimos ligeros de equipaje, podremos decir: *"Pero de ti procede el perdón"* (Sal 130,4). Obtenido tu perdón, podemos viajar tranquilos, Dios mío.

Podrá venir la tempestad, tantas hay en la altamar de nuestra vida, y golpear con fuerza el barco en que viajamos. No hay peligro. *"Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora"* (Sal 130,5-6).

Desde lo hondo de nuestra vida clamamos a ti, *"porque de ti viene la misericordia, la redención copiosa"* (Sal 130,7). Que cuando lleguemos a puerto, tú estés en el muelle, esperándonos, Dios mío.

Salmo 131: El juego de la vida

"No pretendo grandezas que superan mi capacidad" (Sal 131,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Te hablo, Dios mío, desde mi escueto ser. Hombre soy, que extiende la estructura llana de su ser en los cuatro puntos cardinales de la vida. Cuando se nace, bien los sabes, Dios mío, el llanto es santo y seña de nuestra presencia en el mundo. Viene luego la hermosa aventura de vivir. Y por fin, el enigma de morir. Pero está también la soledad. Experiencia necesaria para saber quiénes somos, y hacia dónde se camina.

La soledad. Voy peregrinando por la vida sin más compañía que el latir de mi conciencia y el chasquido de la grava que suena al pisarla mis sandalias. He caminado la noche, tantas veces oscura, luminosa tantas otras, de la vida, hasta sentir la tibia luz de la luna, sobre las páginas manoseadas de mi tiempo, ya en huida. Y me he preguntado: ¿Quién soy? ¿Un grito en el tiempo? *"Mis ojos no son altaneros"* (Sal 131,1). Veo entonces mi escueta, pero agradecida, estructura de hombre. Y grito. Si grito, es que soy. Soy alguien. Sí, Dios mío, soy alguien. Hijo tuyo soy, mi Dios.

He caminado, Dios mío, el tablero a cuadros -blanco y negro- de la vida, y recorrido, como un peón anónimo del ajedrez, las jugadas pensadas por la mano que acaricia la pieza ganada al rival. Verdad es, Dios mío, que he tenido que deshojar páginas enteras de mi vida, como se arrancan impunemente los pétalos gráciles de una rosa, tratando de purificar y enderezar mi conciencia. Pero he tratado también de entrar en el espacio vacío que debieron ocupar, por este orden, el amor, la fe, y la esperanza.

Por eso, mientras sigo recorriendo el tablero del ajedrez de la vida, quiero que me acompañe la ingenuidad inmaterial de cada cosa, con su nombre y apellido: noche, ciudad, viento, escarcha y amigos; porque son las cosas que amé. Y cuando, al fin, llegue la tarde, la hora inexorable del jaque mate de la vida, quiero, Dios mío, al igual que *"el niño descansa en los brazos de su madre"* (Sal 131,2), mi alma descanse en ti, mi Dios.

Gracias, Dios mío, por el don sagrado y maravilloso de la vida.

Salmo 132: La mansión del Señor

"Hasta que encuentre un lugar para el Señor" (Sal 132,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

El universo es tu casa. Eso decimos con frecuencia. No nos falta razón, al contemplar tanta magnificencia. Tú has creado el universo. Son tuyas todas las cosas, Dios mío. Y sin embargo, tú casa es otra. Tu casa es el corazón del hombre. Tú habitas en el corazón del hombre

El salmo dice: *"El Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella"* (Sal 132,13). Hay un doble sentido en la frase: el real y el figurado. Sión es una ciudad. Y Sión es también la eternidad. Esa es tu casa. Tú eres el Dios eterno. *"Esta es mi mansión por siempre, aquí viviré porque la deseo"* (Sal 132,14).

También expresa el salmo el deseo de que te fijes en David y tengas en cuenta todos sus afanes. Me una premio, una recompensa. *"Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes; cómo juró al Señor"* (Sal 132,1-2). ¿Qué es lo que juró? *"No entraré bajo el techo de mi casa, no subiré al lecho de mi descanso, no daré sueño a mis ojos, ni reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor"* (Sal 132,3-5).

De qué buenas intenciones nos revestimos a veces, Dios mío. Que lo mejor sea para ti. Correcto. Pero nos olvidamos que no somos nosotros quienes te vamos a construir una casa. No habitas en casa hecha por hombre. La casa que tú quieres es un corazón sincero.

También quieres que, antes de nada, busquemos casa para los sin techo. Para tanta gente que vive a la intemperie, en las inseguras calles de nuestras ciudades. Que les consigamos casa donde vivir. Y quieres además, que les abramos el corazón. Quieres un corazón misericordioso. Eso es lo que te gusta, Dios mío, un corazón misericordioso. *"A sus pobres los saciaré de pan"* (Sal 132,15).

Tú, Dios mío, no quieres una mansión para ti. Quieres una casa, por sencilla que sea, para tus hijos. Que nadie tenga que pasar la noche a la intemperie. Hay mansiones, tan lujosas, que ofenden la dignidad de los pobres y de los no tan pobres. Hay casas sencillas. Y hay chabolas. De todo hay. Lo más triste es cuando no se tiene ni una chabola para vivir.

"Levántate, Señor, ven a tu mansión" (Sal 132,8). La mansión del Señor son los pobres. Ante ellos, danos, Dios mío, entrañas de caridad.

Salmo 133: Fraternidad

"Ved qué dulzura, convivir los hermanos unidos" (Sal 133,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Nada más reconfortante y hermoso que ver, a la gente feliz; a los hermanos, que se quieren; a la humanidad, en paz. Siendo la convivencia un bien necesario, ay que ver, cómo nos cuesta convivir unidos.

Nos falta, a buen seguro, educación para el diálogo. El lenguaje de los gritos, suena a primitivo. La diplomacia, a un equilibrio de fuerzas. El diálogo sincero es el camino de poder llegar a un entendimiento. El amor, es el verdadero motor que mueve el engranaje de una buena convivencia. *"Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos"* (Sal 133,1).

Cuando ocurre una desgracia, digamos un terremoto, y ha habido víctimas, infortunios de todo género, nuestro corazón se conmueve. Y salta el resorte de la solidaridad. Porque en el ser humano existe, al menos, un resquicio de bondad, y de sentido común. Si alguien sufre, hay que echarle una mano, socorrerlo. Y cuanto más indefensa haya quedado la persona en cuestión, más nos conmueve su estado. Y más aún, si se trata de un niño. Sigue habiendo en el ser humano suficiente capacidad para amar.

La fraternidad es como la brisa que refresca en el estío. Como el perfume que aromatiza el ambiente. *"Es ungüento precioso en la cabeza"* (Sal 133,2).

La fraternidad se manifiesta en los momentos más dramáticos y duros que pueden ocurrir en el trascurso de nuestra vida. Se manifiesta en la orfandad del destino, es decir, de las cosas que no entiendo. ¿Por qué el terremoto que asola una población, tal vez con cientos de muertos? ¿O la barbarie de un atentado?

Hemos caminado las noches del tiempo, los días llenos de vacío y ausencia; y hemos visto muchos ojos tristes. Ojos de niños huérfanos. O de madres, cuyos hijos han sido arrebatados por la violencia. Miradas perdidas. En cada oscuro latido del alma, hemos visto deshojarse, una a una, páginas enteras e incipientes del libro inédito de muchas vidas. Pero hemos visto también, ternura, solidaridad, fraternidad. *"Es rocío del Hermón, que va bajando sobre el monte Sión. Porque allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre"* (Sal 133,3). Dios mío, que sigamos construyendo fraternidad.

Salmo 134: Bendecid al Señor

"Y ahora bendecid al Señor los siervos del Señor" (Sal 134,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Simplemente amar. Amar a Dios. Amar a los demás. Amarnos a nosotros mismos. Amar la vida. Simplemente amar. Eso, Dios mío es lo que nos pides. Que amemos. Y que estemos dispuestos a amar.

Amar la vida, es buscar en cada instante rimar la prosa laica de cada día con el verso resultante de poner música nueva en las cuerdas de la lira. Amar la vida, es poner, en el carcaj de la historia, la flecha que debe lanzarse a tiempo al horizonte ignoto, por donde habrá que pasar defendiendo la vida.

Amar la vida, es cantar la canción nueva, sin letra, del amor nunca ensayado, que deben saber interpretar todos los enamorados. *"Bendecid al Señor los siervos del Señor"* (Sal 134,1).

Amar la vida, es tener la ilusión por alcanzar estrofas de agua en la ola, cuando el mar inicia un vals al compás de los caireles que trazan miles de peces en los caminos de la mar.

Amar la vida, es trazar caminos nuevos, no andados, por donde poder sacar a pasear la ilusión diaria de vivir, a la par de otra gente que estrena a diario el traje de la amistad. *"Levantad las manos hacia el santuario y bendecid al Señor"* (Sal 134,2).

Amar la vida, es amar. Simplemente amar.

Sí, Dios mío, amar es simplemente amar. Eso es lo que tú haces: amar. Y amar eternamente. *"Bendecid al Señor los que pasáis la noche en la casa del Señor"* (Sal 134,1).

Bendecirte, Dios mío, es reconocer que tú eres el Señor. Que no hay otro. Y es reconocer que te pertenecemos. Que tú nos sostienes en la palma de tus manos.

Es reconocer que tú, Dios mío, eres el Dios que no se cansa de amar. Porque eres Amor.

Y porque eres Amor, amor nos pides. El tuyo, es un Amor con mayúsculas. El nuestro, es un amor pequeño. Pero aun así, con el salmo diremos: *"El Señor te bendiga desde Sión, el que hizo cielo y tierra"* (Sal 134,3).

Salmo 135: Tu nombre es eterno

"Señor, tu nombre es eterno; tu recuerdo de edad en edad" (Sal 135,13).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Señor, tu recuerdo de edad en edad" (Sal 135,13). El recuerdo, o recuerdos, es una realidad palpable. Tiene doble significado: el recuerdo es memoria de hechos, acontecimientos, experiencias, etc. Pero también aplicamos esta acepción a los objetos que, a su vez, activan nuestra memoria histórica. Así, si hacemos un viaje a un país distinto del nuestro, pongamos, procuramos traer algún recuerdo; pequeños objetos, para obsequiar a gente de nuestro entorno familiar, o de amistad. Es un detalle de nuestra amistad. Y, si alguien se nos va para siempre, procuramos guardar objeto suyo, como recuerdo; para no olvidarnos de ese ser querido, según pase el tiempo. El recuerdo, es algo que llevamos muy dentro de nuestros sentimientos.

El recuerdo es una realidad que me lleva, Dios mío, a la siguiente reflexión: Si el agua por el río no corriera, ¿dónde la mar estaría, dónde la nube su sed abrevaría? No podemos impedir el curso normal de la naturaleza. En consecuencia, dejemos correr el agua por el río, dejemos que la nube corra por esos cielos por donde también la luna y las estrellas corren.

Dejemos correr los recuerdos, dejemos que la mar se beba el río. Pero permitid que a la mar mis recuerdos se lleve el río, no importa que la mar no lo sepa, pero que lo sepa el río. Yo me sentaré a la orilla del río para ver cómo se van los recuerdos que he vivido. Y qué recuerdos se quedan conmigo.

En la experiencia histórica y perenne de la humanidad está presente tu recuerdo, Dios mío. No como algo que ya pasó, sino como una realidad viva, actual, y presente. *"Señor, tu nombre es eterno"* (Sal 135,13). Tu nombre, Dios mío, no es un recuerdo del pasado, sino algo que hay que tener presente a cada instante. En cambio, los ídolos son recuerdos de un pasado, que el río de nuestra vida se puede llevar. Porque son solamente objetos materiales. *"Los ídolos de los gentiles son oro y plata, hechura de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas"* (Sal 135,15-17).

Porque tu nombre es eterno, porque tú, Dios mío, estás eternamente presente en nuestra historia, personal y colectiva, nuestro deber es alabar tu nombre. *"Alabad el nombre del Señor, alabadlo, siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios"* (Sal 135,1-2).

Salmo 136: Al Dios de los dioses

"Dad gracias al Dios de los dioses, por ser eterna su misericordia" (Sal 136,2)

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Debemos darte gracias siempre, Dios mío. Los motivos son infinitos. El primero, por tu bondad. *"Dad gracias al Señor porque es bueno"* (Sal 136,1). Al que hay que añadir tu misericordia. *"Porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,1).

Tu misericordia, Dios mío, es un tema constante, recurrente. Un motivo perpetuo para darte gracias. *"Dad gracias al Dios de los dioses: porque es eterna su misericordia. Dad gracias al Señor de los señores: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,2-3). Ningún dios hay fuera de ti. Y los que hemos fabricado nosotros, obviamente, no son Dios. Son sólo ídolos. O sea, nada.

Esa misericordia, la has derramado en abundancia a lo largo del tiempo y de la historia. *"Él hizo sabiamente los cielos: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,5). Y el salmista va haciendo un recuento donde resaltar tu misericordia. De un lado la Creación. *"Sólo él hizo grandes maravillas: porque es eterna su misericordia" (*Sal 136,4). Entre esas grandes maravillas de la Creación, está la creación de los cielos, de las aguas, de las lumbreras gigantes, como son el sol, la luna y las estrellas.

Maravillas con Israel, sacándolo de Egipto. *"Y sacó a Israel de aquel país: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,11). Y nos va recordando la travesía por el desierto, hasta llegar a la tierra prometida, venciendo todos los obstáculos, habidos y por haber. *"Y nos libró de nuestros opresores: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,24).

Siempre el estribillo: *"porque es eterna su misericordia".* Así eres, Dios mío; y no puedes ser de otra manera. Eres el Dios misericordioso. Y por serlo, te compadeces de nosotros, nos tratas con infinito cariño y amor. Eres el Dios Amor. No hay otro dios fuera de ti, Dios mío.

Es natural, por consiguiente, es justo y necesario, Dios mío, que te demos infinitas gracias: por tu misericordia, por tu amor, por tu comprensión con nuestra fragilidad de hombres, por tu paciencia, por el perdón que nos concedes, por el don sagrado de la vida, por habernos hecho a tu imagen y semejanza, por tantas y tantas cosas, y por ser quien eres. *"Dad gracias al Dios del cielo: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,26).

Salmo 137: Nostalgia de Sión

"Nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión" (Sal 137,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Conmueve, encontrarse con el sentimiento y nostalgia de un pueblo que sufre destierro, lejos de su tierra, y en el destierro una serie de sinsabores, opresiones y calamidades. *"Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión"* (Sal 137,1). Se comprende que suenen cantos; que la música haya enmudecido. Que se nieguen a cantar para un pueblo que los oprime. *"En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos deportaron no invitaban a cantar"* (Sal 137,2-3).

Cuánto sentimiento y nostalgia, Dios mío. Cuánto recuerdo de días idos. Cuando eran libres, cuando la vida era apacible. Cuando a la sombra larga del verano podían ventear los sueños del otoño, ya cercano; sueños florecidos en mazorcas color ámbar que encienden de oro los maizales. Cuando recogían, para encender el fuego, las hojas ocres, caídas de los árboles y sauces llorones. Cuando al resplandor y calor de la hoguera podían rememorar las épicas hazañas de sus antepasados. *"Cantadnos un cantar de Sión"* (Sal 137,3). Y recordaban vívidamente los bíblicos cantos, y los rituales bailes, iniciados por David.

Cada cosa tiene su momento. Hay situaciones en que el ánimo no está para cantos. *"¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera!"* (Sal 137,4). Imposible.

El flash de la noche ha plasmado la llama cautiva en los corazones. El sentimiento los embarga. No se pierde, así como así, el sentido de la historia y de la dignidad. Tampoco la esperanza. Algún día el destierro acabará. Cuando termine, habrá llegado de nuevo la primavera. Más allá de las cenizas dormidas, quedarán aún resquicios de brasas no apagadas, las brasas de la esperanza, que volverán a avivar el fuego. Entonces sí; entonces proseguirá la danza; y otra vez recobrarán vida las cítaras. Eso será más allá de los tiempos idos, y los recuerdos. *"Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías"* (Sal 137,5-6).

Nostalgia de Sión. Lección que queda marcada en el pizarrón, y que debemos aprender. Dios mío, que guardemos, y no perdamos, la memoria histórica de los grandes hechos de nuestra Salvación.

Salmo 138: Se fija en el humilde

"El Señor es sublime, se fija en el humilde" (Sal 138,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"El Señor es sublime, se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio" (Sal 138,6). Tú, Dios mío, lo sabes todo, lo ves todo, lo conoces todo. Nos conoces a cada uno, hasta en lo más profundo de nuestro ser. Y sin embargo, donde y con quien te fijas más a fondo, es en el humilde. El humilde, puede serlo de dos maneras: humilde, porque carece de todo; humilde, porque sabe reconocerse en su escueta realidad, y no deja que el orgullo o la soberbia se apoderen de él.

Nosotros conocemos muchas, muchísimas, cosas de la naturaleza. Sabemos que el verano puede matar el tacto de los árboles, que son sus hojas. Pues el calor hace que las hojas se agosten, y tiemblen de sed bajo un sol tórrido. El verano puede posar su mano inclemente en los pechos enfermos, en las sienes delgadas del anciano. Puede cerrar los párpados de los moribundos con un roce de mármoles callados que aguardan en el camposanto a la sombra honda, estilizada, de los cipreses inhiestos. Sin embargo, *"cuando camino entre peligros, me conservas la vida; extiendes la mano contra la ira de mi enemigo, y tu derecha me salva"* (Sal 138).

Todas las estaciones del año son hermosas, mas no están exentas de peligros. Así, el verano; puede cruzarse ante nosotros como un lebrel cansado, sediento, y cruzado de piernas, mientras espanta, por oficio y por rutina, los tábanos imaginarios, taladrantes como el canto chirriante, desafinado, rayado, inaguantable, de mil cigarras en paro. Y como a ellos, también a nosotros nos entra la modorra, y por indolencia, podemos resecarnos y asfixiarnos como árboles que languidecen.

Todo eso lo sabemos, lo conocemos. Conocemos muy bien lo exterior a nosotros, como es la naturaleza y sus fases. Pero, ¿nos conocemos a nosotros mismos? Hemos nacido porque tú, Dios mío, nos has dado la vida. Y tú nos la conservas. Justo es que seamos agradecidos y te demos las gracias. *"Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré ante tu santuario, dando gracias a tu nombre, por tu misericordia y tu lealtad"* (Sal 138,1-2). Te fijas, Dios mío, en el humilde. Líbranos de la soberbia, la misma que agosta y seca nuestra alma. *"Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos"* (Sal 138,8).

Salmo 139: Sondéame, oh Dios

"Señor, tú me sondeas y me conoces" (Sal 139,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Cuánta música encerrada, aguarda en un pentagrama a que alguien le abra la puerta de esa cárcel de barras. Pentagrama de barras, donde transcurren callados muchos días de nuestra vida, tan fugaz. Ahí estamos, como agazapados. Pero tú nos conoces, Dios mío. *"Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos, distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares"* (Sal 139,2-3).

En el pentagrama de mis días, cuántas veces escondí mi voz ruborizada, que quiso colgar de una estrella endechas enhebradas al son del tic-tac del reloj, pero desafinó al no coincidir sus horas con el compás que la partitura marcaba. *"¿A dónde iré lejos de tu aliento, a dónde escaparé de tu mirada?"* (Sal 139,7). Cerré la puerta de tu música secreta, Dios mío, y sentí que el corazón se me encogía, debido a las notas faltantes de la melodía que se fueron en el tul vaporoso de las alas de una mariposa, devorada por el éxtasis de luz. *"Si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha"* (Sal 139,9-10).

Ahora ensayo soledades en la isla perdida de las horas, tras haber anudado un pañuelo de seda al mástil de un barco ligero de vela, donde viajan inéditas nuevas melodías, silabeando más canciones, para estrenarlas, cuando escampe la niebla, en el mar abierto de la vida. *"Si digo: que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí, ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día, la tiniebla es como luz para ti"* (Sal 139,11-12).

Tengo colgadas otras sinfonías en el pentagrama de la rosa inestable de los vientos, por si la mar me devuelve un día la respuesta de cualquier otro náufrago, tan náufrago como yo, y soñador, tanto como yo, el mensaje plagiado al álbum transparente de la música dormida. *"Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón"* (Sal 139,23). Sondéame, porque aún me quedan por estrenar endechas, en el pentagrama inalámbrico del último atardecer de mi vida, con las mismas notas que ayer me robó el tic-tac inexorable del reloj. Mas, mírame, Dios mío, y *"si mi camino se desvía, guíame por el camino eterno"* (Sal 139,24). Tú, Dios mío, que conoces el pentagrama que encierra la sinfonía total de mi vida.

Salmo 140: Vivir en tu presencia

"Los honrados habitarán en tu presencia" (Sal 140,14).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

De padres a hijos, de generación en generación, se van transmitiendo los grandes valores que Dios ha impreso en nuestro corazón. Primero, por lo que significan y son en sí mismos, como valores. Segundo, porque es la más rica herencia que podemos recibir. Tercero, porque son un patrimonio universal, recibido de ti, Dios mío, que se debe seguir transmitiendo a las futuras generaciones. Se transmite el bien, mientras que el mal hay que erradicarlo de inmediato y para siempre, si posible fuera. Porque la raíz del mal no desaparece nunca del todo. *"Líbrame, Señor, del malvado, guárdame del hombre violento: que planean maldades en su corazón y todo el día provocan contiendas; afilan sus lenguas como serpientes"* (Sal 140,2-4).

Abuelo y niño contemplaban la inmensidad del mar; veían batirse las olas al son de la pleamar. Olas venían, olas se iban, y abuelo y niño seguían mirando la pleamar. El niño miraba hacia fuera. Sus ojos se llenaban de paisaje; trataban de captar todo cuanto ocurría a su alrededor. La vida entraba por sus ojos de niño abierto a todo lo desconocido.

A su vez, el abuelo miraba hacia dentro, tratando de revivir los grandes valores de la vida, y de la historia, recibidos de sus mayores, y que ahora debía transmitir al niño. Pero los valores no están asépticos, no están solos; el mal ronda su proximidad. Y el abuelo hablaba al niño de Dios, y le hablaba de los enemigos de Dios. Los malos, le decía, son *"veneno de víbora"* (Sal 140,4).

El niño, en su todavía pequeño entender, asimilaba poco a poco, las enseñanzas del abuelo. *"Pero yo digo al Señor: Tú eres mi Dios"* (Sal 140,7). Y le hablaba de ti, Dios mío. En una catequesis de paciencia y días, le iba contando al niño las grandes intervenciones de Dios en la Historia. A la par que le disuadía de acercarse a los que obran el mal. *"Los soberbios me esconden trampas; los perversos me tienden una red y por el camino me colocan lazos"* (Sal 140,6). No dejes que el mal te domine, insistía el abuelo al niño. Es lo mismo que tú, Dios mío, constantemente nos estás indicando. Debemos huir del mal como de las serpientes. *"No arraigue en la tierra el deslenguado, el mal persiga al violento hasta desterrarlo"* (Sal 140,12). *"Yo sé que el Señor hace justicia al afligido y defiende el derecho del pobre"* (Sal 140,13). Y el abuelo insistía: *"Los justos alabarán tu nombre, los honrados habitarán en tu presencia"* (Sal 140,14). Dios mío, haz que siempre vivamos en tu presencia.

Salmo 141: Como incienso mi oración

"Suba mi oración como incienso en tu presencia" (Sal 141,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Señor, Dios mío, mis ojos están vueltos a ti" (Sal 141,8). Esa es nuestra actitud en la plegaria. Los ojos, el corazón, todo nuestro ser, se vuelve hacia ti, para alabarte y bendecirte, para darte gracias, infinitas gracias, por tu inmensa bondad. Y queremos, Dios mío, que nuestra oración llegue a ti. *"Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde"* (Sal 141,2).

Dios mío, si echo la vista atrás, veo que vengo de tiempos pasados, vengo no sé de dónde, vengo a salto de generaciones, vengo al compás del tan-tan, bajo la luz opaca de la luna. No soy único en la especie. Soy parte de una ingente muchedumbre, de hombres y mujeres que han habitado y habitarán la tierra. Soy parte de los sueños y anhelos de tantos soñadores, constructores de una historia. Vengo, pues, de pintar sueños fabulosos con los pinceles de la noche en las márgenes del tiempo. *"Coloca, Señor, una guardia en mi boca, un centinela a la puerta de mis labios; no dejes inclinarse mi corazón a la maldad"* (Sal 141,3-4).

Vengo de la nada y la existencia, vengo de almacenar experiencias en la memoria de la historia. Vengo como apócrifo y pecador, ateo, Dios mío, por conveniencia tantas veces, y creyente siempre; a veces soy animista y budista, librepensador impenitente, musulmán y reformado, ortodoxo, judío, y cristiano. *"Pero que el ungüento del impío no perfume mi cabeza"* (Sal 141,5).

Vengo de ser currante, y ecuménico estudiante, vengo de ser perseguido por amoríos fugaces en corazones consumidos por cenizas seculares. Vengo de otear fracasos en currículums rechazados por proyectos caducados. Vengo de ser chamán y rezador en cementerios clandestinos de nonatos abortados -¡oh, memorial vergüenza!-. Vengo de ser Poseidón en los mares tenebrosos donde se hunden por siempre las pateras de la muerte de frustradas ilusiones. Vengo, Dios mío, sabiendo que de ti vengo y a ti voy. *"Señor Dios, mis ojos están vueltos a ti, en ti me refugio, no me dejes indefenso; guárdame del lazo que me han tendido, de la trampa de los malhechores"* (Sal 141,8-9).

Que mi oración, Dios mío, suba a tu presencia en continua acción de gracias. *"Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde"* (Sal 141,2).

Salmo 142: Sácame de la prisión

"Sácame de la prisión, y daré gracias a tu nombre" (Sal 142,8).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

En las celdas de las cárceles suelen verse nombres grabados en las paredes. Son nombres de seres queridos, sin duda. Por estar privados de libertad, muchos presos no pueden ver a personas que llevan en el corazón; familiares, amigos. Quizá, ni una fotografía conservan que les haga presente a ese ser querido. Les queda, al menos, el nombre escrito en la pared. En verdad que el preso puede decir: *"Nadie me hace caso; no tengo a dónde huir, nadie mira por mi vida"* (Sal 142,5). Triste situación la del preso.

Otras veces, los nombres aparecen en las paredes de los edificios, en plena calle. Grafitis. Los grafitis no responden a ninguna añoranza de alguien a quien no puedes ver, por estar privado de libertad. Son signo, por el contrario, de mala educación.

Finalmente, hay quien, llevado por sentimientos románticos, los manifiesta grabando en la corteza de los árboles un corazón traspasado por la flecha del amor, y los nombres correspondientes de los enamorados.

En este caso, el salmista no invita a andar en romanticismos, sino a clamar al Señor. *"A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor; desahogo ante él mis afanes, expongo ante él mi angustia, mientras me va faltando el aliento"* (Sal 142,2-4).

Dios mío, yo sí quisiera grabar tu nombre en mi corazón. Tú eres el camino seguro de la salvación, el único camino de salvación, por donde debo andar. *"Tú conoces mis senderos"* (Sal 142,4). Senderos que muchas veces me apartan del verdadero camino y me conducen a caminos equivocados. *"En el camino por donde avanzo me han escondido una trampa"* (Sal 142,4). El tuyo, Dios mío, es camino de amor.

Sí, Dios mío, necesito grabar tu nombre y dirección en mi corazón. Es por si el viento, la tempestad, y los avatares de la vida, un día, llegaran a borrarlo de la arena fútil donde, a la ligera, lo escribí.

Y una vez escrito tu nombre en mi corazón: *"A ti grito, Señor; te digo: Tú eres mi refugio y mi lote en el país de la vida. Atiende a mis clamores, que estoy agotado; líbrame de mis perseguidores, que son más fuertes que yo. Sácame de la prisión"* (Sal 142,6-8).

Salmo 143: Tiempos antiguos

"Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones" (Sal 143,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Bien lo dice el salmista, Dios mío: *"Ningún hombre vivo es inocente frente a ti"* (Sal 143,2). Y porque somos conscientes de esta triste realidad, a ti acudimos, porque tú eres el único justo. *"Señor, escucha mi oración; tú que eres fiel, atiende a mi súplica; tú, que eres justo, escúchame"* (Sal 143,1).

Rodeados de enemigos por todas partes: el mundo, el demonio, y la carne, no tenemos más remedio que acudir a ti. Y lo hacemos desde la fe y la memoria histórica. *"Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos y extiendo mis brazos hacia ti: tengo sed de ti como tierra reseca"* (Sal 143,5-6).

Es bueno recordar, y no olvidar, las cosas buenas del pasado. Todo él está lleno de tus portentos, de tu amor, de tu misericordia, Dios mío. El pasado es como un edificio hermoso, que otros comenzaron a levantar y, por inacabado, nosotros tenemos que seguir edificando.

Hablando figuradamente, Dios mío, donde antes alguien colocó la puerta de salida al jardín, yo una enredadera pondría, toda cubierta de flores, igual que en la primavera. Y donde había ventanas, yo geranios verdes pondría, para que alegren todos los amaneceres. *"En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti. Indícame el camino que he de seguir, pues levanto mi alma a ti"* (Sal 143,8).

Una fuente pondré, Dios mío, donde beban las palomas de la paz; y un jardín con tulipanes, que embelesen con su aroma. Y si posible fuera, también unos sueños sembraría, pensando en el día de mañana; por si llegaran a secarse las flores, que florezcan a la par de la madrugada. *"Enséñame a cumplir tu ley, ya que tú eres mi Dios. Tu espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana"* (Sal 143,10).

Tiempos antiguos, para poder vivir el presente. *"Por tu nombre, Señor, consérvame vivo; por tu clemencia, sácame de la angustia"* (Sal 143,11). Tiempos antiguos, que nos recuerdan tu fidelidad para con nosotros. *"Por tu fidelidad, dispersa a mis enemigos, destruye a todos mis agresores, pues soy tu siervo"* (Sal 143,12).

Dios mío, sigue embelleciendo la casa del corazón, donde tú habitas.

Salmo 144: Un soplo de luz

"El hombre es igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa" (Sal 144,4).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?" (Sal 144,3). Dios mío, la pregunta que se hace el salmista, es la misma que podemos hacernos todos. Y la respuesta: *"El hombre es igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa"* (Sal 144,4). Sí, una sombra que pasa. Y sin embargo, tenemos un destino eterno. Esa sombra no se desvanece, se transforma. Y se transforma en luz. Luz de eternidad.

Pero es bueno que se nos recuerde la fugacidad de la vida y de las cosas. Y estemos listos para vivir el día a día, con dignidad; y con esa dignidad, arrostremos el combate diario contra todo aquello que nos impide acercarnos a la luz. *"Bendito el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea"* (Sal 144,1). La vida es una lucha diaria de las tinieblas contra la luz. Pero es la luz la que vence.

Por lo mismo, me gustaría, Dios mío, pintar la vida en un cuadro. Sería un cuadro muy grande; tan grande como en universo. Comenzaría por pintar la luz. La luz sería como una sinfonía desmayada en verde, igual que en una selva tropical. Pintaría la rosa inestable de los vientos para que silabearan la canción azul de la brisa. *"Señor, inclina tu cielo y desciende; toca los montes y echarán humo"* (Sal 144,5). Y deslizaría los pinceles jugando a policromar aún más los colores, hasta que la luz taladrara el universo indómito del tiempo. *"Extiende la mano desde arriba: defiéndeme, líbrame de las aguas caudalosas"* (Sal 144,7).

Metería dentro del cuadro, Dios mío, una balada cautiva para enmarcar al óleo la canción de los días y las horas. *"Dios mío, te cantaré un cántico nuevo, tocaré para ti el arpa de diez cuerdas; para ti que das la victoria a los reyes, y salvas a David, tu siervo, de la espada maligna"* (Sal 144,9-10).

Finalmente, asomándose al pretil del cuadro, estará tu mano creadora, trazando caricias de luz sobre la inmensidad galáctica de los cielos, por donde las estrellas van y vienen, mensajeras de buenas nuevas. Si al asomarme al borde del cuadro, ves escapárseme una lágrima, déjala estar; no fue desliz del pincel, que queriendo pintar el rocío mañanero en los pétalos gráciles de las rosas, pinceló en color transparente para siempre mi emoción. *"Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor"* (Sal 144,15). El Dios que llena de luz nuestra sombra fugaz de hombres.

Salmo 145: Yo repito tus maravillas

"Alaban ellos la gloria de tu majestad, y yo repito tus maravillas" (Sal 145,5).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Se quedan cortos nuestros días, Dios mío, para poder bendecir tu nombre. *"Te ensalzaré, Dios mío, mi rey; bendeciré tu nombre por siempre jamás. Día tras día, te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás"* (Sal 145,1-2). Y es que, nuestros días se diluyen como se diluye la nieve en la montaña, y comienza a bajar el agua en regatos, hasta convertirse en río al deshielo inexorable del estío.

El hombre es flor de invierno, ya sabes, que como el trigo, verdea en el paisaje nuevo en primavera hasta hacerse poema saboreado como el pan, compartido en hogareña mesa. *"Grande es el Señor, merece toda alabanza, es incalculable su grandeza"* (Sal 145,3).

"Alaban ellos la gloria de tu majestad, y yo repito tus maravillas" (Sal 145,5). Yo, y todos, tenemos que repetir tus maravillas, de generación en generación. Por mi parte, ojalá pudiera colgar, como el paisaje queda colgado en un cuadro, de lo más alto de mi memoria, y al relente perenne de mis recuerdos, tantas cosas, tantas, que en un libro no caben. Pero simplemente, me remitiré al salmista que, entre tantas maravillas, por las que ensalza, alaba y bendice tu nombre, Dios mío, dice: *"El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas"* (Sal 145,8).

Al repetir tus maravillas, quisiera que el viento esparciera, como una música sin letra que se adentra en el corazón, el júbilo de sentir tu presencia y tu amor; y gozar de la canción jubilosa de la vida. *"Que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas; explicando tus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de tu reinado. Tu reinado es un reinado perpetuo"* (Sal 145,11-13).

Fascinados por tantas maravillas que has creado, quedamos anonadados ante lo inconmensurable e inabarcable de la Creación. Pero donde uno queda sin palabras, Dios mío, es al sentir de cerca tu presencia envolvente, tu cariño de Padre, tu infinita bondad. *"Pronuncie mi boca la alabanza del Señor, todo viviente bendiga su santo nombre por siempre jamás"* (Sal 145,21).

Yo seguiré repitiendo tus maravillas, Dios mío, por siempre jamás.

Salmo 146: Alabar por siempre

"Hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él" (Sal 146,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Los gritos del corazón son gritos que se oyen sólo en el silencio sintonizado del alma. Hay que estar atento a tu presencia, Dios mío. Pero tú nos hablas como en leve susurro, que sólo el alma escucha. Cuando hay fuego en la noche, los ojos se vuelven gacelas saltando por los rastrojos. Hay que arrimarse a tu fuego, Dios mío, que purifica y transforma. Y transformados, alabarte por siempre. *"Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor mientras viva, tañeré para mi Dios mientras exista"* (Sal 146,1-2).

Sin más compañía que el latir de mi conciencia, Dios mío, he caminado, y sigo caminando, la noche de la fe, sintiendo cercana la tibia luz de la luna, que he aprovechado para repasar, una a una, las páginas amarillentas del libro de mi vida, ya en huida. *"No confiéis en los príncipes, seres de polvo que no pueden salvar"* (Sal 146,3).

He rasgado, por honor y por hombría, páginas enteras de mi vida, con la impunidad con que se rasgan los pétalos gráciles de una rosa, hasta entrar temblando en el vacío cautivo que debieron ocupar, en este orden, el amor, la fe, y la esperanza. *"Exhalan el espíritu y vuelven al polvo, ese día perecen sus planes"* (Sal 146,4).

En cada página encontré egoísmo, soledades, amores no correspondidos, y más de un remordimiento, patrimonio reservado a los momentos de ausencias evidentes y culpables de conciencia. *"Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios"* (Sal 146,5).

He visto el caudal emancipado de las heridas que deja la vida y que sangran por las ventanas abiertas del costado de las dudas. Y he resultado imputado y reo confeso de la realidad. Por eso, Dios mío, te suplico poder escanciar las pocas gotas de fe que aún guardo en el recinto amurallado del alma, esperando el día en que rasgada sea la niebla de los sentidos, y presentarme deba a rendir el parte final de mi vida. *"El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan"* (Sal 146,7-8). Tú, Dios mío, *"hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto contiene"* (Sal 146,6). Y a mí. Gracias, Dios mío. *"Alaba alma mía al Señor; alabaré al Señor mientras viva"* (Sal 146,1-2).

Salmo 147: Alabanza sin fin

"Nuestro Dios merece una alabanza armoniosa" (Sal 147,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa" (Sal 147,1). Dios mío, una de las más bellas artes es la música. El cielo debe ser música sin fin. Ángeles, serafines, y demás coros celestiales, de esto deben saber mucho. Se les representa con arpas, cuyos arpegios son música celestial. Si a la vida le ponemos música, nuestra alabanza será más hermosa.

La vida, ay la vida, tan amada, sólo cuando se nos va, nos damos cuenta que valió la pena nacer y vivir.

Ay, la vida, tan divina, y tan corta; ¿por qué se tendrá que ir? Nos apegamos a esta vida. Y con razón. Es la mejor señal de que vale la pena. Y nos cuesta desprendernos de ella. Es natural. Pero cabe preguntarse, ¿no será que el árbol de enfrente nos impide ver el bosque? Es decir, nos impide darnos cuenta de que esta vida es temporal. Y no nos damos cuenta de que la eternidad es vida sin final. *"Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara para nuestro Dios, que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra"* (Sal 147,7-8).

He querido, a veces, ser como un potro salvaje de la pradera, y alcanzar con mi galopar al viento, y al alcanzarlo, el viento me dice: no corras, que la vida todavía no se va, disfrútala. Pero el tiempo bramó su furia y derribó por tierra mi potro. En cada caída una herida.

Es cierto que a veces nos encontramos con situaciones difíciles. La vida también da muchos golpes. Pero, *"Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas"* (Sal 147,3). Curas nuestras heridas, y nos llamas por el nombre, igual que llamas, Dios mío, por el nombre a las estrellas. *"Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre"* (Sal 147,4).

Tumbados quedamos a veces en la arena, sin saber si es la vida, o es uno, el que se va. *"El Señor sostiene a los humildes, humilla hasta el polvo a los malvados"* (Sal 147,6).

Pero así y todo, debemos seguir interpretando nuestra alabanza armoniosa. *"Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara para nuestro Dios"* (Sal 147,7). Dios mío, que nuestra vida te glorifique sin fin.

Salmo 148: Alabadlo, sus ángeles

"Alabadlo todos sus ángeles, alabadlo todos sus ejércitos" (Sal 148,2).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Hasta la palabra es bonita: ángeles. Criaturas espirituales que te sirven, Dios mío, desde la más pura esencia de su ser. Espíritus celestiales que te alaban eternamente en el cielo. *"Alabad al Señor en el cielo, alabad al Señor en lo alto. Alabadlo todos su ángeles"* (Sal 148,1-2).

Te alabaré, Dios mío, con todo mi ser, y hasta en sueños quiero ser alabanza a tu Ser. Será mi alabanza como bengala de colores que ilumina la penumbra de la noche hasta la orilla radial de la alborada. *"Alabadlo, sol y luna; alabadlo, estrellas lucientes. Alabadlo, espacios celestes"* (Sal 148,-4).

En cada sílaba, en cada palabra, grabaré un mensaje con el azul de la mañana y el color de los tulipanes, que enciende de colores la calzada. La palabra de mi ser anhelará la esencia más radiante de la vida, desmayada en la luz de cada día. *"Alabad al Señor en la tierra, cetáceos y abismos del mar, rayos, granizo, nieve y bruma"* (Sal 148,7-8).

Y cuando caiga el sol con la tarde, el silencio tendrá la luz que es capaz de guardar firme la fe como el amor callado del que ama de verdad. *"Viento huracanado que cumple sus órdenes, montes y todas las sierras, árboles frutales y cedros, fieras y animales domésticos, reptiles y pájaros que vuelan"* (Sal 148,8-10), todos a una, alabad al Señor.

Por mi parte, Dios mío, buscaré a tientas sólo la verdad, para recorrer caminos inocentes en el perfil azul y transparente de tu luz. No dejaré que el silencio sea aliado del pensamiento y la palabra, sino que toda mi voz tu nombre alabaré. *"Los jóvenes y también las doncellas, los ancianos junto con los niños, alaben el nombre del Señor, el único nombre sublime"* (Sal 148,12-13).

Y cuando la luz venga a iluminar los caminos traslúcidos de encuentros, no habrá que inventar ya más caminos. Todos estarán surcados por mensajeros celestes, tus ángeles, Dios mío, que encenderán de música divina el universo.

"Tu majestad sobre el cielo y la tierra" (Sal 148,13), envolverá de gloria el universo. Y nuestra vida no quedará en el silencio, sino en la celeste armonía de tus ángeles cantores. *"Alabadlo todos sus ángeles"* (Sal 148,2). Y con ellos, nosotros te alabaremos por siempre, Dios mío.

Salmo 149: Un cántico nuevo

"Cantad al Señor un cántico nuevo" (Sal 149,1).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

Toda la Creación está llamada a cantar tu gloria, Dios mío. Sólo tú eres el Señor. *"Cantad al Señor un cántico nuevo, resuene su alabanza en la asamblea de los fieles"* (Sal 149,1). Sólo tú puedes imponer la justicia en esta tierra.

Un cántico nuevo. Necesitamos estar renovándonos en cada instante. Necesitamos estar amaneciendo a la vida a cada momento. Tú eres el Señor, nuestro Dios.

Por los años hurtados al tiempo, por cuantas veces mi palabra quedó atrapada en el silencio, apenas iniciada, sin llegar a ser del todo pronunciada. Por cuantas veces mi palabra no ha sabido cantar el cántico nuevo de la vida, de la gratitud, del acercamiento a tu bondad de Padre, quiero, Dios mío pedirte perdón con un simple, ¡Te quiero! Al tiempo que buscaré tu mirada, y dejar que, una vez más, mi amor abra la puerta del alma a tu Amor. *"Alabad su nombre con danzas, cantadle con tambores y cítaras"* (Sal 149,3).

Siempre pude salir al camino, a mi lado, por donde pasabas, y seguirte. Sin más. Como un hijo sigue a su padre, sin más. Y no lo hice. Preferí, por el contrario, cincelar con tu ausencia mi palabra, como el orfebre esculpe un corazón en la piedra con los sentimientos que aún le quedan en el alma. La piedra se rompió. Mi palabra quedó vacía. No supe alabarte, porque al no seguirte, me distancié de ti. Perdón, mi Dios, perdón. *"El Señor ama a su pueblo"* (Sal 149,4). Y me amas a mí. *"Adorna con la victoria a los humildes"* (Sal 149,4).

Hoy, que mi alma está tranquila, me vienen a la memoria, justo ahora que estoy junto a ti, mis años de ausencia, perdidos. Fue un error silenciar mi palabra, escondida en mi ausencia de ti, Dios mío. Olvidé aquello de *"Que los fieles festejen su gloria y canten jubilosos en filas"* (Sal 149,5). Yo no estaba en la fila. Fue un error. Lo reconozco, Dios mío.

Hoy, junto a ti, reconozco, sin más, que fue un error dejarme atrapar por el orgullo, oh condición pecadora del hombre, y olvidar que la humildad es la mejor forma de amar. Tú me amas, Dios mío. Yo te amo, mi Dios. No faltarán los vítores en mi boca. Será un cántico nuevo, Dios mío.

Salmo 150: Todo ser alabe al Señor

"Todo ser que alienta alabe al Señor" (Sal 150,6).

Señor, Dios mío, qué admirable es tu Nombre:

"Todo ser que alienta alabe al Señor" (Sal 150,6). Es el colofón al libro de los salmos. Es la plegaria envolvente, hecha alabanza eterna a tu gloria, Dios mío. Es, en definitiva, lo que brota espontáneo del corazón. Que todo ser alabe al Señor. Y alabarte, alabándote con todo nuestro ser. Te alaba la entera Creación; que alaban todos los seres vivientes; y con mayor razón, te alaba el Hombre, varón y mujer. En todas partes y en cualquier situación. *"Alabad al Señor en su templo, alabadlo en su fuerte firmamento"* (Sal 150,1).

Te alabaré, Dios mío, con el mirar de mis ojos. Te amaré, desde el barro opaco de mi ser, modelado por tus manos divinas. *"Alabad al Señor por sus obras magníficas"* (Sal 150,2). Te alabaré, entrelazando mis manos en plegaria silente, mientras vistes de luz la escueta materia de mi ser corporal, y la desnuda inmaterialidad que el soplo de tu Espíritu infundió en todo mi ser. *"Alabadlo por su inmensa grandeza"* (Sal 150,2).

Y mientras, lenta, sugerente, va subiendo hasta ti mi oración de alabanza, como el incienso de la tarde, subirá a la par, el susurro suave del agua que mana alegre en la fuente. Será parte del salmo de mi alabanza. Y subirá el olor a leña que arde y crepita en el fuego de cada hogar. Y el balar tierno de los corderillos con querencia de madre. Subirá la fragancia sutil de cada flor, el verde de los trigales, el rojo de las amapolas, y el olor crujiente del pan recién horneado. Subirán en mi oración, Dios mío, mis hermanos, los hombres todos. La entera creación subirá. *"Todo ser que alienta alabe al Señor"* (Sal 150,6).

Que jamás olvide, Dios mío, los paisajes luminosos de mi infancia, donde la alegría retozaba a sus anchas. Ni olvide los paisajes claroscuros de la juventud ardiente. Ni la madurez consciente. Así, con todo mi ser gritaré: *"Alabadlo por su inmensa grandeza"* (Sal 150,2). La alabanza será también para el mundo, señal de paz universal.

Que nuestra alabanza, Dios mío, suba hasta ti, y llene los cántaros reservados para el agua de la vida; que podamos, todos, un día alzar un brindis de eternidad con el vino nuevo de tu Reino, y escanciar tu amor de Padre al son de la música festiva de tus ángeles, que te sirven en el cielo, por toda la eternidad. Amén. ¡Aleluya!